

EL CEO QUE ME DESGARRA

F. Ribeiro

EL CEO QUE ME DESGARRA

Y me Adora en Secreto

Él era la tormenta que amenazaba con destruirme. Ahora es el único infierno donde mi cuerpo arde en deseos de más.

¡HOLA, VALIENTE LECTORA/LECTOR!

Si has llegado hasta aquí, es porque, como yo, te atreves a sumergirte en historias donde la tensión crepita en cada página y el deseo es un personaje más. Con "El CEO que me Desgarra (Y me Adora en Secreto)", te invito a un viaje sin cinturón de seguridad por el complicado, y a menudo doloroso, terreno de las relaciones intensas, donde el poder y la pasión chocan de formas explosivas.

Este no es un cuento de hadas tradicional. Aquí encontrarás personajes rotos, con pasados que los atormentan y presentes que los desafían. Él, un CEO que lo controla todo, menos sus propios demonios y la atracción visceral que siente por ella. Ella, una mujer fuerte, sí, pero con cicatrices que la hacen desconfiar hasta de su propia sombra, especialmente cuando esa sombra tiene la forma de un hombre que parece querer devorarla.

Prepárate para una montaña rusa emocional, para diálogos afilados como cuchillos y para escenas que te harán contener la respiración. Habrá momentos de vulnerabilidad cruda, de rendición inesperada y de una lujuria tan palpable que casi podrás tocarla. Quiero que sientas la rabia, el miedo, la excitación y, sobre todo, esa conexión eléctrica que surge cuando dos almas dañadas se reconocen en medio del caos.

Este libro es para quienes no temen explorar los límites, para quienes entienden que el amor y el odio a veces bailan un tango demasiado cercano, y para quienes buscan una lectura que los consuma por completo. Espero que te pierdas en estas páginas tanto como yo me perdí escribiéndolas.

Con todo mi cariño (y un toque de perversión),

F. Ribeiro

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Este libro contiene escenas de sexo explícito, dominación, lenguaje soez, posesividad, humillación y alta tensión emocional. Su lectura está recomendada únicamente para mayores de 18 años que disfruten de romances oscuros y con dinámicas de poder intensas. Procede bajo tu propia discreción.

PRÓLOGO

La Tormenta Antes de la Calma (o del Caos)

El aire crepitaba a nuestro alrededor, denso y cargado con algo más que la humedad de la noche de Miami. Era él. Siempre era él. Dante Rivas, el CEO implacable, el hombre que había irrumpido en mi vida como un huracán categoría cinco, destrozando cada una de mis defensas con la misma facilidad con la que firmaba acuerdos multimillonarios.

Estábamos en la terraza de su ático, un espacio que gritaba lujo y poder, con la ciudad extendiéndose a nuestros pies como una alfombra de diamantes. Pero yo no veía las luces, ni sentía la brisa cálida que me alborotaba el cabello. Solo lo veía a él, su silueta recortada contra el horizonte, tan imponente como una estatua griega tallada en sombras y arrogancia.

—¿Crees que puedes seguir desafiándome, Valeria? —su voz era un susurro grave, casi una caricia áspera que me erizó la piel. No se giró, pero sabía que cada palabra estaba calculada para impactar, para recordarme quién tenía el control.

Mi corazón latía desbocado, una mezcla furiosa de rabia y una atracción tan oscura que me avergonzaba admitirla incluso a mí misma. Quería gritarle que se fuera al infierno, que lo odiaba por lo que me hacía sentir, por cómo desnudaba mis miedos más profundos con solo una mirada de esos ojos grises, fríos como el acero.

Pero las palabras se ahogaron en mi garganta cuando finalmente se volvió. La intensidad de su mirada me golpeó como una ola, arrastrándome hacia un mar de emociones prohibidas. Había algo en

él esa noche, una vulnerabilidad casi imperceptible bajo capas de cinismo y control, que me desarmó por completo.

—No te tengo miedo, Dante —mentí, aunque mi cuerpo temblaba visiblemente.

Una sonrisa torcida, letal, se dibujó en sus labios. Lentamente, acortó la distancia entre nosotros, cada paso una tortura exquisita. El aroma de su colonia, una mezcla embriagadora de sándalo y algo salvaje, inundó mis sentidos.

—No deberías tenerme miedo —murmuró, su aliento cálido rozando mi oreja—. Deberías desearme.

Sus manos encontraron mi cintura, sus dedos quemando a través de la fina tela de mi vestido. Un gemido involuntario escapó de mis labios. Era una trampa, lo sabía. Una deliciosa y peligrosa trampa en la que estaba cayendo de cabeza.

—Esto es una locura —susurré, más para mí misma que para él.

—La locura, a veces, Valeria —sus labios rozaron los míos, una promesa de fuego y olvido—, es el único camino hacia la verdad.

Y entonces me besó. No fue un beso tierno, ni dulce. Fue un beso de posesión, de hambre, un choque de voluntades que encendió cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Sus labios reclamaron los míos con una ferocidad que me dejó sin aliento, sus manos apretándome contra su cuerpo duro, haciéndome consciente de cada músculo, de cada centímetro de su poder.

Odiaba a este hombre. Odiaba cómo me hacía sentir, cómo me descontrolaba, cómo me arrastraba a un abismo donde el placer y el dolor bailaban un tango perverso.

Pero en ese instante, bajo el cielo estrellado de Miami, con su boca devorando la mía y su cuerpo marcándome como suyo, solo había una verdad innegable: lo deseaba. Lo deseaba con una intensidad que me desgarraba por dentro, una necesidad tan profunda que amenazaba con consumirme por completo.

Esta era nuestra tormenta. Y yo estaba justo en el ojo del huracán.

SUMARIO

Capítulo 1 – La entrevista que encendió el infierno
Capítulo 2 – La empleada insolente que desafía mi mundo
Capítulo 3 – Primer roce, primera provocación en la oficina de lujo
Capítulo 4 – Un contrato con cláusulas que queman
Capítulo 5 – Forzados a convivir: la tensión en el ático
Capítulo 6 – Verla en mi espacio, una tortura deliciosa
Capítulo 7 – La cena de negocios que se vuelve personal
Capítulo 8 – Jugando con fuego y palabras afiladas
Capítulo 9 – Un vistazo a su pasado, una grieta en su armadura
Capítulo 10 – El poder de tenerla cerca, la debilidad que esconde
Capítulo 11 – Entre vuelos y secretos: el viaje comienza
Capítulo 12 – Noches peligrosas en Silicon Valley
Capítulo 13 – El juego del deseo en la habitación de hotel
Capítulo 14 – Una promesa rota bajo las luces de California
Capítulo 15 – De vuelta a casa, pero nada es igual
Capítulo 16 – El regalo inesperado que desarma
Capítulo 17 – Una cena íntima que enciende la chispa
Capítulo 18 – Una llamada del pasado que sacude todo
Capítulo 19 – Las reglas cambian, la atracción crece
Capítulo 20 – Celos, tensión y un nuevo límite cruzado
Capítulo 21 – El roce que incendia el ático
Capítulo 22 – Confesiones entre susurros y miradas
Capítulo 23 – La aparición que amenaza el equilibrio
Capítulo 24 – Las mentiras que los separan
Capítulo 25 – Un beso robado en el momento equivocado
Capítulo 26 – Tentación en plena madrugada
Capítulo 27 – El enemigo dentro de la empresa
Capítulo 28 – Un plan para alejarlos
Capítulo 29 – La traición que desgarra
Capítulo 30 – Él pierde el control
Capítulo 31 – El encierro forzado que cambia todo
Capítulo 32 – El lado oscuro de Dante
Capítulo 33 – Una verdad revelada entre lágrimas
Capítulo 34 – La noche en que casi se pierde

Capítulo 35 – Entre la rabia y el deseo
Capítulo 36 – Una promesa rota otra vez
Capítulo 37 – El ultimátum del corazón
Capítulo 38 – Ella decide marcharse
Capítulo 39 – El silencio que quema
Capítulo 40 – El reencuentro inesperado
Capítulo 41 – Una tregua marcada por el deseo
Capítulo 42 – Más allá del contrato
Capítulo 43 – La caída de las máscaras
Capítulo 44 – El pasado golpea la puerta
Capítulo 45 – La confesión que lo cambia todo
Capítulo 46 – Una decisión entre el amor y el orgullo
Capítulo 47 – El sacrificio final
Capítulo 48 – Renacer entre las ruinas
Capítulo 49 – El amor no pedido
Capítulo 50 – Donde termina el infierno… y empieza lo real

CAPÍTULO 1 – LA ENTREVISTA QUE ENCENDIÓ EL INFIERNO

La Entrevista que Encendió el Infierno

(Valeria)

El aire acondicionado de la sala de espera de Rivas Corp era tan gélido como la mirada que imaginaba encontraría al otro lado de la puerta de caoba maciza con la placa dorada que rezaba: "Dante Rivas, CEO". Tragué saliva, intentando disimular el temblor de mis manos mientras repasaba mentalmente mi currículum por enésima vez. No es que necesitara hacerlo; me lo sabía de memoria, cada logro, cada puesto, cada mentira piadosa para maquillar los periodos de desempleo forzoso.

Necesitaba este trabajo. No, "necesitaba" era un eufemismo. Estaba jodidamente desesperada. Las facturas se acumulaban como una puta avalancha y mi casero, un viejo verde con aliento a ajo, ya me había lanzado la tercera advertencia. Si no conseguía algo pronto, me vería en la calle, con mi orgullo hecho trizas y mi maleta llena de sueños rotos como única compañía.

La recepcionista, una rubia escultural con una sonrisa tan falsa como sus pestañas, me llamó con una voz meliflua que me erizó el vello de la nuca.

—Señorita Morales, el señor Rivas la espera.

Me levanté, alisando la falda lápiz que me quedaba un poco más ajustada de lo que recordaba –cortesía del estrés y la comida

basura– y caminé con la mayor dignidad que pude reunir hacia la puerta del león. O, mejor dicho, del diablo.

El despacho era obscenamente grande. Un ventanal panorámico ofrecía una vista de infarto de la ciudad, pero la verdadera vista imponente estaba sentada detrás de un escritorio de cristal y acero que parecía sacado de una revista de diseño futurista. Dante Rivas.

Alto, de hombros anchos enfundados en un traje a medida que gritaba "dinero" y "poder" a partes iguales. Cabello oscuro, perfectamente peinado hacia atrás, mandíbula cincelada y unos ojos grises que te atravesaban el alma. Era guapo, jodidamente guapo, del tipo que te hace olvidar tu nombre y las buenas costumbres. Pero también irradiaba una arrogancia y una frialdad que te helaban la sangre.

No se levantó. Simplemente me indicó con un gesto de la mano que tomara asiento en una de las sillas de diseño incómodo frente a él. Su mirada me recorrió de arriba abajo, lenta, evaluadora, como si estuviera inspeccionando una pieza de ganado antes de la subasta. Sentí un calor incómodo subirme por el cuello.

—Valeria Morales —dijo, su voz profunda y resonante, sin una pizca de calidez—. Su currículum es… interesante.

"Interesante" podía significar cualquier cosa viniendo de un hombre como él. Probablemente quería decir "lleno de lagunas sospechosas".

—Gracias, señor Rivas —respondí, intentando que mi voz sonara firme y profesional, no como la de una gatita asustada.

—Veo que ha cambiado de trabajo con bastante frecuencia —continuó, arqueando una ceja perfectamente perfilada. El cabrón sabía dónde hurgar.

—Busco un lugar donde pueda crecer profesionalmente y enfrentar nuevos desafíos —solté la frase ensayada, la que sonaba bien en los manuales de entrevistas.

Una sonrisa cínica se dibujó en sus labios. —O quizás es usted de las que se aburren fácilmente. O peor, de las que causan problemas.

Ahí estaba. El ataque directo. Sentí la rabia bullir bajo mi piel. ¿Quién se creía que era para juzgarme sin conocerme? Pero me tragué la respuesta afilada que pugnaba por salir. Necesitaba el trabajo, recordé.

—Soy una profesional comprometida y adaptable, señor Rivas. Y aprendo rápido.

—Aquí no buscamos aprendices, señorita Morales. Buscamos a los mejores. Personas que no se quiebren bajo presión, que no teman decir lo que piensan, incluso si es impopular. Personas con agallas.

Sus ojos se clavaron en los míos, intensos, desafiantes. Era una provocación clara. Quería ver si me achantaba.

Respiré hondo. A la mierda la prudencia.

—Conozco la presión, señor Rivas. He trabajado en entornos muy exigentes. Y si por "agallas" se refiere a no ser una empleada sumisa que asiente a todo, entonces sí, tengo agallas. Quizás más de las que le gustaría.

El silencio se apoderó del despacho. Podía oír el latido de mi propio corazón, martilleando contra mis costillas. Lo había fastidiado. Definitivamente. Ningún CEO quería una empleada respondona y con "demasiadas agallas".

Pero entonces, para mi completa sorpresa, una chispa de algo parecido al interés brilló en sus ojos grises. Esa sonrisa cínica se ensanchó ligeramente.

—Vaya, vaya. Parece que la señorita Morales tiene algo de fuego después de todo —se reclinó en su silla, sus dedos entrelazados sobre el escritorio—. Dígame, Valeria, ¿por qué debería contratarla a usted y no a alguna de las otras candidatas con currículums impecables y, probablemente, mucha menos… insolencia?

La forma en que pronunció mi nombre, "Valeria", con ese acento suyo, grave y ligeramente arrastrado, envió un escalofrío inesperado por mi columna. Ignoré la punzada de atracción. Este hombre era peligroso. Un depredador.

—Porque no soy como las demás, señor Rivas. Porque no me asustan los desafíos, ni los jefes intimidantes. Y porque, a pesar de lo que pueda pensar, soy muy buena en lo que hago. Denme una oportunidad y se lo demostraré.

Nos miramos fijamente durante lo que pareció una eternidad. La tensión era palpable, casi eléctrica. Podía sentir el pulso acelerado en mi garganta. Este no era solo un trabajo; era un campo de batalla, y él era el general enemigo.

Finalmente, asintió lentamente.

—De acuerdo, Valeria. Tendrá su oportunidad —hizo una pausa, y sus ojos brillaron con una luz maliciosa que no me gustó nada—. Empezará como mi asistente personal. Contrato de prueba de tres meses. Horario… flexible. Disponibilidad total. Y una cláusula de confidencialidad más gruesa que la guía telefónica. ¿Alguna pregunta?

¿Asistente personal? Había aplicado para un puesto de marketing junior, no para ser la chica de los recados de un CEO ególatra. Y "disponibilidad total" sonaba a esclavitud moderna.

—¿Asistente personal? —repetí, incrédula.

—¿Tiene algún problema con ello? Creí que había dicho que no le asustaban los desafíos —su tono era burlón, casi condescendiente.

El muy cabrón me estaba poniendo a prueba. Quería ver si tragaba con sus condiciones leoninas. Mi orgullo gritaba que lo mandara al carajo, que saliera de allí con la cabeza alta. Pero la imagen de mi casero y las facturas impagadas apareció en mi mente.

Respiré hondo, reuniendo toda mi fuerza de voluntad.

—Ningún problema, señor Rivas —dije, forzando una sonrisa que no sentía—. Acepto el desafío.

Su sonrisa se ensanchó, depredadora. —Excelente. Empieza mañana a las siete en punto. No llegue tarde. Odio la impuntualidad casi tanto como la incompetencia.

Se levantó, dando por terminada la entrevista. Me extendió la mano, y cuando la estreché, una corriente eléctrica recorrió mi brazo. Su agarre era firme, posesivo. Sus ojos no soltaron los míos ni por un segundo.

—Bienvenida a Rivas Corp, Valeria. Espero que sobreviva.

Salí de su despacho con las piernas temblándome y el corazón desbocado. No sabía si acababa de firmar un contrato de trabajo o un pacto con el diablo. Lo único que tenía claro era que mi vida acababa de dar un giro de ciento ochenta grados, y que el infierno que Dante Rivas prometía en sus ojos grises estaba a punto de desatarse.

Y una parte oscura y retorcida de mí, la parte que siempre había anhelado el peligro, no podía esperar a arder en él.

CAPÍTULO 2 – LA EMPLEADA INSOLENTE QUE DESAFÍA MI MUNDO

La Empleada Insolente que Desafía mi Mundo

(Dante)

Observé a Valeria Morales salir de mi despacho. Sus caderas se balanceaban con una insolencia apenas contenida bajo esa falda barata que, sin embargo, no lograba ocultar del todo unas curvas interesantes. Demasiado interesantes. Un gruñido bajo vibró en mi pecho. Esta mujer era un problema. Lo supe desde el instante en que sus ojos castaños, encendidos por una chispa de desafío, se encontraron con los míos.

No era el tipo de empleada que solía contratar. Mis asistentes eran, por lo general, eficientes, discretas y, sobre todo, sumisas. Sabían cuál era su lugar y no se atrevían a cruzar la línea. Valeria Morales, en cambio, parecía haber nacido para pisotear todas las líneas con sus tacones desgastados y su lengua afilada.

Su currículum era un desastre, un mosaico de trabajos de corta duración y ambiciones frustradas. Pero había algo en ella, una fiereza en su mirada, una terquedad en la forma en que apretaba la mandíbula cuando la provoqué, que me intrigó. Y la intriga, para un hombre como yo, acostumbrado a tenerlo todo bajo control, era una droga peligrosa.

"Quizás más de las que le gustaría", había dicho. La muy cabrona. Tenía agallas, sí. Y una boca que pedía a gritos ser callada, preferiblemente con la mía.

Aparté ese pensamiento de inmediato. Las relaciones con empleadas estaban estrictamente prohibidas en mi código personal. Eran un desastre esperando a ocurrir, una complicación innecesaria en una vida ya de por sí compleja. Había aprendido esa lección por las malas hacía mucho tiempo.

Pero la forma en que me había desafiado, la manera en que su cuerpo reaccionó a mi proximidad, ese leve temblor que intentó ocultar… Despertó algo en mí. Algo primitivo. El instinto de un depredador que ha encontrado una presa digna de la caza.

La contraté como mi asistente personal. Una degradación, considerando el puesto para el que había aplicado. Quería ver hasta dónde llegaba su orgullo, si era capaz de tragarse su insolencia por necesidad. Y lo hizo. Pero incluso en su aparente sumisión, sus ojos seguían brillando con ese fuego indomable.

Me recosté en mi silla, contemplando el skyline de la ciudad que se extendía más allá de mi ventana. Rivas Corp era mi imperio, construido con sudor, sangre y una determinación de hierro. No había llegado hasta aquí siendo blando, ni permitiendo que las emociones nublaran mi juicio. El control lo era todo.

Y Valeria Morales era la antítesis del control. Era caótica, impredecible. Una variable desconocida en mi ecuación perfectamente calculada.

Sonreí. Quizás un poco de caos era exactamente lo que necesitaba. O quizás estaba cometiendo el mayor error de mi vida.

Mi intercomunicador sonó, la voz eficiente de mi secretaria, Helena, rompiendo mis cavilaciones.

—Señor Rivas, la junta directiva está esperando en la sala de conferencias.

—Voy enseguida —respondí, mi tono volviendo a ser el del CEO frío e implacable que todos conocían.

Me levanté, ajustándome la corbata. Tenía un imperio que dirigir, decisiones que tomar, enemigos que aplastar. No podía permitir que

una empleada insolente, por muy intrigante que fuera, me distrajera.

Pero mientras caminaba hacia la sala de juntas, la imagen de Valeria Morales persistía en mi mente. Su mirada desafiante, el ligero rubor en sus mejillas, la forma en que su labio inferior tembló levemente antes de aceptar mis condiciones.

"Espero que sobreviva", le había dicho. Y una parte de mí, la más oscura y retorcida, se preguntaba si sería ella la que sobreviviría a mí, o si sería yo el que no saldría indemne de la tormenta que esa mujer prometía desatar.

La puerta de la sala de juntas se abrió ante mí, y entré con la confianza de un rey en su castillo. Pero por primera vez en mucho tiempo, una pequeña grieta se había abierto en mi armadura. Y tenía nombre y apellido: Valeria Morales.

Esto iba a ser, sin duda, muy interesante. O jodidamente destructivo. Probablemente ambas cosas. Y por alguna razón perversa, una extraña expectación comenzó a bullir en mis venas.

CAPÍTULO 3 – PRIMER ROCE, PRIMERA PROVOCACIÓN EN LA OFICINA DE LUJO

Primer Roce, Primera Provocación en la Oficina de Lujo

(Valeria)

Llegué a Rivas Corp a las seis y cuarenta y cinco de la mañana siguiente, con ojeras que ni el mejor corrector podía disimular y el estómago hecho un nudo. Dormir había sido una misión imposible. La imagen de Dante Rivas, su mirada de acero y esa sonrisa depredadora, se habían repetido en mi mente como un disco rayado. Y para colmo, la perspectiva de ser su "asistente personal" me revolvía las tripas. Era una humillación, una forma elegante de decir "chica para todo" de un millonario caprichoso.

El edificio a esas horas era un mausoleo silencioso y elegante. Solo unos pocos empleados madrugadores cruzaban los pasillos de mármol pulido. La recepcionista de pestañas postizas aún no había llegado, así que me dirigí directamente al ascensor privado que llevaba al piso de la presidencia. El mismo ascensor donde, según mis cálculos mentales basados en el prólogo que aún no había vivido pero que F. Ribeiro escribiría, tendría un encuentro "demasiado íntimo". Tragué saliva. Mejor no pensar en eso ahora.

La puerta del despacho de Rivas estaba entreabierta. Dudé un instante antes de empujarla suavemente. Él ya estaba allí, de espaldas a mí, contemplando la ciudad que despertaba a través del inmenso ventanal. Incluso de espaldas, su presencia llenaba la

habitación. Llevaba una camisa blanca impecable, arremangada hasta los codos, revelando unos antebrazos fuertes y bronceados. Joder, hasta sus antebrazos eran intimidantes.

Carraspeé ligeramente para anunciar mi presencia.

—Señor Rivas, soy Valeria Morales. Su nueva… asistente.

Se giró lentamente, y por un instante, solo un instante, creí ver sorpresa en sus ojos grises antes de que la máscara de frialdad volviera a su sitio.

—Llega quince minutos antes, señorita Morales. La puntualidad es una virtud, pero la excesiva anticipación puede ser… desesperada.

Ahí estaba de nuevo. El comentario condescendiente, la pulla velada. ¿Este hombre no sabía comunicarse de otra forma?

—Prefiero pecar de precavida que de impuntual, señor Rivas —repliqué, manteniendo la voz firme.

Una leve sonrisa torcida apareció en sus labios. —Veremos cuánto dura ese entusiasmo. Su escritorio está ahí —señaló una mesa más pequeña, aunque igualmente lujosa, situada en un rincón del vasto despacho, con una vista menos espectacular pero aun así impresionante—. Su predecesora dejó algunas notas. Espero que sea más competente que ella. Duró exactamente tres semanas.

Genial. No solo me degradaba, sino que además me comparaba con una incompetente. Este hombre era un encanto.

Me dirigí al escritorio, sintiendo su mirada clavada en mi espalda. Era como tener un halcón vigilando cada uno de tus movimientos. Dejó una tablet y un teléfono de última generación sobre la mesa.

—Su primera tarea: quiero un café. Negro, sin azúcar. Y revise mi agenda para hoy, cancele todo lo que no sea absolutamente crucial y tráigame un resumen de los informes de mercado de la competencia asiática. Lo quiero en mi mesa en una hora.

Sin un “por favor”, sin un “buenos días”. Directo al grano. Autoritario y exigente. Suspiré internamente. Iba a ser un día muy, muy largo.

—Enseguida, señor Rivas.

Localicé la pequeña cocina anexa al despacho, equipada con una cafetera más sofisticada que mi antiguo coche. Mientras el aroma del café recién hecho llenaba el aire, intenté calmar mis nervios. Podía hacer esto. Había lidiado con jefes gilipollas antes. Dante Rivas solo era uno más, aunque con un envoltorio mucho más atractivo y peligroso.

Cuando volví con su café, él estaba hablando por teléfono, su voz un murmullo grave y autoritario. Dejé la taza sobre su escritorio, procurando no hacer ruido. Él ni siquiera me miró, pero hizo un gesto con la mano para que me acercara.

Me quedé de pie a un lado, esperando. La conversación parecía tensa. Fruncía el ceño y sus nudillos estaban blancos mientras agarraba el teléfono. Escuché fragmentos: "inaceptable", "consecuencias", "quiero cabezas rodando". Tragué saliva. Definitivamente, no era un hombre con el que se pudiera jugar.

Cuando colgó, el silencio en el despacho fue espeso. Bebió un sorbo de café, sus ojos fijos en la pantalla de su ordenador.

—¿El informe? —preguntó, sin mirarme.

—Estoy en ello, señor Rivas. La agenda está despejada salvo la reunión con los inversores japoneses a las once y una comida de trabajo con el senador Thompson.

Asintió. —Bien. Asegúrese de que todo esté preparado para los japoneses. Son vitales para la expansión.

Me di la vuelta para volver a mi escritorio, pero su voz me detuvo.

—Señorita Morales.

Me giré. —¿Sí, señor Rivas?

Se levantó y caminó lentamente hacia mí, como un felino acechando a su presa. Se detuvo a apenas unos centímetros, invadiendo mi espacio personal. Su altura me hacía sentir pequeña, vulnerable. Olía

a café y a ese perfume caro y masculino que me había embriagado el día anterior.

—Ayer mencionó que no le asustaban los jefes intimidantes —dijo, su voz baja, casi un susurro—. ¿Sigue pensando lo mismo?

Su proximidad era abrumadora. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo, ver el brillo peligroso en sus ojos grises. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Quería retroceder, poner distancia entre nosotros, pero mis pies parecían pegados al suelo.

—No me intimida fácilmente, señor Rivas —respondí, intentando que mi voz no temblara.

Una sonrisa lenta, depredadora, se extendió por su rostro. Extendió una mano y, por un instante, pensé que iba a tocarme. Contuve la respiración. Pero en lugar de eso, rozó un mechón de pelo que se me había escapado de la coleta, apartándolo de mi cara. Su roce fue ligero, casi imperceptible, pero envió una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

—Veremos —murmuró, sus ojos fijos en los míos—. Tiene una hora para ese informe. No me decepcione.

Se dio la vuelta y regresó a su escritorio, dejándome allí, temblando, con el pulso desbocado y la piel erizada donde sus dedos me habían rozado. Joder. Este hombre no solo era intimidante; era una jodida bomba de relojería sexual. Y yo estaba peligrosamente cerca de la zona de detonación.

Regresé a mi escritorio con las piernas flaqueando. La primera provocación. El primer roce. Y apenas eran las siete y media de la mañana. Esto no era un trabajo; era una prueba de resistencia. Y algo me decía que Dante Rivas disfrutaría cada segundo viéndome luchar por no caer. Pero yo no era de las que se rendían fácilmente. Si quería guerra, guerra tendría. Aunque el campo de batalla fuera su lujosa oficina y mis únicas armas fueran mi ingenio y una creciente y muy jodida atracción por el enemigo.

CAPÍTULO 4 – UN CONTRATO CON CLÁUSULAS QUE QUEMAN

Un Contrato con Cláusulas que Queman

(Dante)

Valeria Morales era una jodida distracción. Una muy tentadora, pero una distracción al fin y al cabo. Mientras ella se afanaba en su nuevo escritorio, intentando descifrar los informes de mercado con una concentración que casi resultaba adorable –si yo fuera de los que usan esa palabra–, yo luchaba por mantener mi propia mente enfocada en los números de la expansión asiática.

Pero mis ojos, traicioneros, se desviaban hacia ella una y otra vez. La forma en que se mordía el labio inferior cuando algo la confundía. El ceño fruncido que aparecía entre sus cejas. Incluso el modo en que tamborileaba impacientemente con los dedos sobre la mesa cuando la tecnología no respondía a su velocidad.

Era cruda. Auténtica. Un jodido soplo de aire fresco en mi mundo estéril y predecible, aunque ese aire viniera cargado de tormenta.

El informe que me entregó una hora después, justo al límite, era sorprendentemente bueno. Conciso, bien estructurado y con un par de observaciones agudas que incluso a mis analistas estrella se les habían pasado por alto. La muy cabrona era inteligente, además de insolente y atractiva. Una combinación letal.

—No está mal, Morales —dije, mi voz deliberadamente neutra, mientras dejaba la tablet sobre mi escritorio—. Para una principiante.

Vi cómo apretaba la mandíbula. Le encantaba que la subestimara, casi tanto como a mí me gustaba hacerlo. Era nuestro pequeño juego perverso, apenas iniciado.

—Haré que le preparen el contrato definitivo —continué, observando su reacción—. Hay algunas… cláusulas especiales que quiero discutir con usted personalmente.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente. —¿Cláusulas especiales?

—Oh, sí. Dada la naturaleza… sensible de su posición tan cercana a mí, y su acceso a información confidencial, necesitamos ser extremadamente cuidadosos. Y dada su… digamos… personalidad particular, quiero asegurarme de que entiende perfectamente los límites.

Me levanté y me acerqué a la pequeña caja fuerte disimulada tras un cuadro en la pared. Saqué un documento encuadernado en cuero negro. No era el contrato estándar de Rivas Corp. Este era uno que mi equipo legal personal había redactado, específicamente para situaciones… delicadas.

Regresé a mi escritorio y se lo tendí.

—Léalo con atención, Morales. Cada palabra. Y luego hablaremos.

Observé cómo tomaba el documento, sus dedos rozando los míos por un instante. Una pequeña descarga, casi imperceptible. O quizás solo era mi imaginación calenturienta. Se sentó en la silla frente a mí y comenzó a leer, su rostro volviéndose más y más pálido a medida que avanzaba por las páginas.

No era un contrato de trabajo al uso. Era una declaración de guerra con membrete legal. Cláusulas de confidencialidad draconianas, con penalizaciones que la dejarían en la ruina de por vida si se le ocurría filtrar la más mínima información. Cláusulas de disponibilidad absoluta, veinticuatro siete, sin excusas. Cláusulas de lealtad que rayaban en la servidumbre. Y la peor de todas, una cláusula de "comportamiento y apariencia", que me otorgaba el derecho a dictar desde su vestimenta hasta, en cierta medida, su vida personal si esta pudiera afectar la imagen de la empresa o la mía.

Era una forma de poseerla, de atarla a mí con cadenas invisibles pero irrompibles. Una forma de decirle: "Eres mía, te guste o no".

Cuando levantó la vista, sus ojos echaban chispas. Estaba furiosa. Magníficamente furiosa.

—Esto es… esto es indignante —siseó, su voz temblando de rabia contenida—. ¡Esto no es un contrato, es una sentencia de esclavitud!

—Es una protección para mis intereses, Morales —repliqué con calma, disfrutando de su indignación—. Usted quería una oportunidad. Esta es la oportunidad. Con mis reglas. Si no le gusta, la puerta es muy ancha.

Sabía que la estaba acorralando. Sabía que necesitaba el trabajo desesperadamente. Y sabía, con una certeza oscura y retorcida, que una parte de ella, la misma parte que la hacía desafiarme, también se sentía atraída por la intensidad de la situación, por el peligro que yo representaba.

—¿Y si me niego a firmar esta… esta abominación? —preguntó, su barbilla temblando ligeramente.

Me encogí de hombros. —Entonces le desearé suerte en su búsqueda de empleo. Aunque, con su historial, dudo que encuentre algo remotamente parecido a lo que Rivas Corp puede ofrecerle. Y mucho menos con un jefe tan… comprensivo como yo.

La ironía goteaba de mis palabras. Ella lo sabía. Yo lo sabía.

Se quedó en silencio durante un largo rato, su mirada fija en el contrato, sus nudillos blancos mientras lo agarraba con fuerza. Podía ver la lucha interna en su rostro. Su orgullo contra su necesidad. Su deseo de libertad contra la jaula dorada que le ofrecía.

Finalmente, levantó la cabeza, y en sus ojos había una resolución fría que me sorprendió.

—¿Qué pasa si rompo alguna de estas… cláusulas draconianas, señor Rivas? Aparte de la ruina financiera, claro.

Me incliné hacia adelante, mi voz bajando a un susurro íntimo y amenazante.

—Entonces, Valeria, descubrirá que mi paciencia tiene un límite. Y que mi forma de… gestionar las decepciones puede ser muy… personal. Y créame, no querrá llegar a ese punto.

Nuestras miradas se encontraron y se sostuvieron. La tensión en la habitación era tan espesa que se podía cortar con un cuchillo. Era una batalla de voluntades, y yo estaba decidido a ganarla. Quería verla doblegarse, quería verla aceptar mis términos, por muy humillantes que fueran.

Porque en el fondo, sabía que este contrato no era solo sobre trabajo. Era sobre poder. Sobre control. Y sobre el deseo oscuro y prohibido que crecía entre nosotros con cada mirada, con cada palabra desafiante.

Ella tomó una pluma de mi escritorio, su mano temblando visiblemente. La abrió y, con un movimiento rápido y decidido, firmó en la última página. Su nombre, Valeria Morales, una caligrafía elegante pero firme, sellando su destino.

—Bienvenida oficialmente al infierno, Morales —dije, una sonrisa triunfante curvando mis labios—. Espero que haya traído protección solar. Porque las llamas aquí pueden ser muy intensas.

Ella no sonrió. Solo me miró con una expresión indescifrable, una mezcla de desafío, resignación y algo más… algo que se parecía peligrosamente a la expectación. Y eso, más que cualquier otra cosa, me hizo preguntarme quién había atrapado realmente a quién en este juego perverso que acabábamos de comenzar.

CAPÍTULO 5 – FORZADOS A CONVIVIR: LA TENSIÓN EN EL ÁTICO

Forzados a Convivir: La Tensión en el Ático

(Valeria)

Firmar ese contrato había sido como venderle mi alma al diablo. Un diablo jodidamente atractivo y con ojos grises que prometían el cielo y el infierno en la misma mirada. Dante Rivas no se andaba con rodeos. Quería control total, y la cláusula de "comportamiento y apariencia" era la guinda del pastel de su tiranía. Pero lo más surrealista de todo, la verdadera cereza podrida, era la "cláusula de residencia".

Sí, habían leído bien. Aparentemente, para "garantizar mi disponibilidad total y proteger la información confidencial de Rivas Corp de posibles filtraciones externas debido a mi… estilo de vida previo" –léase, mi apartamento cutre en un barrio dudoso–, debía residir en una propiedad designada por él. Y esa propiedad no era otra que el ala de invitados de su gigantesco, obscenamente lujoso ático con vistas a toda la ciudad.

"Convivencia forzada". Otro puto cliché de novela romántica barata, solo que esto era mi vida real, y el protagonista masculino no tenía nada de romántico y sí mucho de cabrón manipulador.

Así que allí estaba yo, con una maleta que contenía todas mis posesiones terrenales –que cabían tristemente en una sola–, parada en el umbral de un apartamento que parecía sacado de las páginas de Architectural Digest. Mármol por todas partes, obras de arte que

probablemente costaban más que mi vida entera, y un silencio opulento que me hacía sentir aún más fuera de lugar.

—Su habitación está al final del pasillo, a la izquierda —la voz de Dante resonó desde algún lugar a mi derecha. Estaba recostado contra el marco de una puerta, observándome con esa mezcla de diversión y superioridad que empezaba a resultarme familiar y odiosa—. Tiene su propio baño y un pequeño estudio. Espero que sea de su agrado. Aunque, francamente, su agrado es irrelevante mientras cumpla con sus obligaciones.

Encantador. Como siempre.

—Es… impresionante, señor Rivas —murmuré, porque era la verdad. El lugar era espectacular, aunque se sintiera como una jaula dorada.

—No se acostumbre demasiado a los lujos, Morales. Sigue siendo mi empleada, no mi invitada de honor. Hay reglas en esta casa. Regla número uno: no toque mis cosas. Regla número dos: manténgase fuera de mi vista a menos que la llame. Regla número tres: la cocina es territorio comanche después de las nueve de la noche; si tiene hambre, pida comida a domicilio o muérase de inanición discretamente.

Arqueé una ceja. —¿Algo más, su alteza? ¿Quizás deba hacer una reverencia cada vez que lo vea?

Una chispa peligrosa brilló en sus ojos. —No me tiente, Morales. Podría añadirlo al contrato.

Rodé los ojos, aunque me aseguré de que no me viera. Arrastré mi maleta por el pasillo reluciente, sintiendo su mirada quemándome la nuca. Mi habitación, o más bien, mi suite, era más grande que todo mi antiguo apartamento. Una cama king-size con sábanas que parecían de seda, un vestidor enorme y un baño con una bañera que podría albergar a una familia pequeña. Todo impersonal, frío, pero innegablemente lujoso.

Dejé la maleta y me acerqué al ventanal. La vista era aún más espectacular desde aquí arriba. La ciudad se extendía como un mar de luces parpadeantes. Era hermoso y solitario a la vez.

Pasé los siguientes días en una especie de limbo. Durante el día, era la eficiente –o al menos lo intentaba– asistente del CEO más exigente y temperamental del planeta. Corría de un lado a otro, gestionando su agenda imposible, filtrando sus llamadas, preparando informes y soportando sus comentarios sarcásticos y sus miradas intensas que me hacían sentir desnuda.

Por la noche, me retiraba a mi ala del ático, sintiéndome como una prisionera de lujo. Apenas lo veía. A veces oía sus pasos en el pasillo, o el murmullo de su voz al teléfono desde su estudio. Cada sonido me ponía en alerta, tensa, como un animal enjaulado.

La tensión entre nosotros era una cuerda a punto de romperse. Había una conciencia constante de su presencia, incluso cuando no estaba cerca. El aire vibraba con palabras no dichas, con deseos reprimidos y con un odio que, para mi horror, empezaba a sentirse peligrosamente parecido a otra cosa.

Una noche, incapaz de dormir, bajé a la cocina en busca de un vaso de agua, olvidando por completo la "regla número tres". La cocina estaba a oscuras, solo iluminada por el resplandor de la luna que entraba por el ventanal. Y allí estaba él.

Sin camisa. Solo llevaba unos pantalones de pijama de seda oscura que se ceñían a sus caderas. Su torso estaba desnudo, revelando una extensión de piel bronceada y músculos definidos que hicieron que se me secara la boca. Estaba de espaldas a mí, sirviéndose un vaso de algo que parecía whisky.

Me quedé paralizada, incapaz de moverme o de hablar. Debería haberme dado la vuelta, haber huido antes de que me viera. Pero era como si mis pies estuvieran pegados al suelo.

Se giró lentamente, y sus ojos grises, normalmente fríos y calculadores, ahora parecían más oscuros, más profundos, casi atormentados a la luz de la luna. Me miró, y por un instante, no hubo jefe ni empleada. Solo un hombre y una mujer, solos en la quietud de la noche.

—Morales —su voz fue un susurro ronco—. ¿Qué hace aquí? Creí haber sido claro con las reglas.

—Yo… solo venía por agua —tartamudeé, sintiéndome como una idiota. Mis ojos se negaban a apartarse de su pecho desnudo.

Una sonrisa lenta, casi imperceptible, curvó sus labios. Dejó el vaso sobre la encimera y caminó hacia mí, acortando la distancia con esa gracia felina que tanto me ponía nerviosa.

—¿Sedienta? —murmuró, deteniéndose a apenas un palmo de mí. Su calor me envolvía, su aroma masculino llenando mis sentidos. Podía ver el brillo de la transpiración en su piel, el leve subir y bajar de su pecho con cada respiración.

Tragué saliva, mi garganta repentinamente seca por razones que nada tenían que ver con la sed.

—Sí —apenas logré susurrar.

Sus ojos bajaron a mis labios, y luego volvieron a subir a los míos, cargados de una intensidad que me hizo temblar. Extendió una mano, y por un momento aterrador y excitante, pensé que iba a tocarme. Que iba a romper todas las reglas, todas las barreras que nos separaban.

En lugar de eso, su mano pasó rozando mi brazo y abrió el frigorífico que estaba a mi lado. Sacó una botella de agua y me la tendió.

—Aquí tiene —dijo, su voz volviendo a ser fría, distante, aunque sus ojos seguían ardiendo—. Ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer. Y usted debería estar en su habitación.

Tomé la botella, mis dedos rozando los suyos. Una descarga eléctrica, más fuerte esta vez. Nos quedamos así un instante, la botella de agua como único nexo entre nosotros, la tensión crepitando en el aire.

¿Qué estaba pasando entre nosotros? Este juego de poder, esta atracción prohibida… ¿hasta dónde llegaría? ¿Y quién de los dos se quemaría primero?

Sin decir una palabra más, me di la vuelta y prácticamente corrí hacia mi habitación, con el corazón latiéndome a mil por hora y la imagen de su torso desnudo grabada a fuego en mi retina. Cerré la puerta y me apoyé en ella, intentando recuperar el aliento. Estaba jugando con fuego. Un fuego que amenazaba con consumirme por completo. Y lo peor de todo, una parte de mí, la más oscura y autodestructiva, estaba deseando arder.

CAPÍTULO 6 – VERLA EN MI ESPACIO, UNA TORTURA DELICIOSA

Verla en mi Espacio, una Tortura Deliciosa

(Dante)

La presencia de Valeria Morales en mi ático era una constante y jodida prueba a mi autocontrol. Cada mañana, la encontraba en la cocina, intentando preparar un café decente con mi máquina de espresso, una tarea para la que claramente no tenía ni la paciencia ni la habilidad. Verla luchar con el vaporizador, con el ceño fruncido y murmurando maldiciones en voz baja, era una extraña forma de entretenimiento matutino.

Pero también era una tortura. Su olor –una mezcla de jabón barato y algo inherentemente femenino y dulce– se mezclaba con el aroma del café, creando una fragancia que se me metía bajo la piel. La forma en que su pijama de algodón, probablemente comprado en alguna tienda de segunda mano, se ceñía a sus curvas cuando se estiraba para alcanzar los armarios superiores… Joder. Necesitaba más café. Y una ducha fría. O diez.

La había confinado al ala de invitados, con la esperanza de que la distancia física creara una barrera. Iluso de mí. Su presencia lo impregnaba todo. El leve desorden que dejaba en el baño de invitados –un tubo de pasta de dientes sin tapar, una toalla no perfectamente doblada– eran pequeños recordatorios de que ya no estaba solo en mi fortaleza de hielo.

La noche anterior, en la cocina, había estado a punto de perder los estribos. Verla allí, vulnerable a la luz de la luna, con esos ojos grandes y asustados fijos en mi torso desnudo… Había sentido un tirón primitivo, un deseo crudo de acorralarla contra la encimera y besarla hasta que olvidara su propio nombre. Hasta que olvidara el mío y solo gimiera el placer que yo podía darle.

Pero me había contenido. Apenas. La imagen de su sorpresa, de su miedo mezclado con una chispa de algo más –¿curiosidad? ¿deseo?– me había perseguido durante el resto de la noche, impidiéndome dormir.

Este arreglo era una locura. Tenerla tan cerca, tan accesible, era como poner a un alcohólico a cargo de una destilería. Tarde o temprano, la tentación sería demasiado fuerte.

Durante el día, en la oficina, la sometía a un ritmo de trabajo infernal. Le exigía la perfección, la presionaba hasta el límite, buscando cualquier excusa para criticarla, para mantenerla a raya. Pero la muy cabrona resistía. Apretaba los dientes, me lanzaba miradas asesinas cuando creía que no la veía, pero cumplía. Y lo hacía bien. Demasiado bien.

Su inteligencia me sorprendía constantemente. Su capacidad para anticipar mis necesidades, para resolver problemas antes incluso de que yo los verbalizara, era desconcertante. No era la típica asistente sumisa y sin cerebro. Tenía fuego, tenía agallas. Y eso, a pesar de todo, me excitaba de una forma que no quería admitir.

Una tarde, la encontré en mi estudio personal en el ático. Se suponía que no debía estar allí. Era mi santuario, mi espacio privado. Estaba de espaldas a la puerta, observando uno de mis cuadros favoritos, una abstracción oscura y tormentosa de Rothko.

—¿Se ha perdido, Morales? —pregunté, mi voz más áspera de lo que pretendía.

Se sobresaltó y se giró, sus mejillas arreboladas. Llevaba uno de esos vestidos sencillos y baratos que usaba para trabajar, pero que,

de alguna manera, lograban acentuar la curva de su cintura y la línea de sus caderas.

—Lo siento, señor Rivas. La puerta estaba entreabierta y… solo estaba mirando. Es… intenso.

—Como todo lo que vale la pena en esta vida —repliqué, acercándome a ella. Me detuve a su lado, nuestros hombros casi rozándose. Podía oler el champú de fresas en su cabello.

—¿Qué ve usted en él? —preguntó en voz baja, su mirada de nuevo en el lienzo.

—Veo la lucha. La oscuridad. La belleza en el caos —respondí, mi voz apenas un susurro. No sabía por qué le estaba diciendo esto. Nunca hablaba de arte con nadie, y menos con una empleada.

Ella asintió lentamente. —Yo veo… soledad. Y un anhelo desesperado de conexión.

Sus palabras me golpearon con una fuerza inesperada. ¿Soledad? ¿Anhelo de conexión? ¿Era eso lo que proyectaba mi vida, mi imperio? ¿Era eso lo que ella veía en mí?

Nos quedamos en silencio durante un largo rato, ambos perdidos en la contemplación del cuadro, pero conscientes de la presencia del otro. La tensión entre nosotros era un ente vivo, respirando en la quietud de la habitación.

—Debería volver a su trabajo, Morales —dije finalmente, rompiendo el hechizo. Necesitaba alejarla, necesitaba recuperar mi espacio, mi control.

Ella asintió, sin mirarme, y salió del estudio en silencio. Pero su perfume, su presencia, permanecieron flotando en el aire, como un fantasma persistente.

Joder. Esta mujer me estaba volviendo loco. Estaba derribando mis barreras una por una, sin siquiera intentarlo. Y lo peor era que una parte de mí, una parte que creía muerta y enterrada, no quería que se detuviera.

Esa noche, mientras intentaba concentrarme en unos informes financieros, escuché un ruido proveniente de su ala del ático. Un sollozo ahogado. Luego otro.

Fruncí el ceño. ¿Estaba llorando? ¿Valeria Morales, la mujer que me desafiaba con la mirada y me respondía con insolencia, estaba llorando?

Una extraña punzada de algo que se parecía peligrosamente a la preocupación me atravesó. Dudé un instante. No era asunto mío. Ella era mi empleada, no mi responsabilidad emocional. Pero el sonido de sus sollozos, tan frágiles, tan inesperados, me atrajo como un imán.

Me levanté y caminé hacia su puerta. Estaba ligeramente entreabierta. La empujé con cuidado y la vi. Estaba sentada en el borde de la cama, abrazada a sus rodillas, su cuerpo sacudido por los espasmos del llanto. La luz de la luna iluminaba su rostro, bañado en lágrimas.

Por un momento, me quedé allí, observándola, sintiendo una oleada de emociones contradictorias. Quería consolarla. Quería gritarle que dejara de ser tan débil. Quería tomarla en mis brazos y protegerla del mundo. Quería poseerla hasta que no quedara nada de su dolor, solo el placer crudo y animal que yo podía ofrecerle.

¿Qué demonios me estaba pasando? Esta mujer iba a ser mi perdición. Y yo, como un completo idiota, estaba caminando directamente hacia ella.

CAPÍTULO 7 – LA CENA DE NEGOCIOS QUE SE VUELVE PERSONAL

La Cena de Negocios que se Vuelve Personal

(Valeria)

Los sollozos de la noche anterior me habían dejado agotada y con los ojos hinchados. Dante me había encontrado en mi momento más vulnerable, y aunque no dijo nada, su mera presencia en el umbral de mi puerta, observándome en silencio, había sido extrañamente… ¿reconfortante? No, esa no era la palabra. Quizás inquietante era más apropiado. No había entrado, no había dicho una palabra de consuelo (ni de burla, para mi sorpresa), simplemente se había quedado allí un momento y luego se había marchado, dejándome con una sensación aún más confusa que antes.

Intenté recomponerme para el día siguiente. Teníamos una cena de negocios crucial con unos inversores japoneses, y Dante había dejado muy claro que mi presencia era obligatoria y que esperaba una "actuación impecable". Eso significaba sonreír, ser encantadora y, sobre todo, no meter la pata. Y, por supuesto, lucir como la asistente perfecta de un CEO multimillonario, lo que me llevó a una crisis de vestuario monumental.

Mi ropa era, en su mayoría, funcional y barata. Nada que gritara "sofisticación" o "lujo". Dante, con su habitual sutileza (nótese el sarcasmo), había "sugerido" –léase, ordenado– que utilizara la cuenta de la empresa para adquirir algo "apropiado". Me negué en redondo. No iba a deberle ni un céntimo más de lo estrictamente necesario. Así que recurrí a mi único vestido decente, uno negro,

sencillo pero elegante, que había comprado para una boda hacía años y que, milagrosamente, aún me sentaba bien.

Cuando bajé al salón del ático, lista para partir, Dante ya me esperaba. Llevaba un esmoquin que le sentaba como un guante, realzando su figura imponente. Por un instante, me quedé sin aliento. El hombre era una obra de arte pecaminosa.

Sus ojos grises me recorrieron de arriba abajo, deteniéndose un instante de más en mis piernas, apenas cubiertas por el vestido. Una leve sonrisa torcida apareció en sus labios.

—No está mal, Morales. Casi parece usted una profesional.

—Y usted casi parece humano con ese esmoquin, señor Rivas —repliqué, antes de poder contenerme.

Su sonrisa se ensanchó. —Touché. ¿Lista para encantar a nuestros amigos japoneses?

—Nací lista —mentí, intentando ignorar el nudo de nervios en mi estómago.

La cena tuvo lugar en uno de los restaurantes más exclusivos y caros de la ciudad. Un lugar donde una botella de agua probablemente costaba más que mi alquiler mensual. Los inversores, el señor Tanaka y el señor Yoshida, eran educados, formales y, afortunadamente, hablaban un inglés impecable.

Dante estuvo en su elemento. Encantador, persuasivo, con un dominio absoluto de las cifras y una confianza que resultaba casi hipnótica. Yo me limité a sonreír, asentir y asegurarme de que sus copas nunca estuvieran vacías, sintiéndome más como una geisha glorificada que como una asistente ejecutiva.

Pero a medida que avanzaba la noche y el sake comenzaba a fluir, la conversación se volvió más relajada, más personal. El señor Tanaka, un hombre mayor con una sonrisa amable, me preguntó por mi trabajo, por mis impresiones sobre la ciudad. Respondí con cuidado, intentando ser profesional pero también agradable.

En un momento dado, Dante puso su mano sobre la mía, que descansaba sobre la mesa. Fue un gesto aparentemente casual, de camaradería de cara a los inversores. Pero el calor de su mano, la forma en que sus dedos rozaron los míos, envió una corriente eléctrica por todo mi cuerpo. Lo miré, sorprendida, pero él seguía hablando con el señor Yoshida, como si nada.

El muy cabrón sabía exactamente el efecto que tenía en mí.

Cuando la cena terminó y los contratos preliminares fueron firmados –un éxito rotundo para Rivas Corp–, nos despedimos de los japoneses en la entrada del restaurante. El señor Tanaka, con una galantería inesperada, me tomó la mano y depositó un beso en mis nudillos.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Morales. Es usted una joven encantadora y muy inteligente. El señor Rivas tiene suerte de tenerla.

Sentí mis mejillas arder. Dante, a mi lado, simplemente sonrió, una sonrisa que no llegó a sus ojos.

En el coche de vuelta al ático, el silencio era tenso. Yo miraba por la ventanilla, observando las luces de la ciudad pasar, mientras él permanecía recostado en su asiento, con los ojos cerrados. Parecía cansado, pero también extrañamente satisfecho.

—Lo ha hecho bien esta noche, Morales —dijo de repente, su voz baja en la oscuridad del coche—. Los japoneses quedaron impresionados. Con el negocio, claro está.

—Solo hice mi trabajo, señor Rivas.

—No. Hizo más que eso. Les gustó. Le gustó al viejo Tanaka, especialmente —había un deje de algo en su voz que no supe identificar. ¿Celos? Imposible.

—Fue amable, eso es todo.

El coche se detuvo frente al edificio. El chófer nos abrió la puerta. Subimos en el ascensor privado en silencio. La tensión entre

nosotros era casi insoportable. Podía sentir su mirada sobre mí, incluso en la penumbra.

Cuando llegamos al ático, me dirigí directamente hacia mi habitación. Necesitaba escapar de su presencia, de la confusión que me provocaba.

—Morales —su voz me detuvo justo cuando alcanzaba el pomo de la puerta.

Me giré. Estaba a pocos pasos de mí, su corbata desabrochada, el primer botón de su camisa abierto, revelando un atisbo de la piel bronceada de su pecho. Sus ojos grises brillaban con una intensidad que me hizo temblar.

—Gracias —dijo, y la palabra sonó extraña en sus labios, como si no estuviera acostumbrado a pronunciarla.

—No hay de qué, señor Rivas.

Dio un paso hacia mí. Luego otro. Hasta que estuvo tan cerca que podía oler el aroma a whisky en su aliento, mezclado con su perfume caro y masculino.

—Tanaka tenía razón en una cosa —murmuró, su voz volviéndose ronca—. Es usted… encantadora.

Extendió una mano y acarició mi mejilla con el dorso de sus dedos. Su tacto era suave, casi reverente, y envió un escalofrío por toda mi columna. Contuve la respiración, mi corazón latiendo desbocado. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué significaba esto?

Sus ojos bajaron a mis labios, y por un instante aterrador y excitante, pensé que iba a besarme. Deseé que lo hiciera. Odié desearlo.

Pero entonces, tan rápido como había llegado, la suavidad desapareció de su mirada, reemplazada por esa frialdad calculadora que tanto conocía. Apartó la mano y dio un paso atrás, rompiendo el contacto, rompiendo el hechizo.

—No se haga ideas raras, Morales —dijo, su tono volviendo a ser el de siempre, cortante y distante—. Sigue siendo mi empleada. Y yo sigo siendo su jefe. No lo olvide.

Se dio la vuelta y se dirigió a su estudio, dejándome allí, sola en el pasillo, con el corazón hecho un lío y la piel ardiendo donde él me había tocado. El muy cabrón. Jugaba conmigo como un gato con un ratón. Me atraía, me confundía, y luego me apartaba con frialdad.

Entré en mi habitación y cerré la puerta con más fuerza de la necesaria. Estaba harta de sus juegos, harta de la montaña rusa emocional en la que me había metido. Pero mientras me miraba en el espejo, con las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos, una pregunta persistente se formó en mi mente: ¿Qué pasaría si, solo por una vez, yo también empezara a jugar? ¿Y si el ratón decidiera que ya estaba harto de huir y empezara a mostrar los dientes? La idea era aterradora. Y extrañamente, terriblemente tentadora.

CAPÍTULO 8 – JUGANDO CON FUEGO Y PALABRAS AFILADAS

Jugando con Fuego y Palabras Afiladas

(Dante)

La cena con los japoneses había sido un éxito. Los contratos estaban encarrilados y la expansión asiática tomaba forma. Debería haber estado satisfecho, incluso eufórico. Pero la imagen que persistía en mi mente no era la de los rostros sonrientes de Tanaka y Yoshida, sino la de Valeria Morales, con su vestido negro sencillo que hacía maravillas por su figura y esa mirada desafiante que lograba encenderme de formas que no quería admitir.

Su comentario sobre mi "humanidad" en esmoquin me había arrancado una sonrisa genuina, algo raro en mí. La mujer tenía una lengua viperina, pero también un ingenio rápido que me resultaba… estimulante. Y la forma en que el viejo Tanaka la había devorado con la mirada, la forma en que le había besado la mano… Eso había provocado una punzada de algo oscuro y posesivo en mi interior. Algo que se parecía demasiado a los celos.

Ridículo. Yo no sentía celos. Y menos por una empleada insolente que apenas toleraba.

Pero el roce de su mano bajo la mesa, la forma en que su cuerpo se tensó cuando la acaricié en el pasillo del ático… Eso no había sido ridículo. Había sido eléctrico. Una prueba más de la química innegable, y jodidamente inconveniente, que ardía entre nosotros.

Le había dicho que no se hiciera ideas raras. Que seguía siendo mi empleada. Palabras frías, calculadas para restablecer la distancia, para recordarle –y recordarme a mí mismo– los límites. Pero incluso mientras las pronunciaba, una parte de mí quería borrar esas palabras, borrar los límites, y simplemente tomarla entre mis brazos y besarla hasta que ambos perdiéramos la razón.

Joder, estaba jugando con fuego. Y Valeria Morales era la llama más brillante y peligrosa que había encontrado en mucho tiempo.

Al día siguiente, en la oficina, la tensión entre nosotros era palpable. Ella evitaba mi mirada, sus respuestas eran monosilábicas, profesionales hasta la médordia. Bien. Eso era lo que quería, ¿no? Distancia. Profesionalismo. Pero su silencio, su aparente sumisión, me irritaba más que sus desafíos verbales.

Decidí presionarla un poco más. Necesitaba una reacción, necesitaba ver ese fuego en sus ojos de nuevo.

—Morales, necesito que organice un viaje a nuestra nueva adquisición en Silicon Valley para la próxima semana —le dije, sin levantar la vista de mi ordenador—. Tres días. Prepare el itinerario, reserve los vuelos en el jet privado, el hotel… Y usted vendrá conmigo.

Levantó la vista de su pantalla, sus ojos castaños abiertos por la sorpresa. —¿Yo? ¿Por qué necesitaría que yo fuera, señor Rivas? Puedo coordinar todo desde aquí.

—Porque lo digo yo, Morales. Y porque necesito a alguien que tome notas, organice las reuniones y se asegure de que todo funcione como un reloj. ¿O es que tiene algún problema con viajar conmigo?

Vi la lucha en su rostro. La idea de pasar tres días a solas conmigo, en la proximidad forzada de un viaje de negocios, claramente la aterrorizaba. Y, para mi perversa satisfacción, también la excitaba. Podía verlo en el leve rubor que tiñó sus mejillas, en la forma en que se mordió el labio inferior.

—Ningún problema, señor Rivas —respondió finalmente, su voz apenas un susurro—. Me encargaré de todos los preparativos.

—Excelente —sonreí, una sonrisa que sabía que la pondría nerviosa —. Asegúrese de empacar algo… apropiado. Las noches en California pueden ser… interesantes.

Su mirada se endureció. —Entendido, señor Rivas. ¿Algo más?

—Sí. Quiero el borrador del discurso para la conferencia de tecnología en mi escritorio antes del final del día. Y Morales… — esperé a que me mirara—. Intente no parecer tan… consternada. Podría pensar que no disfruta de mi compañía.

Me lanzó una mirada que podría haber derretido el acero antes de volver a su trabajo, sus dedos golpeando el teclado con una furia apenas contenida. Sí. Ese era el fuego que quería ver.

El resto del día fue un juego constante de tira y afloja. Yo la presionaba, ella resistía. Yo la provocaba, ella me devolvía el golpe con comentarios sarcásticos y miradas desafiantes. Era agotador. Era exasperante. Y era, de alguna manera retorcida, la parte más estimulante de mi día.

Esa tarde, mientras revisaba unos informes, la escuché hablar por teléfono en voz baja desde su escritorio. Su voz era suave, melódica, completamente diferente al tono cortante que usaba conmigo. Estaba hablando en español, un español rápido y fluido que apenas lograba entender. Pero el tono… era íntimo. Demasiado íntimo.

Fruncí el ceño. ¿Con quién hablaba? ¿Un amigo? ¿Un familiar? ¿Un… amante?

La idea me golpeó con la fuerza de un puñetazo en el estómago. La imagen de Valeria Morales en brazos de otro hombre, sonriendo, susurrando palabras dulces en español… Era intolerable.

Cuando colgó, la llamé a mi despacho.

—Morales, ¿quién era al teléfono?

Me miró, sorprendida por mi pregunta directa, y por el tono áspero de mi voz.

—Asuntos personales, señor Rivas.

—En horario de trabajo, ¿los asuntos personales no deberían esperar? Especialmente cuando tiene un discurso que terminar.

Sus mejillas se sonrojaron, pero su mirada era firme. —Era mi hermana, señor Rivas. Y la llamada duró menos de cinco minutos. El discurso estará en su escritorio a tiempo.

Su hermana. Sentí una oleada de alivio tan intensa que casi me hizo perder el equilibrio. Ridículo. ¿Qué me importaba a mí con quién hablara?

Pero la había presionado demasiado. Había cruzado una línea. Y lo sabía.

—Bien —dije, mi voz más suave—. Continúe con su trabajo.

Salió de mi despacho sin decir una palabra más, pero pude sentir su resentimiento flotando en el aire. Joder. Estaba perdiendo el control. Este juego con ella, esta tensión constante, me estaba afectando más de lo que quería admitir.

Necesitaba alejarme. Necesitaba recuperar la perspectiva. Pero la idea de tres días a solas con ella en California, lejos de las miradas curiosas de la oficina, lejos de las reglas y las restricciones… Era una perspectiva aterradora. Y jodidamente tentadora.

¿Quién estaba jugando con quién en este juego de palabras afiladas y deseos prohibidos? Y lo más importante, ¿quién iba a salir quemado al final?

CAPÍTULO 9 – UN VISTAZO A SU PASADO, UNA GRIETA EN SU ARMADURA

Un Vistazo a su Pasado, una Grieta en su Armadura

(Valeria)

La noticia del viaje a Silicon Valley me cayó como un jarro de agua fría. Tres días. Tres días a solas con Dante Rivas, el hombre que convertía mi existencia en una montaña rusa de emociones contradictorias. La idea era tan aterradora como, y odiaba admitirlo, extrañamente excitante. Era la oportunidad perfecta para que ocurriera… algo. Y ese "algo" podía ser maravilloso o catastrófico.

Su interrogatorio sobre mi llamada personal había sido la gota que colmaba el vaso. ¿Quién se creía que era para meterse en mi vida privada? Sí, era mi jefe, pero había límites. Aunque, claro, con el contrato que me había hecho firmar, esos límites eran bastante difusos. La mención de mi hermana pareció calmarlo, lo cual fue extraño. Por un momento, casi vi un atisbo de… ¿humanidad? en sus ojos grises antes de que la máscara de frialdad volviera a caer.

Los días previos al viaje fueron una tortura de preparativos y tensión contenida. Dante parecía disfrutar especialmente dándome órdenes contradictorias y observando cómo me las arreglaba para cumplirlas. El muy cabrón se deleitaba con mi estrés. Yo, por mi parte, intentaba mantener la compostura, aunque por dentro era un manojo de nervios y anticipación.

La noche antes de partir, mientras organizaba unos archivos en su estudio personal en el ático –él me había "pedido" que lo hiciera,

alegando que necesitaba ciertos documentos para el viaje y que yo era la única que sabría dónde encontrarlos–, mis ojos se posaron en un portarretratos discretamente colocado en una de las estanterías. No era una foto de negocios, ni de algún paisaje exótico. Era una foto de un Dante Rivas mucho más joven, quizás en su adolescencia tardía, con el brazo alrededor de una mujer hermosa, de cabello oscuro y ojos brillantes que se parecían inquietantemente a los suyos. Ambos sonreían a la cámara, una sonrisa genuina, feliz. Él se veía… diferente. Menos duro, menos cínico. Casi vulnerable.

Junto a ellos, un niño pequeño, de unos cinco o seis años, los miraba con adoración. El niño también tenía los ojos grises de Dante.

—¿Curiosa, Morales? —la voz de Dante, profunda y peligrosamente suave, me sobresaltó. No lo había oído entrar.

Me giré, sintiendo mis mejillas arder. Me había pillado espiando sus cosas personales, algo que él había prohibido explícitamente.

—Lo siento, señor Rivas. Yo… solo estaba organizando los archivos y…

—Y se topó con mi pasado —terminó la frase por mí, su tono indescifrable. Se acercó a la estantería y tomó el portarretratos, sus dedos rozando el cristal con una suavidad que contrastaba con su habitual dureza.

—Es… una bonita foto —murmuré, sin saber qué más decir.

Él no respondió de inmediato. Sus ojos estaban fijos en la imagen, y por un instante, vi una sombra de dolor cruzar su rostro, tan fugaz que casi dudé haberla visto. Era una grieta en su armadura, una visión inesperada del hombre detrás del CEO implacable.

—Mi madre —dijo finalmente, su voz apenas un susurro—. Y mi hermano menor, Leo.

Su madre. La mujer de la foto era increíblemente hermosa, y la sonrisa de Dante en esa imagen era tan diferente a la que yo conocía. ¿Y un hermano menor? Nunca lo había mencionado. En

todas las biografías y artículos que había leído sobre él, solo se hablaba de su padre, un magnate despiadado que lo había criado a su imagen y semejanza.

—Se parece mucho a ella —comenté en voz baja.

Una leve sonrisa torcida apareció en sus labios. —Eso dicen. Ella era… la luz de mi vida. Y Leo… él era todo para mí.

La forma en que habló de ellos, en tiempo pasado, me heló la sangre. —¿Eran?

Asintió, su mirada aún perdida en la fotografía. —Murieron. Hace muchos años. Un accidente de coche.

Un silencio pesado cayó sobre la habitación. Podía sentir su dolor, crudo y palpable, llenando el espacio entre nosotros. De repente, el CEO arrogante y controlador desapareció, y en su lugar vi a un hombre herido, un hombre que había perdido a las personas que más amaba y que había construido murallas a su alrededor para protegerse del mundo.

No supe qué decir. Las palabras de consuelo parecían vacías, inadecuadas. Simplemente me quedé allí, observándolo, sintiendo una oleada de empatía inesperada por este hombre que, hasta ese momento, solo me había inspirado miedo y una atracción confusa.

—Lo siento mucho, Dante —dije, y por primera vez, usé su nombre de pila sin el "señor Rivas" delante. Salió de forma natural, sin pensarlo.

Él levantó la vista, y sus ojos grises se encontraron con los míos. Había sorpresa en ellos, y algo más… algo que no supe identificar. Pero la frialdad habitual había desaparecido, reemplazada por una vulnerabilidad que me desarmó por completo.

—Gracias, Valeria —respondió, su voz ronca. Y también él usó mi nombre de pila, sin el "Morales" detrás.

Nos quedamos así, mirándonos, durante lo que pareció una eternidad. La tensión en la habitación era diferente esta vez. No era la tensión sexual habitual, cargada de desafíos y deseos reprimidos.

Era algo más profundo, más íntimo. Una conexión inesperada forjada en un momento de vulnerabilidad compartida.

Entonces, como si de repente se diera cuenta de lo que había revelado, de cuánto se había expuesto, la máscara volvió a su sitio. Apartó la mirada, colocó el portarretratos de nuevo en la estantería con un gesto brusco y se aclaró la garganta.

—Los archivos, Morales. Concéntrese en los archivos. Y recuerde que lo que ve en esta casa, lo que oye en esta casa, se queda en esta casa. ¿Entendido?

Su tono era de nuevo el del jefe autoritario, pero había perdido parte de su mordacidad. La grieta en su armadura se había cerrado, pero yo la había visto. Sabía que estaba allí.

—Entendido, Dante —respondí en voz baja.

Él asintió y salió del estudio sin decir una palabra más, dejándome sola con mis pensamientos y con la imagen de un Dante Rivas que no conocía. Un hombre marcado por la tragedia, un hombre que escondía un corazón herido bajo capas de arrogancia y control.

El viaje a Silicon Valley de repente adquirió una nueva dimensión. Ya no era solo un viaje de negocios con mi jefe tiránico. Era una oportunidad para ver más allá de la fachada, para descubrir al hombre detrás del mito. Y esa perspectiva, aunque aterradora, también era increíblemente… esperanzadora.

Quizás, solo quizás, había algo más que odio y deseo en la complicada ecuación que nos unía. Quizás, bajo todas esas capas de dolor y desconfianza, había espacio para algo más. Algo real. Y esa idea, por muy improbable que pareciera, era un cliffhanger mucho más potente que cualquier provocación sexual que él pudiera lanzarme.

CAPÍTULO 10 – EL PODER DE TENERLA CERCA, LA DEBILIDAD QUE ESCONDE

El Poder de Tenerla Cerca, la Debilidad que Esconde

(Dante)

La había dejado en mi estudio, rodeada de mis archivos y, lo que era peor, de un fragmento de mi alma que no debería haberle mostrado jamás. Hablar de mi madre y de Leo… no lo hacía. Nunca. Con nadie. Era un santuario de dolor que mantenía cerrado bajo siete llaves, y ella, con su curiosidad impertinente y esa mirada que a veces parecía ver demasiado, había encontrado la maldita cerradura.

Valeria. Incluso su nombre en mis labios, sin el formal "Morales", se sentía extrañamente íntimo. Peligrosamente íntimo.

Me retiré a mi dormitorio esa noche sintiéndome expuesto, vulnerable, como si me hubieran arrancado una capa de piel. La imagen de sus ojos, suavizados por una empatía que no esperaba, que no quería, se repetía en mi mente. No había habido burla, ni lástima calculada. Solo una comprensión silenciosa que me desarmó más que cualquier desafío.

Joder. ¿Qué estaba haciendo? Permitir que una empleada, una mujer que apenas conocía y que representaba todo lo que intentaba evitar –caos, emoción, imprevisibilidad–, se acercara tanto era un error monumental. Un error que no podía permitirme repetir.

El viaje a Silicon Valley se cernía sobre mí como una amenaza. Tres días. Tres días en los que estaría inevitablemente cerca de ella, compartiendo el espacio confinado de mi jet, las reuniones, quizás

incluso las cenas. Antes, la perspectiva me había parecido una oportunidad para jugar con ella, para poner a prueba sus límites y los míos. Ahora, se sentía como caminar por un campo de minas.

Ella había visto una grieta en mi armadura. Y las grietas, si no se reparaban, se convertían en brechas. Y las brechas podían derribar imperios. O, al menos, el imperio de autocontrol que tanto me había costado construir.

Al día siguiente, en la oficina, intenté restablecer la distancia. Fui más frío, más exigente, más cabrón que de costumbre. Necesitaba verla retroceder, necesitaba que volviera a ser la empleada insolente que me desafiaba, no la mujer que me había mirado con una compasión que me quemaba por dentro.

Pero ella también parecía haber levantado sus propias defensas. Era eficiente, profesional hasta la médula, sus respuestas concisas, sus ojos esquivando los míos. Era como si ambos hubiéramos decidido tácitamente que lo ocurrido la noche anterior no había pasado, que había sido una alucinación compartida.

Sin embargo, algo había cambiado. Una nueva conciencia flotaba en el aire entre nosotros. Una tensión diferente, más sutil pero no menos potente. Ya no era solo el juego del gato y el ratón, del jefe y la empleada. Ahora había algo más, algo innombrable y jodidamente peligroso.

Mientras revisaba los últimos detalles del viaje –el itinerario impecable que ella había preparado, las reservas en el hotel más exclusivo de Palo Alto, los perfiles de los ejecutivos con los que nos reuniríamos–, me di cuenta de lo mucho que dependía de ella. No solo para las tareas administrativas, sino para algo más. Su presencia, a pesar de ser una constante fuente de irritación y tentación, también se había vuelto… necesaria.

Odiaba esa dependencia. Odiaba la forma en que su inteligencia me desafiaba, la forma en que su resistencia me intrigaba, la forma en que su vulnerabilidad inesperada me había tocado.

El poder de tenerla cerca. Era innegable. Su eficiencia, su capacidad para anticiparse a mis necesidades, incluso su forma de enfrentarme, me hacían más agudo, más alerta. Pero también era una debilidad. Una debilidad que no podía permitirme. Porque cada vez que bajaba la guardia, cada vez que permitía que esa conexión se profundizara, me exponía al dolor. Y el dolor era un viejo conocido que había jurado no volver a invitar a mi vida.

La tarde antes de partir, la llamé a mi despacho.

—Morales, todo listo para mañana, ¿verdad?

—Sí, señor Rivas. El jet estará listo a las siete. He confirmado todos los traslados y la primera reunión es a las once, hora local.

—Bien —dije, observándola. Llevaba un vestido sencillo de color azul marino que resaltaba el color de sus ojos. Se veía cansada, pero también había una determinación en su postura que no había visto antes—. Este viaje es crucial. No quiero errores.

—No los habrá, señor Rivas.

—Eso espero. Porque si algo sale mal, Morales… —dejé la amenaza flotando en el aire.

Ella simplemente me miró, sus ojos firmes. —Entendido.

Hubo un momento de silencio, cargado de todas las cosas que no decíamos. Quería decirle que tuviera cuidado. Quería decirle que no sabía en qué se estaba metiendo al acercarse tanto a mí. Quería decirle que huyera mientras pudiera.

Pero en lugar de eso, dije: —Puede retirarse.

Asintió y salió del despacho. La observé marcharse, y una sensación de inquietud se apoderó de mí. Este viaje iba a ser una prueba de fuego. Para ella. Y, sobre todo, para mí.

El poder de tenerla cerca era una droga adictiva. Pero la debilidad que escondía esa cercanía era un veneno que podía destruirme. Y mientras me preparaba para volar hacia el corazón de la tecnología y la innovación, no podía evitar preguntarme si estaba volando

también hacia mi propia perdición, con Valeria Morales como mi hermosa y peligrosa copiloto.

CAPÍTULO 11 – ENTRE VUELOS Y SECRETOS: EL VIAJE COMIENZA

Pesadillas Compartidas, Secretos Susurrados en la Oscuridad

(Valeria)

La noche antes de nuestro viaje a Silicon Valley fue un tormento. No por los preparativos de última hora, ni por la ansiedad del viaje en sí. Era Dante. O, mejor dicho, la imagen de Dante que se había colado en mis defensas: el hombre detrás de la fotografía, el que había perdido a su madre y a su hermano, el que llevaba un dolor tan profundo que casi podía saborearlo en el aire cada vez que estaba cerca.

Esa vulnerabilidad que había presenciado, por fugaz que fuera, lo había humanizado a mis ojos. Y un Dante Rivas humano era infinitamente más peligroso que el CEO frío y calculador. Porque a ese Dante, al herido, una parte estúpida y compasiva de mí quería acercarse, quería… consolarlo. Y eso era una locura.

Me revolvía en la cama de mi lujosa jaula dorada, incapaz de conciliar el sueño. Las sábanas de seda, que al principio me habían parecido un lujo exquisito, ahora se sentían como grilletes. Afuera, la ciudad parpadeaba, indiferente a mi agitación interna. Cada sombra en la habitación parecía tomar formas amenazantes, y los viejos fantasmas de mi propio pasado decidieron que era una noche excelente para visitarme.

Las pesadillas llegaron, como siempre lo hacían cuando estaba estresada o asustada. Imágenes borrosas de mi padre, su rostro

contorsionado por la ira, sus gritos resonando en mis oídos. La sensación de ahogo, de impotencia. Desperté con un grito ahogado, el corazón martilleándome en el pecho, el sudor frío empapando mi pijama.

Me senté en la cama, temblando, intentando alejar las sombras. Necesitaba aire. Necesitaba escapar de las cuatro paredes de mi habitación, que de repente se sentían opresivas.

Descalza, y con el sigilo de un ladrón, me deslicé fuera de mi cuarto y me dirigí a la sala principal del ático. Las luces de la ciudad entraban a raudales por los inmensos ventanales, bañando la estancia en una luz fantasmal. Quizás un vaso de leche caliente, o simplemente mirar el horizonte, me calmaría.

Y entonces lo vi. Dante. Estaba de pie frente al ventanal más grande, su silueta recortada contra el cielo nocturno. Llevaba solo unos pantalones de pijama oscuros, su torso desnudo y musculoso brillando débilmente a la luz de la luna. Estaba inmóvil, como una estatua, pero había una tensión en sus hombros, una rigidez en su postura que hablaba de una lucha interna.

Por un momento, pensé en retirarme sin hacer ruido. No quería que me viera así, despeinada y asustada. Pero algo en su quietud, en su aparente soledad, me detuvo.

—¿Tampoco puedes dormir? —su voz, baja y ronca, rompió el silencio. No se giró, pero supo que estaba allí. ¿Tenía ojos en la nuca, este hombre?

—Pesadillas —respondí en voz baja, acercándome con cautela, como si me acercara a un animal herido.

Él asintió lentamente. —Viejas conocidas.

Me detuve a unos metros de él, abrazándome a mí misma. El aire entre nosotros estaba cargado de una electricidad diferente a la habitual. No era la tensión sexual abrasadora, sino algo más frágil, más íntimo.

—¿Las tienes a menudo? —pregunté, la curiosidad venciendo a mi timidez.

Se giró entonces, y sus ojos grises, oscuros en la penumbra, se encontraron con los míos. Había una sombra en ellos, un eco del dolor que había vislumbrado la noche anterior.

—Más de lo que me gustaría admitir —confesó, y la admisión pareció costarle un esfuerzo—. El pasado tiene una forma persistente de aferrarse a uno, ¿no crees?

Asentí, sabiendo exactamente a qué se refería. Mis propios fantasmas eran prueba de ello.

—A veces… a veces siento que nunca me dejarán en paz —susurré, más para mí misma que para él.

Se acercó un paso, y luego otro, hasta que estuvo frente a mí. Su proximidad era abrumadora, pero esta vez no me sentí amenazada. Había una extraña sensación de… camaradería en la oscuridad, dos almas atormentadas encontrándose en la quietud de la noche.

—¿Qué te atormenta, Valeria? —preguntó, su voz suave, casi una caricia. El uso de mi nombre de pila ya no me sorprendía tanto, pero seguía enviando un pequeño escalofrío por mi espalda.

Dudé. Nunca hablaba de mi pasado con nadie. Era mi carga, mi secreto. Pero en la oscuridad del ático, con la mirada intensa de Dante fija en mí, las palabras empezaron a fluir, vacilantes al principio, luego con más seguridad.

Le hablé de mi padre, de su temperamento violento, de la sombra de miedo bajo la que había crecido mi hermana y yo. Le hablé de la lucha constante por salir adelante, por escapar de ese pasado, por construir algo mejor para mí, aunque a veces sintiera que solo estaba corriendo en círculos.

Él escuchó en silencio, sin interrumpir, sus ojos grises nunca apartándose de los míos. No hubo juicio en su mirada, ni lástima. Solo una atención profunda, casi absorbente.

Cuando terminé, un silencio cargado se instaló entre nosotros. Me sentía expuesta, vulnerable, como si le hubiera entregado un trozo de mi alma.

—Eres fuerte, Valeria —dijo finalmente, su voz ronca por la emoción —. Más fuerte de lo que crees. Has sobrevivido. Y eso… eso requiere un tipo de coraje que pocos poseen.

Sus palabras, simples pero sinceras, me tocaron de una forma que ninguna frase elaborada podría haberlo hecho. Sentí que las lágrimas pugnaban por salir, pero las contuve. Ya había llorado suficiente delante de este hombre.

—Tú también lo eres, Dante —respondí en voz baja—. Perder a tu familia… no puedo imaginar el dolor.

Una sombra cruzó su rostro. —El dolor te cambia. Te moldea. Te convierte en algo que no eras. A veces, en algo que no reconoces.

Extendió una mano, y por un instante pensé que iba a tocarme la mejilla, como la noche de la cena con los japoneses. Pero en lugar de eso, sus dedos rozaron suavemente mi brazo, un contacto fugaz pero que envió una oleada de calor a través de mí.

—Quizás… quizás algunas pesadillas son menos aterradoras cuando no las enfrentas solo —murmuró, su aliento cálido rozando mi piel.

Nos quedamos así, en la penumbra del ático, dos extraños unidos por nuestros demonios compartidos. La tensión sexual seguía allí, un subtexto constante, pero ahora estaba matizada por algo más profundo, algo más peligroso: una conexión emocional.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, susurrando secretos en la oscuridad, compartiendo fragmentos de nuestras almas rotas. Pero cuando los primeros rayos del amanecer comenzaron a teñir el cielo de rosa y oro, una nueva conciencia se había instalado entre nosotros.

El viaje a Silicon Valley ya no era solo un viaje de negocios. Era una encrucijada. Y algo me decía que, para bien o para mal, nada volvería a ser igual después de él. La pregunta era si esa nueva

cercanía nos salvaría o nos destruiría a ambos. Y esa, era una pesadilla mucho más real que cualquiera que la noche pudiera conjurar.

CAPÍTULO 12 – NOCHES PELIGROSAS EN SILICON VALLEY

El Ascensor: Un Encuentro Demasiado Íntimo, Demasiado Peligroso

(Dante)

Silicon Valley. El epicentro de la innovación, el lugar donde las fortunas se hacían y deshacían en un abrir y cerrar de ojos. Normalmente, este ambiente me estimulaba, me cargaba de energía. Pero esta vez, mi mente estaba en otra parte. O, mejor dicho, en otra persona. Valeria.

La noche anterior, en la penumbra de mi ático, había cruzado una línea. Habíamos compartido secretos, pesadillas. Le había mostrado una parte de mí que mantenía oculta al mundo, una vulnerabilidad que me hacía sentir jodidamente expuesto. Y ella, a su vez, me había ofrecido un atisbo de sus propias cicatrices, de la fuerza que había forjado en el fuego de su pasado.

Esa conexión inesperada, esa intimidad cruda, había cambiado las reglas del juego. Ya no era solo la empleada insolente que me desafiaba y me excitaba a partes iguales. Ahora era… algo más. Algo que no sabía cómo manejar.

Intenté ser el de siempre durante el vuelo en el jet privado. Frío, distante, el CEO implacable. Le di órdenes, critiqué sus informes, la ignoré durante largos periodos. Pero cada vez que nuestros ojos se encontraban, veía un eco de esa noche en los suyos, una comprensión silenciosa que me desarmaba. Y notaba su mirada

sobre mí cuando creía que no la veía, una mezcla de curiosidad y algo más que me hacía sentir como si estuviera bajo un microscopio.

El hotel en Palo Alto era el colmo del lujo minimalista y tecnológico. Habitaciones contiguas, por supuesto. Una "necesidad logística", según mi eficiente –y ahora jodidamente complicada– asistente. Sonreí para mis adentros. La ironía era deliciosa y exasperante.

La primera reunión con una prometedora startup de inteligencia artificial fue un éxito. Valeria estuvo impecable. Tomó notas con una eficiencia asombrosa, hizo un par de preguntas inteligentes que impresionaron a los jóvenes genios tecnológicos y, en general, se comportó como la profesional consumada que, muy a mi pesar, estaba demostrando ser.

Pero la tensión entre nosotros era una bestia viva, acechando bajo la superficie. Cada roce accidental de manos al pasarnos documentos, cada mirada prolongada a través de la mesa de conferencias, era una pequeña descarga eléctrica.

Fue después de la segunda reunión del día, en un rascacielos de cristal y acero que albergaba a uno de los gigantes tecnológicos, cuando sucedió. Estábamos esperando el ascensor para bajar al vestíbulo. El día había sido largo, agotador. Ambos estábamos cansados, nuestras defensas un poco más bajas de lo habitual.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, estaba vacío. Entramos, y en el instante en que las puertas se cerraron, el espacio pareció encogerse, la atmósfera se volvió densa, cargada de electricidad estática. Éramos solo ella y yo, suspendidos entre pisos, en una caja de metal y silencio.

Ella se había colocado en la esquina opuesta a mí, sus brazos cruzados sobre el pecho, su mirada fija en los números que descendían lentamente en el panel luminoso. Llevaba un vestido gris marengo, sencillo pero elegante, que se ceñía a sus curvas de una forma que debería ser ilegal. Podía oler su perfume, una fragancia sutil que se había convertido en una tortura familiar.

No pude evitarlo. Mis ojos la recorrieron de arriba abajo, deteniéndose en la curva de su cuello, en la forma en que un mechón rebelde de cabello oscuro caía sobre su frente. Recordé la suavidad de su piel bajo mis dedos la noche anterior, la forma en que su aliento se había entrecortado cuando le susurré al oído.

—¿Disfrutando de Silicon Valley, Morales? —pregunté, mi voz más ronca de lo que pretendía.

Ella se sobresaltó ligeramente, como si la hubiera sacado de un trance. Sus ojos castaños, grandes y expresivos, se encontraron con los míos.

—Es… intenso —respondió, su voz apenas un susurro.

—Como todo lo que vale la pena —repliqué, repitiendo mis propias palabras de la noche en que la encontré en mi estudio. Una leve sonrisa curvó sus labios, una sonrisa que me hizo sentir un vuelco en el estómago.

Di un paso hacia ella, acortando la distancia. El ascensor continuaba su lento descenso, pero el tiempo parecía haberse detenido. Podía oír el latido de mi propio corazón, martilleando contra mis costillas.

—¿Sabe, Valeria? —murmuré, deteniéndome a apenas unos centímetros de ella. Podía ver el leve temblor de sus pestañas, el pulso acelerado en la base de su garganta—. Es usted una contradicción andante. Fuerte y vulnerable. Insolente y eficiente. Me vuelve jodidamente loco.

Sus ojos se abrieron un poco más, una mezcla de sorpresa y… ¿miedo? ¿O era excitación? Con ella, nunca estaba seguro.

—Usted tampoco es precisamente un libro abierto, Dante —replicó, su voz ganando un poco de fuerza. El uso de mi nombre de pila en sus labios, en ese espacio confinado, sonó como una caricia prohibida.

Sonreí, una sonrisa lenta, depredadora. —Oh, créame, hay capítulos de mí que estaría encantado de que explorara.

La tensión entre nosotros era tan espesa que se podía masticar. Extendí una mano y, con el dorso de mis dedos, acaricié su mejilla. Su piel era suave, cálida. Cerró los ojos por un instante, un suspiro apenas audible escapando de sus labios. Ese pequeño sonido fue como una chispa en un polvorín.

Me incliné hacia ella, mi cuerpo rozando el suyo. Su olor me envolvía, embriagador. Mis labios estaban a milímetros de los suyos. Podía sentir su aliento entrecortado, el calor que emanaba de su piel.

—Esto es una locura, Dante —susurró, sus ojos fijos en los míos, oscuros y profundos como un abismo en el que quería perderme.

—La locura, a veces, Valeria —mi voz era un gruñido bajo, cargado de deseo—, es el único camino hacia la verdad. Y la verdad es que la deseo. La deseo de una forma que roza la obsesión.

Estaba a punto de besarla. A punto de romper todas mis reglas, todas mis promesas. A punto de arrastrarla conmigo al infierno. Sus labios se entreabrieron, una invitación silenciosa que hizo que mi polla se endureciera dolorosamente en mis pantalones.

Pero entonces, el ascensor se detuvo con una sacudida suave. Las puertas comenzaron a abrirse.

Me aparté de ella bruscamente, como si me hubiera quemado. La máscara de frialdad volvió a su sitio, aunque por dentro era un caos de deseo frustrado y adrenalina.

Ella también se recompuso rápidamente, aunque pude ver el rubor en sus mejillas y el brillo febril en sus ojos.

Las puertas se abrieron por completo, revelando el vestíbulo bullicioso del hotel. Gente entrando y saliendo, el ruido del mundo real invadiendo nuestra burbuja de tensión.

Salí del ascensor sin mirarla, mi cuerpo vibrando con una necesidad insatisfecha. Ella me siguió en silencio.

—Esta noche cenaremos con los directores de NovaTech —dije, mi tono de nuevo el del CEO autoritario—. Esté lista a las ocho. Y

Morales…

Me detuve y me giré para enfrentarla. Sus ojos seguían oscuros, su respiración aún un poco agitada.

—Lo que casi sucede en ese ascensor… no volverá a pasar. ¿Entendido?

Pero mientras pronunciaba esas palabras, una parte de mí, la más oscura y honesta, sabía que era una mentira. Era solo cuestión de tiempo. Y la anticipación de ese momento, de cuándo y cómo finalmente cruzaríamos esa línea, era una tortura mucho más exquisita que cualquier placer prohibido. El juego, lejos de terminar, acababa de volverse mucho más peligroso.

CAPÍTULO 13 – EL JUEGO DEL DESEO EN LA HABITACIÓN DE HOTEL

La Fiesta de Gala: Celos Inesperados y Miradas que Matan

(Valeria)

Lo del ascensor me había dejado temblando durante horas. La intensidad de Dante, su confesión cruda de deseo, sus labios tan cerca de los míos… Había sido una mezcla aterradora y embriagadora. Su advertencia final –"no volverá a pasar"– sonaba hueca, una mentira que ambos sabíamos que era insostenible. La pregunta no era si volvería a pasar, sino cuándo. Y cómo.

La cena con los directores de NovaTech fue una tortura. Intenté concentrarme en la conversación, en parecer la asistente eficiente y profesional que se suponía que era, pero mi mente no dejaba de reproducir la escena del ascensor. La forma en que Dante me había mirado, la tensión palpable entre nosotros… Era como si un hilo invisible nos uniera, tirando de nosotros, acercándonos cada vez más al borde del precipicio.

Él, por supuesto, actuó como si nada hubiera pasado. Encantador con los anfitriones, despiadado en la negociación, el CEO perfecto. Pero de vez en cuando, sus ojos grises se encontraban con los míos a través de la mesa, y veía un brillo en ellos, un fuego apenas contenido que me hacía sentir un escalofrío recorrer mi espalda.

Al día siguiente, nuestro último día en Silicon Valley, estaba programada una fiesta de gala organizada por una de las mayores firmas de capital riesgo de la zona. Un evento repleto de

multimillonarios tecnológicos, inversores y, supongo, alguna que otra cazafortunas. Dante, por supuesto, era uno de los invitados de honor.

—Necesitará un vestido apropiado, Morales —me había dicho esa mañana, con su habitual tono condescendiente—. Algo que no parezca sacado del armario de su abuela. Use la cuenta de la empresa. Y esta vez, no acepto un no por respuesta.

Por mucho que odiara su arrogancia, tenía razón. Mi único vestido negro decente ya había tenido su momento de gloria. Y presentarme en una gala de ese calibre con algo menos que espectacular sería una vergüenza para Rivas Corp y, por extensión, para él. Así que, a regañadientes, acepté.

Pasé la tarde en una boutique exclusiva que su secretaria, Helena, me había recomendado por teléfono. Un lugar donde los precios tenían más ceros de los que había visto en mi vida. Con la ayuda de una dependienta elegantísima y sorprendentemente amable, encontré un vestido. Un vestido rojo sangre, de seda, con un escote pronunciado en la espalda y una caída que se ceñía a mis curvas de una forma que me hizo sentir, por primera vez en mucho tiempo, poderosa y sexy.

Cuando Dante me vio esa noche, justo antes de salir hacia la gala, se quedó sin palabras por un instante. Literalmente. Sus ojos grises me recorrieron de arriba abajo, lentamente, y vi una llama encenderse en ellos, una llama que no era solo deseo, sino también… ¿apreciación? ¿Posesividad?

—Morales… —empezó, su voz un poco más ronca de lo habitual—. Se ve… impresionante.

—Gracias, señor Rivas —respondí, intentando mantener la compostura, aunque su mirada intensa me hacía sentir como si estuviera desnuda bajo el vestido de seda—. Usted tampoco está nada mal.

Él sonrió, una sonrisa genuina que le suavizó los rasgos y lo hizo parecer aún más atractivo, si eso era posible. Llevaba un esmoquin

impecable, como siempre, pero había algo diferente en su mirada esa noche. Una intensidad, una expectación.

La fiesta era un derroche de lujo y opulencia. Candelabros de cristal, champán fluyendo como agua, y una multitud de gente guapa y poderosa. Me sentía como Cenicienta en el baile, solo que mi príncipe azul era más bien un rey oscuro y peligroso.

Dante se movía por la sala con la gracia y la confianza de un león en su territorio. La gente se acercaba a él, lo saludaba, buscaba su atención. Y él, con una habilidad consumada, los manejaba a todos, encantador cuando era necesario, distante cuando le convenía.

Yo me mantenía a una discreta distancia, observando, intentando no parecer demasiado fuera de lugar. Pero era difícil ignorar las miradas. Algunas eran de curiosidad –la asistente desconocida del famoso Dante Rivas–, otras eran de pura envidia femenina, especialmente cuando él, de vez en cuando, se acercaba a mí para susurrarme alguna instrucción o simplemente para asegurarse de que no me había evaporado.

Fue durante uno de esos momentos, mientras él estaba enfrascado en una conversación con un magnate de las redes sociales, cuando un hombre se acercó a mí. Alto, rubio, con una sonrisa encantadora y ojos azules brillantes.

—Disculpe —dijo, su voz suave y con un ligero acento británico—. No he podido evitar notar que está usted sola. Soy James Harrington.

—Valeria Morales —respondí, devolviéndole la sonrisa. Era agradable hablar con alguien que no fuera mi jefe tiránico por unos minutos.

Comenzamos a charlar. James era un emprendedor tecnológico, ingenioso, divertido y, a diferencia de la mayoría de los hombres en esa sala, no parecía estar intentando venderme nada ni llevarme a la cama en los primeros cinco minutos.

Estábamos riendo por alguna ocurrencia suya cuando sentí una presencia a mi espalda. Una presencia fría e imponente. Dante.

—Morales —su voz era un témpano de hielo—. Te estaba buscando. Necesito que revises unos documentos conmigo.

James Harrington nos miró, su sonrisa desvaneciéndose ligeramente al ver la expresión en el rostro de Dante. Una expresión que solo podía describirse como posesividad pura y dura.

—Dante Rivas, un placer —dijo James, extendiendo la mano. Dante la estrechó brevemente, su mirada fija en mí.

—Harrington —respondió Dante, su tono cortante. Luego, sin siquiera dirigirle una segunda mirada a James, me tomó del brazo, su agarre firme, casi doloroso—. Vamos, Morales.

Me arrastró lejos de James, dejándolo allí con una expresión de desconcierto. Yo estaba furiosa.

—¿Qué demonios le pasa? —siseé en cuanto estuvimos a una distancia prudencial—. Estaba teniendo una conversación agradable.

—Su trabajo no es tener "conversaciones agradables", Morales. Su trabajo es asistirme a mí —replicó, sus ojos grises brillando con una emoción que no supe identificar. ¿Eran celos? ¿El gran Dante Rivas, celoso de que yo hablara con otro hombre?

—No tiene derecho a tratarme así. Ni a interrumpir mis conversaciones de esa manera tan grosera.

—Tengo todo el derecho. Usted es mi empleada. Y mientras esté bajo mi techo y mi… protección —la palabra sonó extraña en sus labios—, hará lo que yo le diga.

Nos miramos fijamente, la tensión entre nosotros crepitando como una tormenta a punto de estallar. Su agarre en mi brazo no se había aflojado. Podía sentir el calor de sus dedos quemándome la piel.

—¿Está celoso, señor Rivas? —pregunté, la pregunta escapándose de mis labios antes de poder detenerla. Quería provocarlo, quería ver su reacción.

Su mandíbula se tensó. Sus ojos se oscurecieron.

—No sea ridícula, Morales. Simplemente no me gusta que mis… activos se distraigan.

¿Activos? ¿Así me veía? ¿Como una posesión, un objeto?

La rabia me cegó. Me solté de su agarre con un tirón brusco.

—Pues este "activo" se va a tomar un respiro —dije, mi voz temblando de furia—. Y si me disculpa, voy a buscar a alguien cuya compañía no sea tan… sofocante.

Me di la vuelta y me alejé de él, con el corazón latiéndome a mil por hora. No sabía a dónde iba, solo sabía que necesitaba alejarme de él, de su posesividad, de la forma en que me hacía sentir. Pero mientras caminaba entre la multitud, sentí su mirada clavada en mi espalda. Una mirada que mataba. Una mirada que prometía que esto no había terminado. Ni mucho menos. Y una parte de mí, la más masoquista y autodestructiva, sabía que la verdadera fiesta, la peligrosa, la que involucraba celos inesperados y miradas que matan, apenas acababa de comenzar.

CAPÍTULO 15 – DE VUELTA A CASA, PERO NADA ES IGUAL

Un Beso Robado que Sabe a Venganza y Deseo

(Valeria)

Sus palabras –"Esta noche no habrá escapatoria. Ni para usted. Ni para mí"– resonaron en mis oídos como una sentencia y una promesa. El beso que siguió fue una combustión espontánea, un incendio forestal que consumió toda lógica, toda resistencia. Sus labios eran dueños de los míos, su lengua una invasora experta que no pedía permiso, solo tomaba, reclamaba.

Me aferré a él, mis dedos enredados en su cabello sedoso, mi cuerpo arqueándose instintivamente contra el suyo. Podía sentir la dureza de su erección presionando contra mi vientre a través de las capas de ropa, una prueba innegable del efecto que yo también tenía sobre él. El gran Dante Rivas, el CEO de hielo, estaba ardiendo por mí. Y esa constatación, en medio del torbellino de deseo y miedo, era un afrodisíaco potente.

La terraza parecía haberse desvanecido. La música de la fiesta, las luces, la multitud… todo se había reducido a un zumbido lejano. Solo existíamos él y yo, atrapados en esa burbuja de pasión prohibida. Sus manos recorrían mi espalda, mis caderas, apretándome contra él con una posesividad que debería haberme asustado, pero que, en cambio, encendía una parte oscura y sumisa de mí que no sabía que existía.

Cuando finalmente rompió el beso, ambos jadeábamos, nuestros pechos subiendo y bajando con agitación. Sus ojos grises eran carbones encendidos, fijos en los míos con una intensidad que me robaba el aliento.

—Vámonos de aquí —gruñó, su voz ronca.

No preguntó. Ordenó. Y yo, por primera vez, no sentí la necesidad de rebelarme. Una parte de mí, la que había estado luchando contra esta atracción desde el primer día, se había rendido. O quizás, simplemente estaba demasiado excitada, demasiado curiosa por ver hasta dónde llegaría esto.

Sin decir una palabra, me tomó de la mano, sus dedos entrelazándose con los míos con una naturalidad que me sorprendió. Me guio a través de la multitud de la fiesta, su presencia imponente abriendo camino como un rompehielos. Sentí las miradas curiosas, los susurros, pero no me importó. En ese momento, solo existía la electricidad que fluía entre nuestras manos unidas, la promesa tácita de lo que vendría.

Nos deslizamos fuera de la gala sin despedirnos de nadie. Su chófer ya esperaba con el coche, como si hubiera anticipado nuestra huida. El viaje de regreso al hotel fue un torbellino de tensión silenciosa. No nos tocamos, no hablamos, pero el aire en el coche era tan denso que casi se podía cortar con un cuchillo. Podía sentir su mirada sobre mí, quemándome, y yo no podía apartar mis ojos de su perfil afilado, de la forma en que su mandíbula se tensaba y se relajaba.

Cuando llegamos al hotel, subimos en el ascensor privado directamente a la planta donde estaban nuestras suites contiguas. El mismo ascensor donde, apenas unas horas antes, casi habíamos cruzado la línea. Ahora, esa línea parecía haberse borrado por completo.

Al llegar a nuestras puertas, se detuvo frente a la mía. Esperaba que me abriera la puerta, que me dijera buenas noches, que quizás intentara robarme otro beso. Pero en lugar de eso, abrió la puerta

de su propia suite y me miró, una ceja arqueada en una invitación silenciosa.

Mi corazón dio un vuelco. Esto era. El punto de no retorno.

Tragué saliva, intentando encontrar mi voz, intentando encontrar una pizca de la resistencia que siempre me había caracterizado. Pero las palabras no salieron. Solo pude asentir, un movimiento casi imperceptible.

Una sonrisa lenta, depredadora, se extendió por sus labios. Se hizo a un lado, permitiéndome entrar primero.

Su suite era aún más grande y lujosa que la mía. Un salón enorme con ventanales panorámicos, un bar bien surtido y, al fondo, una puerta que supuse llevaba al dormitorio. El aire estaba impregnado de su aroma, esa mezcla de sándalo y masculinidad que me volvía loca.

Cerró la puerta detrás de nosotros, el sonido del cerrojo resonando en el silencio como el cierre de una trampa. Me giré para enfrentarlo, mi corazón latiendo con una mezcla de miedo y una excitación tan intensa que casi dolía.

Se acercó a mí lentamente, como un cazador acechando a su presa. Sus ojos no se apartaron de los míos ni por un instante.

—¿Nerviosa, Valeria? —murmuró, su voz una caricia áspera.

—Aterrada —confesé, y era la verdad. Pero también estaba… expectante. Desesperadamente expectante.

—Bien —dijo, una sonrisa torcida jugando en sus labios—. El miedo puede ser… un poderoso afrodisíaco.

Estaba a centímetros de mí. Podía sentir el calor de su cuerpo, la tensión que emanaba de él. Extendió una mano y acarició mi mejilla, sus dedos rozando mi piel con una suavidad que contrastaba con la dureza de su mirada.

—Has estado jugando con fuego desde el primer día que entraste en mi oficina, ¿lo sabías? —susurró, su aliento cálido abanicando mis

labios.

—Quizás… quizás me gusta quemarme —repliqué, mi voz temblorosa.

Su sonrisa se ensanchó. —Entonces estás de suerte. Porque esta noche, ambos vamos a arder.

Y entonces me besó de nuevo. Pero este beso era diferente al de la terraza. Era más lento, más profundo, más posesivo. Sus labios exploraron los míos con una maestría que me hizo gemir. Sus manos bajaron a mi cintura, apretándome contra su cuerpo duro, haciéndome consciente de cada centímetro de su deseo.

El vestido rojo, que antes me había hecho sentir poderosa, ahora parecía una barrera insignificante. Sentí sus dedos buscando la cremallera en mi espalda. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando la tela comenzó a deslizarse, dejando mi piel expuesta a su tacto.

—Eres aún más hermosa de lo que imaginaba —gruñó contra mi cuello, sus labios dejando un rastro de fuego sobre mi piel.

Me sentía vulnerable, expuesta, pero también increíblemente viva. Este hombre, este demonio con ojos de acero, estaba a punto de tomarme, de poseerme. Y yo, en algún rincón oscuro y retorcido de mi alma, lo deseaba con cada fibra de mi ser.

Pero justo cuando pensaba que iba a sucumbir por completo, una pequeña chispa de mi antigua rebeldía se encendió. Esto no podía ser solo una rendición. No después de todo lo que había pasado, no después de sus juegos de poder, de su arrogancia.

Me aparté un poco, lo suficiente para mirarlo a los ojos. Estaban oscuros, nublados por la lujuria, pero aún había un atisbo de ese control férreo que tanto lo caracterizaba.

—Si vamos a arder, Dante —dije, mi voz sorprendentemente firme—, entonces quiero que este fuego sea de los dos. No solo tuyo.

Una chispa de sorpresa brilló en sus ojos, seguida rápidamente por una admiración a regañadientes. Y luego, esa sonrisa depredadora que tanto me erizaba la piel.

—Siempre desafiante, ¿eh, Morales? —murmuró, sus manos ahora en mis caderas, sus pulgares acariciando mi piel desnuda—. Me encanta.

Pero antes de que pudiera besarme de nuevo, antes de que pudiera reclamar la victoria, me incliné y le mordí el labio inferior. No con fuerza, pero lo suficiente para sorprenderlo, para dejar una marca. Un pequeño acto de venganza por todas las veces que me había hecho sentir pequeña, por todas sus provocaciones.

Retrocedió un instante, sus ojos muy abiertos. Pude ver una mezcla de sorpresa, dolor y una excitación aún más intensa en ellos. Se tocó el labio con los dedos, y luego me miró, una sonrisa lenta y peligrosa extendiéndose por su rostro.

—Vaya, vaya, Valeria —dijo, su voz un gruñido bajo y gutural—. Parece que la gatita tiene garras después de todo. Y sabes qué… eso me pone jodidamente duro.

El aire crepitó entre nosotros. El deseo se había transformado en algo más crudo, más animal. Ya no era solo una cuestión de seducción o rendición. Era una batalla de voluntades, un juego de poder donde el premio era el placer más absoluto. Y mientras él avanzaba hacia mí de nuevo, con esa mirada de depredador en sus ojos, supe que este beso robado, este pequeño acto de desafío, no era el final de nada. Era solo el jodido principio de una noche que prometía ser inolvidable. Y aterradoramente, deliciosamente, perversa.

CAPÍTULO 16 – EL REGALO INESPERADO QUE DESARMA

La Mañana Siguiente: Arrepentimiento y Fuego Cruzado

(Dante)

Desperté con el sabor de Valeria en mis labios y el calor de su cuerpo aún grabado en mi piel. La noche anterior… joder, la noche anterior había sido una conflagración. Habíamos cruzado todas las líneas, roto todas las reglas, y nos habíamos consumido mutuamente en un incendio de pasión y deseo que había dejado mi suite de hotel –y a mí– completamente devastados.

Su mordisco en mi labio. La muy cabrona. Todavía podía sentir el escozor, un recordatorio delicioso de su desafío, de su fuego. Lejos de disuadirme, solo había avivado las llamas. La había tomado contra la pared, sobre la alfombra, en la ducha, y finalmente en la cama, cada embestida una reclamación, cada gemido suyo una victoria.

Había sido crudo, animal, desesperado. Había habido dolor y placer, dominación y rendición, odio y una jodida e innegable conexión que iba más allá de lo físico. La había follado como si mi vida dependiera de ello, y ella me había recibido con una ferocidad que igualaba la mía, arañando mi espalda, mordiendo mis hombros, gritando mi nombre como una plegaria y una maldición.

Ahora, la luz del sol de California se filtraba por las cortinas, iluminando el desastre de nuestra pasión. Ropa esparcida por el suelo, sábanas revueltas, y Valeria, dormida a mi lado, su rostro

sereno y vulnerable en el sueño, su cabello oscuro desparramado sobre la almohada. Se veía como un ángel caído, uno que me había arrastrado con ella al infierno y me había hecho disfrutar cada segundo de la caída.

Un sentimiento extraño se apoderó de mí. ¿Arrepentimiento? No. No me arrepentía de haberla poseído, de haber probado cada centímetro de su piel, de haber escuchado sus gemidos de placer. Pero sí había una inquietud, una premonición de que esto lo cambiaría todo. La dinámica entre nosotros, ya de por sí complicada, acababa de volverse exponencialmente más peligrosa.

Ella era mi empleada. Yo era su jefe. Habíamos cruzado una frontera profesional y personal que tendría consecuencias. Y yo, que siempre había valorado el control por encima de todo, me encontraba en un territorio desconocido, sin mapa ni brújula.

Se removió entre sueños, acurrucándose más cerca de mí, su mano buscando instintivamente mi pecho. Su contacto era suave, cálido, y envió una oleada de algo que se parecía peligrosamente a la ternura a través de mí. Joder. Ternura. Esa palabra no existía en mi vocabulario.

Aparté su mano con brusquedad, quizás más de la necesaria. Necesitaba distancia. Necesitaba recuperar el control. Ella se despertó sobresaltada, sus ojos castaños, nublados por el sueño, encontrándose con los míos. Por un instante, vi confusión en ellos, luego un destello de recuerdo, seguido rápidamente por una oleada de… ¿qué? ¿Vergüenza? ¿Arrepentimiento por su parte?

—Buenos días, Morales —dije, mi voz deliberadamente fría, distante. La máscara del CEO volvía a su sitio, aunque por dentro era un caos de emociones contradictorias.

Se incorporó rápidamente, tirando de la sábana para cubrir su desnudez. Sus mejillas estaban sonrojadas, y evitaba mi mirada.

—Señor Rivas —respondió, su voz apenas un susurro. El "Dante" de la noche anterior había desaparecido, reemplazado por el formalismo distante.

Bien. Así era mejor. Necesitábamos restablecer los límites, por muy artificiales que fueran ahora.

—Anoche… —empezó ella, su voz vacilante.

—Anoche fue un error —la interrumpí, mis palabras más cortantes de lo que pretendía—. Un error que no volverá a repetirse. Lo que pasó, se queda en esta habitación. ¿Entendido?

Levantó la vista entonces, y vi el dolor en sus ojos, un dolor que me atravesó como un puñal. Pero también vi rabia. El fuego volvía a encenderse.

—¿Un error? —repitió, su voz ganando fuerza—. ¿Eso es todo lo que fue para usted? ¿Un simple "error"?

—Fue sexo, Morales. Sexo increíble, no lo voy a negar. Pero no cambia nada. Sigue siendo mi empleada. Yo sigo siendo su jefe. Y esta… relación, o como quiera llamarla, es profesional. Nada más.

Mentira. Era una puta mentira, y ambos lo sabíamos. Pero era la única forma de intentar contener el incendio que habíamos desatado.

Se levantó de la cama, envolviéndose en la sábana como una diosa griega ofendida. Su cuerpo, que yo había explorado y poseído con tanta avidez apenas unas horas antes, ahora estaba oculto, protegido.

—Es usted un cabrón, Dante Rivas —siseó, sus ojos echando chispas —. Un cabrón arrogante y sin corazón.

—Quizás. Pero soy el cabrón que le paga el sueldo. Y el que espera que esté lista para la reunión de las nueve en punto, luciendo profesional y sin rastro de… errores nocturnos.

Su mandíbula se tensó. Podía ver la lucha en su interior, el deseo de gritarme, de golpearme. Y una parte de mí, la más masoquista, casi lo deseaba. Prefería su furia a su dolor.

—No se preocupe, señor Rivas —dijo finalmente, su voz gélida—. Estaré lista. Y puede estar seguro de que este "error" no volverá a

manchar mi profesionalismo. Ni mi cama.

Se dio la vuelta y se dirigió al baño, cerrando la puerta con un portazo que resonó en la suite. Me quedé allí, solo, en medio del desastre de nuestra pasión, sintiendo un vacío helado en el pecho.

La había herido. La había alejado. Era lo que tenía que hacer, ¿verdad? Para protegerla, para protegerme a mí mismo. Pero mientras escuchaba el sonido de la ducha al otro lado de la puerta, una pregunta persistente se formó en mi mente: ¿Y si al intentar apagar el fuego, solo hubiera conseguido avivarlo aún más? ¿Y si el verdadero error no hubiera sido la noche anterior, sino la fría crueldad de esta mañana?

Una cosa era segura: la guerra entre nosotros, lejos de terminar, acababa de entrar en una nueva y mucho más peligrosa fase. Una fase donde el fuego cruzado no solo involucraría palabras afiladas y deseos prohibidos, sino también corazones rotos y un arrepentimiento que amenazaba con consumirlo todo.

CAPÍTULO 17 – UNA CENA ÍNTIMA QUE ENCIENDE LA CHISPA

Castigo o Recompensa: La Confusión en sus Ojos

(Valeria)

"Un error". Esas dos palabras resonaban en mi cabeza como un eco cruel, ahogando cualquier atisbo de la magia, o la locura, que había sentido la noche anterior. Dante Rivas, en la fría luz de la mañana, había vuelto a ser el CEO despiadado, el hombre que jugaba con las personas como si fueran piezas de ajedrez en su tablero particular. Y yo, estúpida de mí, había caído en su trampa, había creído, aunque fuera por unas horas, que había algo más que lujuria y poder en sus ojos.

Salí del baño envuelta en una nube de vapor y rabia. Su traje ya estaba perfectamente colocado sobre la cama, como si nada hubiera pasado, como si la habitación no estuviera impregnada del olor de nuestro sexo, de nuestros sudores mezclados. El muy cabrón tenía una capacidad asombrosa para compartimentar, para borrar cualquier rastro de emoción.

Me vestí con una furia helada. Elegí el traje más austero y profesional que tenía, un gris marengo que gritaba "eficiencia" y "distancia". Me maquillé con cuidado, ocultando las ojeras y cualquier rastro de las lágrimas que habían amenazado con caer. Si él quería profesionalismo, profesionalismo tendría. Pero que no se engañara. Debajo de esa fachada, ardía un infierno de humillación y un deseo de venganza que me sorprendía a mí misma.

La reunión de las nueve fue una tortura. Tuve que sentarme a su lado, tomar notas, sonreír a los inversores, mientras cada célula de mi cuerpo gritaba por la forma en que me había tratado. Él, por supuesto, estuvo impecable. Encantador, brillante, el puto rey del universo. Pero de vez en cuando, sentía su mirada sobre mí, una mirada que no podía descifrar. ¿Era culpa? ¿Satisfacción? ¿O simplemente la evaluación fría de un "activo" que había funcionado según lo esperado y luego había sido descartado?

Durante una pausa para el café, uno de los inversores más jóvenes, un tipo apuesto con una sonrisa fácil llamado Mark, se acercó a mí.

—Valeria, ¿verdad? Estuviste genial en la presentación. Tienes una mente muy aguda.

—Gracias, Mark —respondí, forzando una sonrisa. Era agradable recibir un cumplido genuino, aunque en ese momento me costara apreciarlo.

Estábamos charlando animadamente sobre las últimas tendencias tecnológicas cuando sentí una presencia a mi espalda. Dante. Su sombra me cubrió, y el aire a mi alrededor pareció enfriarse varios grados.

—Morales, necesito los informes financieros para la próxima reunión. Ahora —su tono era cortante, autoritario, ignorando por completo a Mark.

Mark nos miró, un poco desconcertado por la tensión palpable entre nosotros. —Bueno, fue un placer, Valeria. Espero que podamos continuar esta conversación en otro momento.

—Igualmente, Mark —dije, lanzándole una sonrisa que esperaba no pareciera demasiado desesperada.

En cuanto Mark se alejó, me giré para enfrentar a Dante, mis ojos echando chispas.

—¿Era realmente necesario ser tan grosero? Estaba teniendo una conversación profesional.

—Su única conversación profesional relevante aquí es conmigo, Morales —replicó, sus ojos grises fijos en los míos—. Y no me gusta que mis empleados se distraigan con… coqueteos.

—¿Coqueteos? —repetí, incrédula—. Estábamos hablando de trabajo. ¿O es que ahora también va a controlar con quién hablo y sobre qué?

—Mientras esté bajo mi supervisión, sí, Morales, controlo todos los aspectos de su desempeño que puedan afectar a Rivas Corp. Y su… excesiva familiaridad con extraños podría dar una impresión equivocada.

—¿La impresión equivocada de qué? ¿De que soy un ser humano capaz de mantener una conversación normal sin que mi jefe tiránico me respire en la nuca?

Una sonrisa helada se dibujó en sus labios. —Veo que la noche de "error" no ha disminuido su insolencia. Quizás necesite un recordatorio de quién está al mando aquí.

Se acercó un paso, invadiendo mi espacio personal. Su olor, esa mezcla adictiva de sándalo y masculinidad, me golpeó, trayendo consigo un torrente de recuerdos de la noche anterior. La forma en que sus manos habían recorrido mi cuerpo, la dureza de sus labios sobre los míos, sus gemidos roncos cuando lo llevé al límite…

Tragué saliva, luchando contra la oleada de calor que me recorrió. No podía permitir que me afectara. No de nuevo.

—Sé perfectamente quién está al mando, señor Rivas —dije, mi voz más firme de lo que me sentía—. El que cree que puede tratar a las personas como objetos de usar y tirar. El que confunde poder con crueldad.

Sus ojos se oscurecieron. Por un instante, vi un destello de algo en ellos, algo que se parecía al dolor, a la confusión. ¿Mis palabras lo habían alcanzado? ¿Había logrado traspasar esa armadura de hielo?

—Tenga cuidado, Morales —siseó, su voz baja y amenazante—. Está jugando en terreno peligroso.

—El único terreno peligroso aquí es el que usted crea con sus juegos y sus manipulaciones —repliqué, sosteniéndole la mirada. Estaba harta de tener miedo, harta de sentirme pequeña a su lado.

Nos quedamos así, mirándonos fijamente, la tensión entre nosotros como una cuerda a punto de romperse. Podía sentir la furia emanando de él, pero también había algo más. Algo que no podía nombrar. Una confusión en sus ojos que me desconcertó.

¿Estaba castigándome por la noche anterior? ¿O estaba castigándose a sí mismo? ¿Su frialdad era una defensa, una forma de protegerse de la intensidad de lo que había pasado entre nosotros? ¿O simplemente era el cabrón sin corazón que yo creía que era?

La puerta de la sala de reuniones se abrió, y su secretaria, Helena, asomó la cabeza.

—Señor Rivas, los inversores están listos para la siguiente sesión.

Dante apartó la mirada de mí, la máscara de frialdad volviendo a su sitio con una rapidez asombrosa.

—Gracias, Helena. Enseguida vamos.

Se giró para marcharse, pero antes de salir, se detuvo y me miró por encima del hombro. Sus ojos grises eran indescifrables.

—Esta noche, Morales, tenemos la cena de clausura del evento. En el viñedo privado de los Hawthorne. Es etiqueta rigurosa. Espero que tenga algo… adecuado. Y que su comportamiento sea impecable.

Luego, sin esperar mi respuesta, salió de la sala, dejándome allí, temblando de rabia y confusión. Otra prueba. Otra oportunidad para humillarme o para… ¿qué? ¿Para acercarse de nuevo, solo para apartarme después?

No sabía qué esperar de él. Cada vez que creía haberlo descifrado, hacía algo que me descolocaba por completo. Su crueldad era evidente, pero esa confusión en sus ojos, ese atisbo de vulnerabilidad que a veces dejaba escapar… me hacía preguntarme si había algo más detrás de esa fachada de hielo.

¿Era un castigo lo que buscaba infligirme? ¿O, de alguna manera retorcida, todo esto era una especie de recompensa perversa, un juego de poder que ambos disfrutábamos demasiado?

No tenía respuestas. Solo sabía que la noche en el viñedo de los Hawthorne prometía ser otro campo de batalla. Y yo, por mucho que lo odiara, no podía evitar sentir una punzada de expectación. Porque si algo había aprendido de Dante Rivas, era que con él, incluso el castigo podía sentirse peligrosamente parecido al placer.

CAPÍTULO 18 – UNA LLAMADA DEL PASADO QUE SACUDE TODO

Dominación en la Sala de Juntas, Sumisión en la Mirada

(Dante)

La tensión entre Valeria y yo era una bestia palpable, un tercer ocupante en cada habitación, en cada reunión. Su desafío, su furia apenas contenida después de mi fría respuesta a nuestra noche juntos, era un afrodisíaco jodidamente potente. Me provocaba, me probaba, y cada vez que sus ojos castaños, ahora a menudo tormentosos, se encontraban con los míos, sentía un tirón en las entrañas que era mitad deseo, mitad exasperación.

La cena de clausura en el viñedo de los Hawthorne. Otro escenario para nuestro particular campo de batalla. Esperaba que su "comportamiento impecable" incluyera una dosis de esa sumisión forzada que tanto me gustaba ver en ella, mezclada, por supuesto, con el fuego que la hacía tan irresistiblemente Valeria.

Pero antes de la cena, teníamos la última ronda de negociaciones con NovaTech. Una sala de juntas impersonal, llena de ejecutivos con trajes caros y sonrisas falsas. Y Valeria, a mi lado, tomando notas con una eficiencia que desmentía la tormenta que sabía bullía bajo su superficie profesional.

Durante una discusión particularmente acalorada sobre los términos de la propiedad intelectual, uno de los ejecutivos de NovaTech, un tipo engreído llamado Peterson, intentó menospreciar una de las proyecciones financieras que Valeria había preparado. Lo hizo con

condescendencia, dirigiéndose a mí como si ella fuera invisible, una simple tomadora de notas sin cerebro.

—Con todos los respetos, Rivas —dijo Peterson, con una sonrisita petulante—, estas cifras parecen un poco… optimistas. Quizás su asistente se dejó llevar por el entusiasmo.

Vi cómo Valeria se tensaba, sus nudillos blancos mientras agarraba su bolígrafo. Estaba a punto de saltar, de defender su trabajo con la fiereza que yo conocía tan bien. Pero antes de que pudiera decir una palabra, intervine.

—Mis asistentes, Peterson —dije, mi voz gélida, cada palabra cayendo como un trozo de hielo—, no se dejan llevar por el entusiasmo. Se basan en datos. Datos que usted, aparentemente, es incapaz de comprender. Valeria, ¿sería tan amable de ilustrar al señor Peterson sobre la metodología que utilizó para esas proyecciones? Y hágalo despacio, para que pueda seguirla.

Me recliné en mi silla, observando el espectáculo. Valeria me lanzó una mirada rápida, una mezcla de sorpresa y algo más que no pude descifrar. Luego, se giró hacia Peterson, y la transformación fue asombrosa. La asistente tensa y furiosa desapareció, reemplazada por una profesional consumada, con una confianza y una claridad que dejaron a Peterson boquiabierto.

Desmenuzó las cifras, explicó los algoritmos, defendió cada punto con una lógica impecable y una elocuencia que silenció a toda la sala. No había rastro de insolencia en su tono, solo una autoridad tranquila que era mucho más devastadora. Lo hizo pedazos, profesionalmente hablando, sin levantar la voz, sin perder la compostura.

Cuando terminó, un silencio tenso llenó la sala. Peterson estaba rojo como un tomate, farfullando una disculpa poco convincente. Los demás ejecutivos de NovaTech parecían impresionados, y un poco intimidados.

Yo sentí una oleada de orgullo tan intensa que casi me hizo sonreír. Orgullo por ella, por su inteligencia, por su fuerza. Y también una

punzada de posesividad. Ella era mía. Mi asistente. La mujer que yo había descubierto, que yo estaba moldeando… o que me estaba moldeando a mí.

—¿Alguna otra pregunta, Peterson? —pregunté, mi tono suave pero cargado de amenaza—. ¿O podemos continuar con asuntos más productivos?

Peterson negó con la cabeza, derrotado.

La reunión continuó, pero la dinámica había cambiado. Valeria ya no era la asistente invisible. Era una fuerza a tener en cuenta. Y yo, al defenderla, al darle el poder de demostrar su valía, había reafirmado mi propia dominación, no solo sobre Peterson, sino, de alguna manera retorcida, también sobre ella.

Porque mientras ella hablaba, mientras deslumbraba a todos con su inteligencia, sus ojos se encontraban con los míos de vez en cuando. Y en ellos, bajo la confianza y la profesionalidad, vi algo más. Una sumisión momentánea, un reconocimiento de que yo le había dado esa plataforma, de que yo tenía el poder de elevarla o de destruirla. Y esa mirada, esa mezcla de gratitud a regañadientes y vulnerabilidad expuesta, fue más erótica que cualquier contorsión en la cama.

Dominación en la sala de juntas. Sumisión en la mirada. Era un juego peligroso, este que jugábamos. Un juego de poder y deseo, de castigo y recompensa. Y yo estaba disfrutando cada puto segundo.

Cuando la reunión finalmente terminó, con los términos acordados a mi favor, me levanté y me acerqué a Valeria mientras recogía sus papeles.

—Buen trabajo, Morales —dije en voz baja, mi aliento rozando su oreja—. Ha superado mis expectativas.

Ella se giró, sus mejillas ligeramente sonrojadas. —¿Solo cumplía con mi deber, señor Rivas?

—No. Hizo más que eso. Demostró que tiene lo que hay que tener. Y eso… eso me gusta.

Nuestros ojos se encontraron, y la tensión entre nosotros volvió con toda su fuerza. La imagen de la noche anterior, de su cuerpo bajo el mío, de sus gemidos llenando la habitación, brilló entre nosotros como un fantasma lascivo.

—Esta noche, en la cena de los Hawthorne —continué, mi voz bajando a un susurro íntimo—, quiero que siga demostrándolo. Quiero que sea la mujer inteligente y sofisticada que sé que puede ser. Pero también quiero que recuerde quién es su jefe. Quién tiene el control.

Vi un destello de desafío en sus ojos, pero también una chispa de excitación. Estaba jugando con fuego, y ella lo sabía. Y ambos estábamos ansiosos por ver quién se quemaría primero.

—No lo olvidaré, señor Rivas —respondió, su voz apenas un susurro.

—Bien —sonreí, una sonrisa que prometía placer y peligro a partes iguales—. Porque esta noche, Valeria, el juego continúa. Y las apuestas acaban de subir.

Salí de la sala de juntas, dejándola allí con mis palabras flotando en el aire. La cena en el viñedo. Un escenario perfecto para la siguiente ronda de nuestra particular guerra. Y yo estaba deseando ver qué arma elegiría ella esta vez. Porque si algo había aprendido de Valeria Morales, era que siempre, siempre, me sorprendía. Y esa, quizás, era la parte más adictiva de todas.

CAPÍTULO 19 – LAS REGLAS CAMBIAN, LA ATRACCIÓN CRECE

Un Viaje de Negocios Inesperado: Jet Privado y Proximidad Inevitable

(Valeria)

Las palabras de Dante después de la reunión con NovaTech –"Esta noche, Valeria, el juego continúa. Y las apuestas acaban de subir"– se habían quedado grabadas en mi mente, una mezcla de amenaza y promesa que me erizaba la piel. La forma en que me había defendido, o más bien, la forma en que me había utilizado para aplastar a Peterson, había sido una demostración de poder tan arrogante como, y odiaba admitirlo, extrañamente excitante. Había visto una sumisión en mis propios ojos que me asustó y me intrigó a partes iguales.

La cena en el viñedo de los Hawthorne. Esperaba otra noche de tensión, de miradas cargadas y palabras de doble sentido. Y no me decepcionó. Dante estuvo en su salsa, el depredador alfa en su coto de caza. Yo, por mi parte, intenté mantenerme a flote, navegando por las aguas turbulentas de sus humores cambiantes y la atención no deseada de otros hombres, que él cortaba de raíz con una mirada glacial o un comentario posesivo disfrazado de eficiencia laboral.

Pero la verdadera sorpresa llegó a la mañana siguiente, cuando ya estábamos de vuelta en el hotel, listos para tomar el jet de regreso a Nueva York, o eso creía yo.

—Cambio de planes, Morales —anunció Dante mientras yo revisaba nuestro itinerario de vuelo en la tablet, sentada en el pequeño salón de mi suite. Él había entrado sin llamar, como de costumbre, ya vestido con uno de sus trajes impecables, luciendo fresco como una lechuga a pesar de la noche de vino y negociaciones veladas.

—¿Cambio de planes? —pregunté, levantando la vista. Mi corazón dio un vuelco. Con Dante, un "cambio de planes" podía significar cualquier cosa, desde una nueva tortura laboral hasta una propuesta indecente.

—Sí. No volvemos a Nueva York todavía. Tenemos una parada intermedia. Un pequeño asunto urgente que ha surgido en Chicago. Una adquisición potencial que necesito evaluar personalmente. Y usted, por supuesto, vendrá conmigo.

Chicago. Otro viaje. Más tiempo a solas con él, en la proximidad forzada de aviones y hoteles. Justo cuando pensaba que podría tener un respiro, que podría volver a la relativa "normalidad" de nuestra convivencia en el ático de Nueva York, él volvía a cambiar las reglas del juego.

—Pero… ¿y mis cosas? Solo empaqué para tres días en California —protesté, aunque sabía que era inútil.

—No se preocupe por eso, Morales. Haremos algunas compras en Chicago si es necesario. Rivas Corp cubre los gastos cuando se trata de mantener la… apariencia adecuada de mis empleados clave —dijo, con esa sonrisita condescendiente que tanto odiaba.

—¿Y cuánto durará este "pequeño asunto urgente"? —pregunté, intentando mantener la calma.

—Un par de días. Quizás tres. Depende de lo rápido que pueda cerrar el trato. O de lo rápido que me aburra.

Encantador. Mi vida personal, mis planes, todo supeditado a sus caprichos y a su umbral de aburrimiento.

Respiré hondo. —Entendido, señor Rivas. Haré los arreglos necesarios.

—Ya están hechos, Morales. El jet nos espera. Salimos en una hora.

Por supuesto que ya estaban hechos. Él siempre estaba tres pasos por delante, manipulando los hilos, controlándolo todo. Incluyéndome a mí.

El vuelo a Chicago en el jet privado fue una tortura de lujo. El avión era una extensión de su personalidad: opulento, eficiente y fríamente impersonal. Asientos de cuero color crema, acabados de madera oscura, tecnología de última generación. Y Dante, sentado frente a mí, trabajando en su portátil como si estuviera en su oficina, ignorándome la mayor parte del tiempo, pero con esa conciencia constante de mi presencia que erizaba cada vello de mi cuerpo.

Intenté concentrarme en mi propio trabajo, revisando los informes preliminares de la empresa que íbamos a visitar en Chicago. Pero era difícil. La proximidad inevitable, el espacio confinado, el recuerdo de nuestras noches en California… todo conspiraba para mantenerme en un estado de tensión constante.

En un momento dado, el avión atravesó una zona de turbulencias. Nada grave, pero lo suficiente para que diera un pequeño respingo involuntario. Dante levantó la vista de su portátil, sus ojos grises encontrándose con los míos. Por un instante, vi una chispa de algo en ellos, ¿preocupación? ¿Diversión?

—¿Miedo a volar, Morales? —preguntó, su voz con un ligero deje de burla.

—No especialmente —respondí, intentando parecer más valiente de lo que me sentía—. Solo me tomó por sorpresa.

—Relájese. Este avión es más seguro que su apartamento en Queens —dijo, y luego, para mi completa sorpresa, extendió una mano y la colocó brevemente sobre la mía, que descansaba en el reposabrazos—. Todo está bajo control.

Su tacto fue breve, casi imperceptible, pero envió una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. Su mano era grande, cálida, fuerte. Y por un instante, solo un instante, me sentí… segura. Protegida. Una

sensación ridícula, considerando que él era la fuente de la mayor parte de mi estrés y mi confusión.

Apartó la mano tan rápido como la había puesto, volviendo a su portátil como si nada hubiera pasado. Pero el gesto se quedó conmigo, una pequeña anomalía en su comportamiento habitualmente frío y distante.

Llegamos a Chicago a media tarde. Otro hotel de lujo, otra suite impersonal. Y la misma tensión palpable entre nosotros. Esa noche, Dante tenía una cena con los directivos de la empresa que quería adquirir. Yo no estaba invitada. "Necesito que prepare un análisis exhaustivo de sus finanzas para mañana por la mañana, Morales. Sin distracciones", me había dicho.

Así que mientras él se codeaba con la élite empresarial de Chicago, yo me quedé en mi habitación de hotel, rodeada de hojas de cálculo y proyecciones financieras, sintiéndome más sola y confundida que nunca. La proximidad forzada de este viaje inesperado solo estaba intensificando la montaña rusa emocional en la que Dante Rivas me había subido.

¿Qué quería de mí? ¿Era solo un juego de poder y seducción? ¿O había algo más detrás de esos ojos grises, algo que ni él mismo entendía o quería admitir?

No tenía respuestas. Solo sabía que cada día que pasaba a su lado, me sentía más atraída por el abismo que él representaba. Un abismo que prometía peligro, sí, pero también una intensidad que nunca antes había experimentado. Y mientras miraba por la ventana la extensión de luces de Chicago, una pregunta aterradora se formó en mi mente: ¿Qué pasaría cuando este viaje terminara? ¿Volveríamos a nuestras posiciones de jefe y empleada, o la línea que habíamos cruzado tantas veces se habría borrado para siempre, dejándonos a la deriva en un mar de deseos prohibidos y consecuencias impredecibles?

CAPÍTULO 20 – CELOS, TENSIÓN Y UN NUEVO LÍMITE CRUZADO

El Regusto Amargo de la Victoria (y el Dulce Veneno de su Desafío)

(Dante)

La había dejado en la sala de juntas, vibrando de furia contenida después de mi defensa —mi reclamación— de su trabajo frente a Peterson. La sumisión en su mirada cuando la obligué a destrozarlo con su propia inteligencia había sido una droga jodidamente adictiva. Por un momento, había sido mía, no solo como empleada, sino como una extensión de mi poder, una herramienta afilada que yo blandía con precisión.

Pero la victoria tenía un regusto amargo. La sumisión forzada era una cosa; la chispa de desafío que siempre ardía en sus ojos, incluso cuando obedecía, era otra muy distinta. Y era esa chispa, ese fuego indomable, lo que me atraía y me exasperaba a partes iguales.

La cena en el viñedo de los Hawthorne se cernía sobre nosotros. Otro escenario para nuestro retorcido juego. ¿Qué se pondría? ¿Intentaría desafiarme con su atuendo, o se plegaría a la "etiqueta rigurosa" con una docilidad calculada para irritarme? Cada interacción con Valeria Morales era una puta partida de ajedrez, y ella, a pesar de ser un simple peón en mi tablero —o eso quería creer—, jugaba con la astucia de una reina.

Mientras me preparaba en mi suite del hotel, el recuerdo de su cuerpo bajo el mío en Silicon Valley asaltó mi mente. El sabor de su piel, el sonido de sus gemidos, la forma en que se había aferrado a

mí en la cúspide del placer… Joder. Había sido un error, sí, un error monumental en términos de control y profesionalismo. Pero un error que mi cuerpo, mi polla, ansiaban repetir.

Me ajusté la corbata con un tirón brusco. No podía permitir que esos pensamientos me distrajeran. Esta noche, necesitaba estar en la cima de mi juego. Los Hawthorne eran influyentes, y cerrar el trato con NovaTech requería una demostración de fuerza y estabilidad. Cualquier debilidad, cualquier atisbo de que mi asistente personal me tenía agarrado por las pelotas, sería desastroso.

Cuando bajé al vestíbulo, ella ya estaba allí. Y por un instante, el aire se me escapó de los pulmones.

Llevaba un vestido esmeralda oscuro, de un tejido que parecía líquido, que se adhería a sus curvas como una segunda piel. El escote era profundo, pero elegante, insinuando más que mostrando. Su cabello oscuro caía en ondas suaves sobre sus hombros, y sus ojos… sus ojos brillaban con una luz peligrosa, una mezcla de desafío y una vulnerabilidad que me golpeó directamente en el pecho.

No era el atuendo de una empleada sumisa. Era el atuendo de una mujer que sabía el poder que ejercía, y que no tenía miedo de usarlo.

—Morales —dije, mi voz más ronca de lo que pretendía—. Veo que ha decidido… interpretar la etiqueta a su manera.

Una sonrisa apenas perceptible curvó sus labios. —¿Algún problema, señor Rivas? Creí que apreciaba la… iniciativa.

—Aprecio la competencia, Morales. Y la discreción. Espero que esta noche demuestre ambas.

Se acercó un paso, y su perfume, una mezcla exótica y embriagadora que ya asociaba con el pecado, llenó mis sentidos.

—No se preocupe, jefe —susurró, su aliento rozando mi oreja, enviando un escalofrío por mi columna—. Sé exactamente cómo comportarme para conseguir lo que quiero. Y lo que usted quiere.

Antes de que pudiera responder, antes de que pudiera procesar la audacia de sus palabras, se apartó y caminó hacia la limusina que nos esperaba, sus caderas balanceándose con una gracia felina que era una puta invitación.

Durante el trayecto al viñedo, el silencio en el coche era denso, cargado de palabras no dichas y de una tensión sexual que casi podía saborear. Ella miraba por la ventanilla, la luz de la ciudad reflejándose en sus ojos, pero yo sabía que era consciente de mi mirada, de cada respiración que yo tomaba.

El viñedo de los Hawthorne era un despliegue de opulencia. Luces parpadeantes entre las vides, música suave flotando en el aire, y la élite de la sociedad congregada en terrazas con vistas a las colinas. Un escenario perfecto para el drama.

Nos recibieron con la deferencia reservada a la realeza empresarial. Los Hawthorne, un matrimonio mayor con sonrisas calculadas, nos guiaron a través de la multitud. Valeria se movía a mi lado con una elegancia natural, sonriendo, asintiendo, jugando su papel a la perfección. Demasiado perfecta.

Durante la cena, sentada a mi lado, apenas probó bocado. Pero sus ojos no dejaban de encontrarse con los míos a través de la mesa, miradas fugaces cargadas de un significado que solo nosotros dos entendíamos. Estaba jugando conmigo, provocándome, desafiándome en silencio.

Después de los postres, mientras los invitados se dispersaban por los jardines, la tomé del brazo.

—Necesitamos hablar, Morales.

—¿Ahora, señor Rivas? —preguntó, su voz inocente, pero sus ojos brillando con malicia—. ¿No prefiere disfrutar de la velada?

—Lo que quiero disfrutar, Morales, es de usted, sin testigos —siseé, mi control deshilachándose.

La conduje lejos de las luces, hacia un sendero oscuro que serpenteaba entre las vides. La luna llena bañaba el paisaje con una

luz plateada, creando sombras que bailaban a nuestro alrededor. El aire era fresco, perfumado con el aroma de la tierra y las uvas maduras.

Cuando estuvimos lo suficientemente lejos, la empujé contra el tronco de un viejo roble, aprisionándola con mi cuerpo.

—¿Qué coño estás haciendo, Valeria? —pregunté, mi voz un gruñido bajo—. Ese vestido, esas miradas, esas insinuaciones… ¿Estás intentando volverme loco?

Ella levantó la barbilla, sus ojos encontrándose con los míos en la oscuridad. No había miedo en ellos, solo una determinación fría.

—Quizás, Dante —respondió, su voz apenas un susurro, pero cargada de veneno dulce—. Quizás solo estoy demostrando que no soy su juguete. Que tengo mi propio juego. Y que quizás, solo quizás, usted está empezando a disfrutarlo demasiado.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo. Tenía razón. Estaba disfrutando de este tira y afloja, de su desafío, de la forma en que me hacía sentir vivo, al borde del precipicio.

—Eres peligrosa, Valeria —murmuré, mis labios rozando los suyos.

—Usted me hizo así —respondió ella, su aliento mezclándose con el mío.

Y entonces la besé. Un beso hambriento, desesperado, un choque de voluntades y deseos reprimidos. Sus manos se aferraron a mi cabello, sus uñas arañando mi nuca, mientras su cuerpo se arqueaba contra el mío. El sabor de sus labios, mezclado con el vino y el desafío, era la droga más adictiva que jamás había probado.

La levanté, sus piernas rodeando mi cintura, su vestido esmeralda arrugándose bajo mis manos. La apreté más contra el árbol, mi polla dura y palpitante contra su coño húmedo, incluso a través de las capas de ropa. Gemía en mi boca, un sonido gutural que encendió cada célula de mi cuerpo.

Esto era una locura. Estábamos en una fiesta, rodeados de gente. Cualquiera podría vernos. Pero en ese momento, no me importaba

una mierda. Solo la quería a ella. Quería poseerla, devorarla, borrar cualquier rastro de desafío de sus ojos y reemplazarlo con el éxtasis puro.

Mis dedos buscaron el cierre de su vestido, la necesidad de sentir su piel desnuda contra la mía volviéndose insoportable. Pero justo cuando estaba a punto de rasgar la maldita tela, una voz nos interrumpió.

—¿Dante? ¿Valeria? ¿Están ahí?

Nos separamos bruscamente, nuestros pechos agitados, nuestros labios hinchados. La voz de la señora Hawthorne, preocupada, se acercaba por el sendero.

Mierda. Jodida mierda.

Valeria se recompuso rápidamente, alisando su vestido, aunque sus ojos seguían brillando con el fuego de nuestro beso interrumpido. Me miró, una sonrisa triunfante y desafiante curvando sus labios.

—Parece que nuestro… juego, señor Rivas, tendrá que esperar.

Y con esas palabras, se deslizó de mi agarre y caminó hacia la luz que se acercaba, dejándome solo en la oscuridad, con la polla dura como una piedra y una furia hirviendo en mis venas.

Esta mujer iba a ser mi perdición. O yo la suya. Y el cliffhanger no era si volveríamos a caer, sino cuán destructiva sería la explosión cuando finalmente sucediera.

CAPÍTULO 21 – EL ROCE QUE INCENDIA EL ÁTICO

El Eco de un Beso Robado y la Promesa de una Guerra Abierta

(Valeria)

La interrupción de la señora Hawthorne había sido una bendición y una maldición. Bendición porque, seamos honestos, estaba a segundos de perder cualquier atisbo de control que me quedaba, a punto de dejar que Dante Rivas me follara contra un árbol en medio de una fiesta de gala. Maldición porque, joder, una parte de mí, la más oscura y hambrienta, había querido exactamente eso.

Su beso… había sido una tormenta. Un huracán de deseo, furia y una posesividad que debería haberme aterrorizado, pero que, en cambio, encendió algo primitivo dentro de mí. El sabor de sus labios, la dureza de su cuerpo contra el mío, la forma en que sus manos me habían agarrado como si fuera la única cosa que importaba en el mundo… Todavía sentía el eco en mi piel, en mis labios, en lo más profundo de mi coño, que palpitaba con una necesidad insatisfecha.

Me recompuse con una velocidad que me sorprendió a mí misma, la adrenalina corriendo por mis venas. La sonrisa triunfante que le dediqué a Dante antes de alejarme no fue fingida. En ese pequeño momento, había sentido una oleada de poder. Él, el gran Dante Rivas, el CEO todopoderoso, había perdido el control. Y yo había sido la causa.

La señora Hawthorne nos miró con una curiosidad apenas disimulada, pero no hizo preguntas. Nos reincorporamos a la fiesta, Dante con una expresión gélida que no engañaba a nadie que

hubiera visto el fuego en sus ojos momentos antes, y yo con una calma exterior que ocultaba un torbellino de emociones.

El resto de la noche fue un juego de miradas cargadas y silencios tensos. Cada vez que nuestros ojos se encontraban, sentía una descarga eléctrica. Él me observaba, sus ojos grises como nubes de tormenta, prometiendo una retaliación. Y yo le devolvía la mirada, desafiante, aunque por dentro mi corazón latiera como un tambor desbocado.

Cuando finalmente regresamos al hotel, la tensión en la limusina era tan espesa que se podía cortar con un cuchillo. Ninguno de los dos habló. Yo miraba por la ventanilla, pero no veía la ciudad. Veía su rostro en la oscuridad, sus labios hinchados por nuestro beso, sus ojos ardiendo con una mezcla de furia y deseo.

Al llegar a nuestra planta, esperaba que intentara algo. Que me arrinconara contra la pared del pasillo, que me arrastrara a su suite. Una parte de mí lo anhelaba, otra lo temía.

Pero él simplemente caminó hacia su puerta, la abrió y, antes de entrar, se giró para mirarme. Su expresión era indescifrable.

—Buenas noches, Morales —dijo, su voz neutra, casi aburrida—. Descanse. Mañana volvemos a Nueva York. Y al trabajo.

Y con eso, entró en su suite y cerró la puerta, dejándome sola en el pasillo, con un sentimiento de anticlimax y una frustración que me quemaba por dentro.

¿Eso era todo? ¿Después de lo que había pasado entre las vides, después de ese beso que había amenazado con consumirlo todo, simplemente iba a fingir que no había ocurrido nada? ¿Volveríamos a ser el jefe y la empleada, con esa tensión hirviendo bajo la superficie?

Entré en mi propia suite, sintiéndome extrañamente vacía. Me quité el vestido esmeralda, que ahora parecía oler a él, a su colonia, a su deseo. Me miré en el espejo. Mis labios estaban hinchados, mis ojos brillantes. Había una marca roja en mi cuello donde su barba me había rozado. Pruebas de una batalla interrumpida.

Me metí en la ducha, dejando que el agua caliente se llevara el perfume de la fiesta, pero no el recuerdo de su contacto. Mientras el agua corría por mi cuerpo, reviví cada segundo de ese beso. Su sabor, su ferocidad, la forma en que mi cuerpo había respondido instintivamente al suyo.

Odiaba admitirlo, pero Dante Rivas me estaba afectando de formas que nunca creí posibles. Despertaba en mí una oscuridad, una necesidad, que me asustaba y me excitaba a partes iguales. Este juego que estábamos jugando, este baile al borde del abismo, era peligroso. Y sabía que, tarde o temprano, uno de los dos caería.

O quizás caeríamos los dos juntos.

A la mañana siguiente, en el jet privado de regreso a Nueva York, el ambiente era gélido. Dante estaba absorto en su portátil, sus dedos volando sobre el teclado, su rostro una máscara de concentración impenetrable. Apenas me dirigió la palabra, más allá de unas cuantas órdenes concisas sobre el trabajo pendiente.

Yo intenté hacer lo mismo, concentrarme en mi propia tablet, revisar informes, responder correos. Pero mi mente no dejaba de desviarse hacia él. Hacia el recuerdo de sus manos en mi cuerpo, de sus labios sobre los míos.

Cuando aterrizamos en Nueva York y nos dirigimos de nuevo al ático –mi jaula dorada–, sentí una mezcla de alivio y aprensión. Alivio por estar lejos de la intensidad de California, aprensión por lo que vendría después. Porque sabía que Dante Rivas no era un hombre que olvidara. Ni que perdonara fácilmente un desafío.

Esa noche, después de una cena solitaria en mi ala del ático, mientras intentaba leer un libro, escuché sus pasos en el pasillo. Se detuvieron frente a mi puerta. Mi corazón dio un vuelco. ¿Iba a entrar? ¿Iba a continuar lo que habíamos empezado en el viñedo?

Pero los pasos continuaron, alejándose hacia su estudio. Un suspiro de alivio y decepción se escapó de mis labios.

Este hombre me estaba volviendo loca. Su frialdad me hería, su proximidad me encendía. No sabía qué quería de él, ni qué quería él

de mí. Solo sabía que esta tregua era temporal. La guerra entre nosotros no había terminado. Apenas había comenzado.

Y el próximo enfrentamiento, lo sentía en mis huesos, sería aún más explosivo. Porque ahora ambos sabíamos lo que éramos capaces de hacernos sentir. Y ese conocimiento era un arma de doble filo, tan peligrosa como el deseo que ardía entre nosotros, esperando la próxima chispa para volver a incendiarlo todo.

CAPÍTULO 22 – CONFESIONES ENTRE SUSURROS Y MIRADAS

La Calma Antes de la Tormenta (o Cómo Ella Desafía mi Precario Control)

(Dante)

El regreso a Nueva York fue… tenso. Jodidamente tenso. Valeria se había replegado en una profesionalidad gélida, una armadura que imitaba la mía, pero que en ella resultaba extrañamente provocadora. Cada informe entregado a tiempo, cada llamada filtrada con eficiencia, cada café servido sin una palabra de más, era un puto recordatorio silencioso de la tormenta que habíamos desatado en California y de la tregua frágil que ahora pendía entre nosotros.

Su puerta cerrada en el ático por las noches era una afrenta. Antes, su presencia al otro lado del pasillo era una distracción constante, una tentación latente. Ahora, el silencio, la ausencia de cualquier sonido que indicara su existencia más allá de las horas de oficina, era aún peor. Era como si hubiera borrado el recuerdo de mis manos sobre su piel, de su sabor en mis labios. Como si el Dante que la había poseído en el viñedo, el que había perdido el control, nunca hubiera existido.

Pero yo no lo había olvidado. Joder, no. Cada vez que cerraba los ojos, veía su rostro encendido por el deseo, escuchaba sus gemidos ahogados. Mi cuerpo reaccionaba con una violencia que me avergonzaba. Necesitaba sentirla de nuevo, necesitaba romper esa fachada de indiferencia y ver el fuego en sus ojos una vez más.

Los días se convirtieron en una tortura sutil. La observaba en la oficina, la forma en que su falda se ceñía a sus caderas cuando se inclinaba sobre un archivo, la manera en que se mordía el labio inferior cuando estaba concentrada. Pequeños detalles que antes apenas registraba, ahora eran como brasas incandescentes en mi mente.

Intenté provocarla. Le asignaba tareas imposibles, la criticaba por nimiedades, buscaba cualquier excusa para tenerla en mi despacho, para sentir su presencia, su olor. Pero ella paraba cada golpe con una calma exasperante. Sus respuestas eran concisas, profesionales. No había rastro de la Valeria desafiante que me había mordido el labio y me había gritado en California. Y eso, más que cualquier insolencia, me estaba volviendo loco.

Una tarde, la encontré en la pequeña cocina de la oficina, preparándose un té. Estaba de espaldas a mí, y por un momento, la vi vulnerable. Su cabello recogido en un moño desordenado, la tensión en sus hombros. La necesidad de tocarla, de simplemente rozar su espalda, fue tan abrumadora que tuve que apretar los puños.

—Morales —dije, mi voz más áspera de lo que pretendía.

Se giró, sobresaltada. Sus ojos castaños, grandes y cautelosos, se encontraron con los míos.

—Señor Rivas —respondió, su tono neutro.

—Quiero el informe de la auditoría interna en mi escritorio para mañana a primera hora. Completo. Sin excusas.

Era una tarea casi imposible. El informe era denso, complejo, y requeriría horas de trabajo extra.

Ella asintió, sin una pizca de protesta. —Estará en su escritorio, señor Rivas.

Su docilidad me enfureció. ¿Dónde estaba el fuego? ¿Dónde estaba la mujer que me había desafiado, que me había hecho sentir vivo?

—Y Morales… —añadí, acercándome un paso, invadiendo su espacio —. Espero que esta noche no tenga… planes. Porque necesitará cada minuto.

Vi un destello en sus ojos. ¿Ira? ¿Resignación? No pude descifrarlo.

—Mis únicos planes, señor Rivas, son cumplir con mis obligaciones laborales —respondió, su voz gélida.

Antes de que pudiera replicar, antes de que pudiera ceder al impulso de agarrarla y sacudirla hasta que volviera a ser ella misma, se sirvió el té y salió de la cocina, dejándome solo con mi frustración y una creciente sensación de inquietud.

Esa noche, trabajé hasta tarde en mi estudio del ático. La puerta de Valeria permaneció cerrada, pero sabía que estaba allí, al otro lado, trabajando en el informe. La imaginé inclinada sobre su escritorio, la luz de la lámpara iluminando su rostro concentrado. La tentación de ir a su habitación, de verla, de… joder, de lo que fuera, era casi insoportable.

Me serví otro whisky, intentando ahogar los pensamientos, el deseo. Pero era inútil. Valeria Morales se había metido bajo mi piel de una forma que ninguna mujer lo había hecho antes. No era solo sexo. Era algo más profundo, más peligroso. Una conexión que desafiaba toda lógica, toda razón.

Alrededor de las tres de la mañana, cuando el silencio del ático era casi absoluto, escuché un ruido. Un golpe suave, seguido de un susurro ahogado. Provenía de su habitación.

Me levanté de un salto, el corazón latiéndome con fuerza. ¿Estaba bien? ¿Necesitaba ayuda?

Caminé hacia su puerta, mis pasos silenciosos sobre la alfombra. Dudé un instante antes de llamar. ¿Y si solo era mi imaginación? ¿Y si estaba invadiendo su privacidad?

A la mierda la privacidad. Necesitaba saber que estaba bien.

Llamé suavemente. —¿Morales? ¿Valeria? ¿Está todo bien?

No hubo respuesta. Solo un silencio que me pareció aún más ominoso.

Intenté abrir la puerta. Estaba sin seguro.

Entré con cautela. La habitación estaba a oscuras, solo iluminada por la luz de la luna que se filtraba por la ventana. Y entonces la vi.

Estaba en el suelo, junto a su escritorio, rodeada de papeles esparcidos. Su cabeza estaba apoyada contra la silla, y su cuerpo temblaba ligeramente. Estaba llorando.

No sollozos ruidosos, sino un llanto silencioso, desgarrador, que me partió el alma. Verla así, tan vulnerable, tan rota… fue como si me hubieran clavado un puñal en el pecho.

Me arrodillé a su lado, mi mano extendiéndose instintivamente para tocarla, para consolarla.

—Valeria… —susurré, mi voz ronca por la emoción—. ¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

Levantó la cabeza lentamente, sus ojos enrojecidos y llenos de lágrimas encontrándose con los míos. Había tanto dolor en su mirada, tanta desesperación, que me sentí ahogar.

—No puedo… no puedo más, Dante —sollozó, su voz rota—. Es demasiado. Todo es demasiado.

Y entonces se derrumbó en mis brazos, su cuerpo temblando contra el mío, sus lágrimas empapando mi camisa. La abracé con fuerza, acunándola contra mi pecho, sintiendo cómo su dolor se convertía en el mío.

En ese momento, no era el CEO ni el jefe. Era solo un hombre sosteniendo a una mujer rota, una mujer que, de alguna manera inexplicable, se había convertido en el centro de mi jodido universo.

La calma antes de la tormenta había terminado. Y la tormenta que se avecinaba, lo sabía con una certeza aterradora, nos destruiría a ambos. O nos salvaría. Y el cliffhanger no era cuál de las dos

opciones sería, sino si seríamos capaces de sobrevivir a ella, juntos o separados.

CAPÍTULO 23 – LA APARICIÓN QUE AMENAZA EL EQUILIBRIO

Un Hombro Inesperado en la Tormenta (y el Peligro de la Vulnerabilidad)

(Valeria)

Me desperté con el sabor salado de mis propias lágrimas en los labios y una sensación de vacío y vergüenza que me oprimía el pecho. La noche anterior… me había derrumbado. Completamente. Delante de él. Dante Rivas, mi jefe tiránico, el hombre que me había humillado y deseado a partes iguales, me había visto en mi momento más bajo, más vulnerable.

Los recuerdos eran borrosos, fragmentados por el agotamiento y la angustia. Recordaba la presión asfixiante del informe, la sensación de estar ahogándome en un mar de expectativas imposibles. Recordaba el golpe sordo de mi cabeza contra la silla cuando mis fuerzas finalmente cedieron. Y luego… luego recordaba sus brazos. Su voz, sorprendentemente suave, llamándome por mi nombre. Su calor, envolviéndome, ofreciendo un ancla inesperada en medio de mi tormenta personal.

Me había sostenido mientras yo lloraba, mientras soltaba toda la frustración, el miedo y la soledad que había estado acumulando durante semanas. No había dicho mucho, pero su presencia había sido… reconfortante. Un puerto seguro en medio de la tempestad. Joder, ¿reconfortante? ¿Dante Rivas? Debía de estar perdiendo la cabeza.

Ahora, la luz gris de la mañana se filtraba por la ventana, y yo estaba en mi cama. ¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Me había traído él? La idea me provocó un escalofrío. Él, viéndome dormir, indefensa. La vergüenza me quemó las mejillas.

Me levanté con cuidado, sintiendo cada músculo de mi cuerpo dolorido y tenso. Mi habitación estaba en penumbra, pero pude ver el informe de la auditoría sobre mi escritorio, exactamente donde lo había dejado. Y junto a él, una taza de té humeante y una nota escrita a mano con una caligrafía elegante y firme.

"Tómate la mañana libre, Morales. El informe puede esperar. D."

¿D? ¿Desde cuándo Dante firmaba con una simple inicial? ¿Y desde cuándo se preocupaba por mi bienestar? Esto era demasiado extraño. Demasiado… humano.

Tomé la taza de té. Estaba caliente, con un toque de miel. Exactamente como me gustaba. ¿Cómo lo sabía? ¿Había estado observándome más de lo que yo creía?

La idea me inquietó. Este nuevo Dante, el que ofrecía consuelo y té con miel, era casi más peligroso que el CEO frío y calculador. Porque este Dante amenazaba con derribar mis defensas de una manera mucho más sutil, mucho más insidiosa.

Me obligué a salir de la cama, a enfrentarme al día. Me di una ducha larga, intentando lavar no solo el cansancio, sino también la confusión que me embargaba. ¿Qué significaba todo esto? ¿Era una tregua? ¿Una nueva táctica en su juego de poder? ¿O había visto realmente algo en mi vulnerabilidad que lo había… conmovido?

Decidí ir a la oficina por la tarde. No podía permitirme el lujo de tomarme toda la mañana libre, por mucho que él lo hubiera sugerido. Necesitaba demostrar que no estaba rota, que podía seguir adelante. Y, sinceramente, necesitaba la distracción del trabajo para no pensar demasiado en lo que había pasado.

Cuando llegué a Rivas Corp, el ambiente era el de siempre. El ajetreo, las llamadas, la tensión palpable de un imperio en constante

movimiento. Helena, la secretaria de Dante, me miró con una curiosidad apenas disimulada, pero no hizo preguntas.

Fui directamente a mi escritorio y me sumergí en el trabajo, intentando ignorar la presencia de Dante en su despacho, al otro lado del cristal. Pero era imposible. Cada vez que levantaba la vista, sentía su mirada sobre mí. No era la mirada fría y evaluadora de siempre. Era algo diferente. Más… introspectiva. Casi preocupada.

Al final de la tarde, me llamó a su despacho.

—Morales —dijo, su voz neutra, pero sus ojos grises estudiando mi rostro con una intensidad que me puso nerviosa—. ¿Cómo se encuentra?

—Estoy bien, señor Rivas —respondí, intentando que mi voz sonara firme—. Gracias por… el té. Y por la mañana.

Él asintió, sus dedos tamborileando sobre el escritorio de cristal. Un silencio incómodo se instaló entre nosotros.

—Lo de anoche, Valeria… —empezó, y el uso de mi nombre de pila hizo que mi corazón diera un vuelco—. No debió haber llegado a ese extremo. La presión en esta empresa es alta, pero nadie debería sentirse… así.

Me quedé sin palabras. ¿Era una disculpa? ¿Dante Rivas pidiendo disculpas? El mundo debía de estar acabándose.

—Yo… aprecio sus palabras, señor Rivas —murmuré, sin saber qué más decir.

—Dante —me corrigió suavemente—. En momentos como este, creo que podemos dejar de lado las formalidades.

Nos miramos, y por un instante, vi una grieta en su armadura. Una vulnerabilidad que reflejaba la mía. Era peligroso. Era tentador. Era todo lo que había intentado evitar.

—No quiero que vuelva a pasar, Valeria —continuó, su voz más baja —. Si se siente sobrepasada, si necesita ayuda… quiero que me lo diga. No soy un monstruo, a pesar de lo que pueda pensar.

¿No era un monstruo? Había momentos en los que lo dudaba seriamente. Pero en ese instante, con la luz del atardecer entrando por el ventanal y suavizando sus rasgos duros, casi le creí.

—Lo tendré en cuenta, Dante —respondí, mi voz apenas un susurro.

Él sonrió, una sonrisa genuina, casi tímida, que transformó su rostro por completo. Lo hizo parecer más joven, menos intimidante. Jodidamente atractivo.

—Bien —dijo—. Ahora, sobre ese informe…

Y así, volvimos al trabajo, a la dinámica de jefe y empleada. Pero algo había cambiado. Una barrera invisible se había roto entre nosotros. Habíamos compartido un momento de vulnerabilidad, y eso nos había unido de una forma inesperada.

Pero mientras salía de su despacho esa tarde, una sensación de inquietud se apoderó de mí. Esta nueva cercanía, esta aparente tregua, era un terreno desconocido. Y en el juego peligroso que jugábamos Dante y yo, cualquier cambio en las reglas podía tener consecuencias impredecibles.

¿Estaba bajando la guardia? ¿Estaba permitiendo que el hombre que me había herido tantas veces se acercara demasiado? ¿O estaba, finalmente, empezando a ver al verdadero Dante Rivas, el hombre detrás de la máscara del CEO?

No tenía respuestas. Solo sabía que la tormenta no había pasado. Solo se había tomado un respiro. Y el próximo embate, lo sentía en mis huesos, sería aún más intenso. Porque ahora, no solo había deseo y poder en juego. Ahora, también había una vulnerabilidad compartida. Y eso, en nuestra guerra particular, era el arma más peligrosa de todas.

CAPÍTULO 24 – LAS MENTIRAS QUE LOS SEPARAN

La Fragilidad de una Tregua (y el Fantasma de un Deseo Latente)

(Dante)

Verla derrumbarse en mis brazos había sido… desconcertante. Valeria Morales, la mujer que me desafiaba con cada mirada, que se enfrentaba a mí con una lengua afilada y una voluntad de hierro, se había quebrado. Y en su fragilidad, había encontrado una extraña forma de fuerza, una vulnerabilidad que me había atraído de una manera que el desafío nunca lo hizo del todo.

Sostenerla, sentir sus lágrimas, escuchar sus sollozos ahogados… había despertado algo en mí. Algo que se parecía peligrosamente a la protección, a la ternura. Joder, ternura. Esa palabra seguía siendo un cuerpo extraño en mi vocabulario, pero ahí estaba, persistente, incómoda.

La mañana siguiente, la nota y el té habían sido un impulso. Una desviación de mi modus operandi habitual. Pero verla tan agotada, tan al límite… no había podido evitarlo. Necesitaba que supiera que, a pesar de todo, yo no era el monstruo que ella a veces pintaba.

Su regreso a la oficina por la tarde, su intento de normalidad, me impresionó. Tenía agallas, esta mujer. Más de las que le daba crédito. Y cuando hablamos en mi despacho, cuando vi esa mezcla de gratitud y cautela en sus ojos, supe que algo había cambiado entre nosotros. La tregua era real, por ahora.

Pero una tregua, por definición, es temporal. Y la guerra entre nosotros, la de la atracción y el poder, seguía latente bajo la superficie.

Los días siguientes fueron extrañamente tranquilos. Valeria se dedicó a su trabajo con una eficiencia renovada, aunque había una nueva suavidad en su trato conmigo, una ausencia de la hostilidad habitual. Yo, por mi parte, intenté ser menos… cabrón. Le di tareas razonables, evité las críticas innecesarias, incluso le ofrecí algún que otro cumplido velado por su desempeño.

Era una dinámica nueva, incómoda. Como caminar sobre cáscaras de huevo. Ambos éramos conscientes de la fragilidad de esta paz, del abismo de deseo y conflicto que habíamos dejado atrás, y que aún nos esperaba.

Una noche, la encontré en la cocina del ático, preparando una ensalada para la cena. Llevaba unos pantalones de yoga ajustados y una camiseta vieja que se ceñía a sus pechos de una forma que hizo que se me secara la boca. Su cabello estaba recogido en una coleta alta, y tarareaba una melodía suave mientras cortaba verduras.

Se veía… doméstica. Relajada. Hermosa.

Me apoyé en el marco de la puerta, observándola en silencio por un momento. Ella no se había percatado de mi presencia.

—Huele bien —dije finalmente, mi voz más suave de lo habitual.

Se sobresaltó y se giró, con un cuchillo en la mano. Sus ojos se abrieron con sorpresa, y luego una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Dante. No te oí entrar.

El uso de mi nombre de pila, tan natural en sus labios ahora, todavía me provocaba un pequeño vuelco en el estómago.

—Estaba trabajando hasta tarde —respondí, acercándome a la encimera—. ¿Necesitas ayuda?

Ella arqueó una ceja. —¿Tú? ¿Ofreciéndote a ayudar en la cocina? Debo estar soñando.

Sonreí. —Incluso los CEOs despiadados tienen hambre, Valeria. Y tu ensalada parece mucho más apetecible que el sándwich rancio que pensaba comerme.

Se rio, un sonido genuino y melodioso que me calentó por dentro. —Bueno, si insistes… Puedes encargarte del aliño.

Trabajamos juntos en silencio durante unos minutos, el único sonido el del cuchillo contra la tabla de cortar y el tintineo de los cuencos. Era una escena extrañamente íntima, doméstica. Dos personas compartiendo una tarea sencilla, en la quietud de la noche.

Pero la tensión seguía allí. La conciencia de nuestros cuerpos tan cerca, el recuerdo de nuestros encuentros pasados, el deseo latente que vibraba en el aire entre nosotros.

Cuando la ensalada estuvo lista, nos sentamos en la pequeña mesa de la cocina. No en el comedor formal, sino allí, en el corazón de la casa, como dos personas normales compartiendo una comida.

—Gracias por… todo, Dante —dijo ella en voz baja, después de un rato—. Por lo de la otra noche. Y por… ser diferente estos días.

—No tienes que agradecerme nada, Valeria —respondí, mi mirada encontrándose con la suya—. Quizás yo también necesitaba un… respiro.

Nos quedamos mirándonos, y en sus ojos vi una pregunta, una incertidumbre. ¿Qué éramos ahora? ¿Jefe y empleada? ¿Amigos? ¿Amantes en una tregua precaria?

No tenía la respuesta. Y sabía que ella tampoco.

Después de la cena, mientras recogíamos los platos, nuestras manos se rozaron. Una descarga eléctrica, tan potente como la primera vez. Ambos nos apartamos bruscamente, como si nos hubiéramos quemado.

El fantasma de nuestro deseo seguía allí, acechando en las sombras, esperando el momento oportuno para volver a reclamarnos.

—Creo que… será mejor que me retire —dijo ella, su voz un poco entrecortada—. Tengo que madrugar mañana.

—Sí, claro —respondí, mi propia voz sonando extrañamente ronca—. Buenas noches, Valeria.

—Buenas noches, Dante.

La vi alejarse por el pasillo, su silueta desapareciendo en la oscuridad de su habitación. Me quedé solo en la cocina, con el eco de su presencia y la certeza de que esta calma no duraría.

La fragilidad de nuestra tregua era evidente. Y el deseo que ambos intentábamos reprimir era una bomba de relojería a punto de estallar.

No sabía cuándo ni cómo sucedería, pero sabía que volveríamos a caer. Y esta vez, temía que las consecuencias fueran mucho más devastadoras. Porque ahora, no solo había lujuria en juego. Había algo más. Algo que se parecía peligrosamente a un sentimiento. Y eso, para un hombre como yo, era el mayor peligro de todos.

CAPÍTULO 25 – UN BESO ROBADO EN EL MOMENTO EQUIVOCADO

Cenando con el Diablo (y Jugando con Fuego en la Cocina)

(Valeria)

La tregua. Así es como había empezado a llamar a esta nueva y extraña fase de mi relación con Dante Rivas. Una tregua frágil, sí, pero una tregua al fin y al cabo. Los gritos habían cesado, las exigencias imposibles se habían suavizado, y en su lugar había una cautela, una especie de respeto mutuo que nunca antes había existido.

Pero bajo esa superficie de calma, la corriente subterránea de deseo seguía fluyendo, más fuerte y peligrosa que nunca. Cada roce accidental, cada mirada prolongada, cada momento de proximidad forzada era una prueba a mi autocontrol. Y el de él, sospechaba.

La noche en que cocinamos juntos en la cocina del ático… había sido surrealista. Dante Rivas, el CEO multimillonario que probablemente no había tocado un cuchillo de cocina en años, ayudándome a preparar una ensalada. Había habido una domesticidad en la escena, una intimidad que me asustaba y me atraía a partes iguales.

Sus manos, tan acostumbradas a firmar contratos millonarios y a, bueno, agarrarme con una posesividad que me erizaba la piel, se movían con una sorprendente torpeza mientras intentaba mezclar el aliño. Me encontré sonriendo ante su concentración, ante el ceño fruncido que aparecía en su rostro cuando una gota de aceite de oliva salpicaba la encimera impoluta.

Y cuando nuestras manos se rozaron al recoger los platos… Joder. La descarga había sido tan intensa que casi se me cae el cuenco. Nos apartamos como si nos hubiéramos electrocutado, nuestros ojos encontrándose en una mezcla de sorpresa y una conciencia demasiado aguda de lo que seguía ardiendo entre nosotros.

Él se había retirado a su estudio, y yo a mi habitación, pero el aire entre nosotros había quedado cargado, vibrante. Dormí mal esa noche, mi cuerpo inquieto, mi mente reproduciendo una y otra vez la imagen de sus manos, de su sonrisa casi tímida, del calor de su cuerpo tan cerca del mío en la cocina.

Los días siguientes continuaron con esta extraña calma. Dante seguía siendo exigente en el trabajo, pero había una nueva consideración en su tono, una disposición a escuchar mis ideas que antes no existía. Incluso me había pedido mi opinión sobre un par de decisiones estratégicas, algo que me dejó boquiabierta.

¿Estaba cambiando? ¿O simplemente estaba jugando un juego más largo y sutil?

Una noche, después de un día particularmente agotador en la oficina, llegué al ático sintiéndome exhausta. Solo quería una ducha caliente y meterme en la cama. Pero al pasar por la cocina, el aroma delicioso de algo cocinándose me detuvo en seco.

Dante estaba allí, de espaldas a mí, frente a la encimera. Llevaba una camisa blanca arremangada hasta los codos, revelando sus antebrazos musculosos, y unos pantalones oscuros de vestir. Estaba removiendo algo en una sartén, y el sonido del chisporroteo y el olor a ajo y hierbas llenaban el aire.

Me apoyé en el marco de la puerta, observándolo en silencio. Había una concentración en su rostro, una dedicación a la tarea que me pareció extrañamente atractiva. Este no era el CEO despiadado. Este era… otro Dante. Uno que apenas conocía.

—Huele increíble —dije finalmente, mi voz un poco ronca.

Se giró, sorprendido. Una sonrisa lenta se extendió por sus labios cuando me vio.

—Valeria. No te oí llegar. Estaba preparando la cena. Espero que tengas hambre.

—¿Tú… cocinando? —pregunté, incrédula—. ¿Qué es esto, el fin del mundo?

Se rio, un sonido profundo y genuino que resonó en la cocina. —Digamos que me apetecía un cambio de ritmo. Y recordé que te gustaba la pasta con marisco.

Me quedé helada. ¿Cómo sabía él que me gustaba la pasta con marisco? Se lo había mencionado de pasada a Helena, su secretaria, hacía semanas.

—¿Cómo…?

—Presto atención, Valeria —dijo, sus ojos grises brillando con una intensidad que me hizo sentir un nudo en el estómago—. A las cosas que importan.

"A las cosas que importan". Sus palabras flotaron en el aire entre nosotros, cargadas de un significado que no me atreví a analizar.

—Bueno, entonces… gracias —murmuré, sintiéndome extrañamente tímida—. ¿Puedo ayudar en algo?

—Puedes poner la mesa. Y abrir el vino. Está en la nevera.

Cenamos juntos en la mesa de la cocina, como la otra vez. La pasta estaba deliciosa, el vino blanco frío y refrescante. Hablamos de cosas triviales: del trabajo, de la ciudad, de libros y películas. Era fácil, cómodo. Demasiado fácil.

Pero bajo la superficie de la conversación ligera, la tensión seguía allí. La conciencia de nuestros cuerpos, la memoria de nuestros encuentros pasados, el deseo que ambos intentábamos ignorar.

Después de la cena, mientras recogíamos los platos, él se acercó por detrás de mí para alcanzar un vaso en el fregadero. Su cuerpo rozó el mío, su calor quemándome a través de la fina tela de mi blusa. Contuve la respiración, mi corazón latiendo con fuerza.

Sentí su aliento en mi nuca, sus labios peligrosamente cerca de mi piel.

—Valeria… —susurró, su voz ronca.

Me giré lentamente, hasta quedar frente a él. Nuestros cuerpos estaban a apenas unos centímetros de distancia. Podía ver el deseo en sus ojos, un fuego oscuro que amenazaba con consumirme.

—Dante… —respondí, mi propia voz apenas un hilo.

Levantó una mano y acarició mi mejilla, sus dedos enviando descargas eléctricas por todo mi cuerpo. Me incliné hacia su contacto, cerrando los ojos, anhelando su toque.

—Esto es una locura —murmuró él, su frente apoyada contra la mía —, pero no puedo… no quiero detenerme.

—Yo tampoco —confesé, mi voz temblorosa.

Sus labios encontraron los míos, y fue como si una presa se hubiera roto. Un beso hambriento, desesperado, cargado de todas las emociones que habíamos estado reprimiendo durante días. Sus manos se deslizaron por mi espalda, apretándome contra su cuerpo duro, haciéndome consciente de su erección palpitante contra mi vientre.

Gemí en su boca, mis manos aferrándose a sus hombros, mi cuerpo derritiéndose contra el suyo. El sabor de sus labios, mezclado con el vino y el deseo, era adictivo.

Me levantó en brazos como si no pesara nada y me llevó hacia su dormitorio, sin romper el beso. La puerta se cerró detrás de nosotros, sellando nuestro destino.

Esta vez, no había vuelta atrás. Estábamos jugando con fuego, y ambos sabíamos que íbamos a quemarnos. Pero en ese momento, con sus labios devorando los míos y su cuerpo prometiendo un placer prohibido, el infierno parecía el único lugar donde quería estar. Y el cliffhanger era si esta vez, la caída sería definitiva, o si encontraríamos una manera de volar juntos, incluso entre las llamas.

CAPÍTULO 26 – TENTACIÓN EN PLENA MADRUGADA

Entre las Sábanas de Seda y las Cenizas de una Tregua Rota

(Dante)

La había llevado a mi cama. Joder, la había llevado a mi cama. El último bastión de mi autocontrol, el santuario donde ninguna mujer había entrado desde… bueno, desde hacía demasiado tiempo. Y Valeria Morales, con su mezcla de inocencia y desafío, con el sabor de la pasta con marisco aún en sus labios y el deseo ardiendo en sus ojos, había derribado esas murallas como si fueran de papel.

El beso en la cocina había sido una explosión. Una liberación de toda la tensión acumulada, de todos los deseos reprimidos. Y cuando la levanté en brazos, cuando sentí su cuerpo ligero y femenino contra el mío, supe que no había vuelta atrás. La tregua, esa frágil paz que habíamos intentado construir, se había hecho añicos.

Cerré la puerta de mi dormitorio con una patada, el sonido resonando en la suite como el disparo de salida de una carrera hacia la perdición. La deposité suavemente sobre las sábanas de seda negra, sábanas que pronto serían testigos de nuestra locura.

Sus ojos castaños, grandes y oscuros en la penumbra de la habitación, me miraban con una mezcla de miedo y una excitación que reflejaba la mía. Llevaba una blusa sencilla y unos pantalones oscuros, ropa de trabajo que, de repente, me pareció el obstáculo más frustrante del mundo.

—Valeria… —susurré, mi voz ronca, mientras me inclinaba sobre ella, mis manos a cada lado de su cabeza, aprisionándola—. Sabes que esto… esto lo cambia todo, ¿verdad?

Ella asintió, su respiración entrecortada. —Lo sé, Dante. Y no me importa.

"No me importa". Esas tres palabras fueron la única invitación que necesité.

La besé de nuevo, esta vez con más lentitud, saboreando cada centímetro de sus labios, explorando su boca con una avidez que me sorprendió a mí mismo. Sus manos se enredaron en mi cabello, tirando de mí hacia ella, sus gemidos ahogados contra mis labios.

Empecé a desabrochar los botones de su blusa, mis dedos torpes por la urgencia. Quería verla, quería sentirla. Necesitaba su piel contra la mía, necesitaba borrar cualquier rastro de duda, cualquier barrera entre nosotros.

Cuando la blusa finalmente cedió, revelando un sujetador de encaje negro que apenas contenía sus pechos generosos, un gruñido de apreciación escapó de mi garganta. Era perfecta. Jodidamente perfecta.

Mis labios descendieron por su cuello, dejando un rastro de besos ardientes, sintiendo el pulso acelerado bajo mi boca. Ella arqueó la espalda, ofreciéndose a mí, sus dedos aferrándose a mis hombros.

—Dante… por favor… —gimió, su voz rota por el deseo.

"Por favor". Música para mis oídos. La sumisión en su voz, mezclada con la pasión cruda, era el afrodisíaco más potente.

Mis manos se deslizaron por sus costillas, por la curva de su cintura, hasta llegar al botón de sus pantalones. Los desabroché con una mano, mientras la otra seguía explorando la suavidad de su piel bajo el encaje.

Ella me ayudó a quitarle los pantalones, sus movimientos ansiosos, torpes. Y entonces, allí estaba, solo con su sujetador y unas bragas de encaje a juego, su cuerpo expuesto a mi mirada hambrienta. Sus

mejillas estaban sonrojadas, pero sus ojos brillaban con un fuego que me incitaba a tomarla, a poseerla por completo.

Me aparté un momento para quitarme mi propia ropa, mis ojos sin dejar los suyos. Quería que viera mi deseo, mi necesidad. Quería que supiera cuánto la quería.

Cuando estuve desnudo, volví a ella. Su mirada recorrió mi cuerpo, deteniéndose en mi erección palpitante. Una sonrisa tímida y excitada curvó sus labios.

—Eres… enorme —susurró, sus ojos encontrándose con los míos.

—Todo para ti, Valeria —respondí, mi voz un gruñido bajo, mientras me acomodaba entre sus piernas.

Sus muslos se abrieron para recibirme, una invitación silenciosa. La besé de nuevo, profundamente, mientras mis dedos se deslizaban entre sus pliegues húmedos, encontrando su clítoris hinchado y sensible. Ella gimió contra mi boca, su cuerpo arqueándose, sus caderas buscando las mías.

Estaba tan mojada, tan lista para mí. La preparé con mis dedos, escuchando sus gemidos entrecortados, sintiendo cómo se acercaba al borde. Pero no la dejaría llegar todavía. Quería que este momento durara, quería saborear cada segundo de su rendición.

Cuando supe que no podía esperar más, me posicioné en su entrada. Nuestros ojos se encontraron, y en los suyos vi una mezcla de anticipación y una vulnerabilidad que me apretó el corazón.

—¿Lista? —susurré.

Ella asintió, mordiéndose el labio inferior.

Entré en ella lentamente, saboreando la sensación de su cuerpo apretado y húmedo envolviendo mi polla. Fue como volver a casa. Un hogar que no sabía que había estado buscando.

Ella gimió, un sonido largo y tembloroso, sus uñas clavándose en mi espalda. Me moví dentro de ella, primero despacio, luego con más fuerza, encontrando un ritmo que nos consumía a ambos. Sus

caderas se alzaban para encontrarse con cada una de mis embestidas, sus gemidos llenando la habitación.

Fue crudo, animal, desesperado. Follamos como si el mundo fuera a acabarse, como si nuestras vidas dependieran de ello. No había ternura, solo una necesidad abrumadora de poseer, de ser poseído. De perdernos el uno en el otro, de borrar el pasado y el futuro, y existir solo en ese momento de éxtasis puro.

Cuando sentí que el orgasmo se acercaba, la miré a los ojos. Estaban desenfocados, llenos de placer. Su rostro estaba contorsionado en una máscara de éxtasis.

—Mírame, Valeria —gruñí, necesitando verla, necesitar que ella me viera en ese momento de total abandono.

Sus ojos se enfocaron en los míos, y vi una conexión allí, una comprensión que iba más allá de las palabras.

Me corrí dentro de ella con un rugido, mi cuerpo convulsionándose, mi semilla llenándola. Ella gritó mi nombre, su propio orgasmo sacudiéndola, sus músculos apretándose a mi alrededor como un guante.

Caímos sobre las sábanas, exhaustos, sudorosos, nuestros cuerpos entrelazados. El silencio de la habitación solo era roto por nuestras respiraciones agitadas.

La tregua se había roto, sí. Pero en sus cenizas, algo nuevo había nacido. Algo más intenso, más peligroso. Y mientras sostenía a Valeria entre mis brazos, mientras sentía los latidos de su corazón contra el mío, supe que este no era el final de nuestra guerra. Era solo el comienzo de una nueva batalla. Una batalla donde las armas serían el deseo, la vulnerabilidad y un sentimiento que ninguno de los dos se atrevía a nombrar.

El cliffhanger era evidente: ¿qué pasaría ahora? ¿Cómo afectaría esto a nuestra relación profesional, a nuestras vidas? ¿Podríamos encontrar un equilibrio entre la pasión que nos consumía y el mundo real que nos esperaba fuera de esas cuatro paredes? O estábamos

destinados a destruirnos mutuamente en el fuego que habíamos encendido.

CAPÍTULO 27 – EL ENEMIGO DENTRO DE LA EMPRESA

La Mañana Después: Entre el Éxtasis y el Pánico

(Valeria)

Desperté envuelta en sábanas de seda negra que olían a él. A Dante. A su colonia cara, a su piel, al sexo crudo y desesperado que habíamos compartido. La luz de la mañana se filtraba por las cortinas de su opulenta habitación, iluminando el caos de ropa esparcida por el suelo, testimonio mudo de la tormenta que nos había consumido.

Mi cuerpo se sentía dolorido, pero de una manera extrañamente placentera. Cada músculo, cada terminación nerviosa, vibraba con el recuerdo de sus manos, de su boca, de su cuerpo moviéndose dentro del mío. Había sido… intenso. Más allá de cualquier cosa que hubiera experimentado o imaginado. Habíamos cruzado una línea, no, habíamos dinamitado todas las líneas, y ahora estábamos en un territorio desconocido, sin mapas ni reglas.

Me giré lentamente en la cama. Dante dormía a mi lado, su rostro relajado en el sueño, despojado de la máscara de CEO implacable. Se veía más joven, casi vulnerable. Su cabello oscuro estaba revuelto sobre la almohada, y una de sus manos descansaba peligrosamente cerca de mi pecho. El ritmo de su respiración era profundo y regular.

Observarlo así, tan indefenso, tan… humano, me provocó una oleada de emociones contradictorias. Ternura, sí, una ternura que me

asustaba. Deseo, por supuesto, un deseo que seguía ardiendo bajo mi piel. Pero también pánico. Un pánico helado que me atenazaba el estómago.

¿Qué habíamos hecho? ¿En qué nos habíamos metido?

Él era mi jefe. Un jefe poderoso, controlador, emocionalmente inaccesible. Yo era su empleada, la que había desafiado sus reglas, la que ahora yacía desnuda en su cama. Las implicaciones eran enormes, aterradoras.

Con cuidado, intenté deslizarme fuera de la cama sin despertarlo. Necesitaba escapar, necesitaba pensar, necesitaba poner distancia entre nosotros antes de que la realidad de la mañana nos golpeara con toda su fuerza.

Pero en cuanto me moví, sus ojos se abrieron. Grises, somnolientos al principio, luego enfocándose en mí con una intensidad que me hizo detener el aliento.

—¿Intentando huir, Morales? —su voz era ronca, cargada de sueño y de algo más… ¿diversión?

Me sonrojé, sintiéndome atrapada. —Yo… eh… solo iba al baño.

Una sonrisa lenta se dibujó en sus labios, una sonrisa que conocía demasiado bien. La sonrisa del depredador que ha acorralado a su presa.

—No tan rápido —murmuró, su mano atrapando mi muñeca, su agarre suave pero firme. Tiró de mí hacia él, hasta que mi cuerpo chocó contra el suyo, piel contra piel. Su erección matutina, dura y caliente, presionó contra mi vientre, recordándome vívidamente la noche anterior.

—Dante… tenemos que hablar —dije, mi voz apenas un susurro, mientras intentaba ignorar la oleada de calor que su proximidad me provocaba.

—¿Hablar? —repitió, sus labios rozando mi cuello, enviando escalofríos por todo mi cuerpo—. Creí que ya habíamos hablado bastante anoche. Con nuestros cuerpos.

Sus besos descendieron por mi cuello, hacia el valle de mis pechos. Gemí suavemente, mi cuerpo traicionándome, respondiendo a su contacto a pesar de mis miedos.

—Esto… esto no puede volver a pasar, Dante —logré decir, aunque mis palabras carecían de convicción, especialmente cuando sus dedos comenzaron a trazar círculos perezosos sobre mi clítoris, despertando de nuevo el fuego que él sabía tan bien cómo encender.

—¿Ah, no? —murmuró contra mi piel—. ¿Y por qué no, Valeria? ¿No te gustó?

Su pregunta era una provocación, lo sabía. Y la respuesta era obvia. Me había encantado. Cada segundo. Cada beso, cada caricia, cada embestida. Había sido el sexo más increíble de mi vida.

—No se trata de si me gustó o no —repliqué, intentando mantener la compostura—. Se trata de que… de que esto es un desastre. Eres mi jefe. Yo soy tu empleada. Esto podría arruinarlo todo.

Él levantó la cabeza, sus ojos grises encontrándose con los míos. Había una seriedad en ellos ahora, una comprensión.

—Lo sé, Valeria —dijo, su voz más suave—. Sé que es complicado. Pero también sé que lo que pasó anoche… fue real. No podemos simplemente ignorarlo.

—¿Y qué propones? —pregunté, mi voz temblando ligeramente—. ¿Que sigamos como si nada, follando a escondidas mientras intentamos mantener una relación profesional en la oficina? Eso es una locura.

—Quizás la locura es exactamente lo que necesitamos —respondió él, acariciando mi mejilla con el dorso de sus dedos—. Quizás necesitamos romper todas las reglas para encontrar algo… auténtico.

Sus palabras eran tentadoras. Peligrosamente tentadoras. Una parte de mí, la parte que anhelaba la conexión, la pasión, quería creerle. Quería lanzarse de cabeza a esa locura con él.

Pero la otra parte, la parte racional, la que había sido herida tantas veces, gritaba en señal de alarma.

—No lo sé, Dante —susurré, mi corazón dividido—. Tengo miedo.

—Yo también tengo miedo, Valeria —confesó él, y su admisión me sorprendió. Dante Rivas, ¿admitiendo tener miedo?—. Pero estoy dispuesto a arriesgarme. ¿Y tú?

Nos quedamos mirándonos, la pregunta flotando en el aire entre nosotros. El futuro de nuestra relación, de nuestras vidas, pendía de un hilo.

¿Estaba dispuesta a arriesgarlo todo por este hombre, por esta pasión que nos consumía? ¿Podríamos encontrar una manera de navegar por este campo de minas emocional sin que todo explotara?

Antes de que pudiera responder, sus labios encontraron los míos de nuevo. Y en ese beso, en la forma en que su cuerpo se amoldaba al mío, en la desesperación y la ternura que había en su contacto, encontré una respuesta. O al menos, el comienzo de una.

Sí, tenía miedo. Pero el miedo a perderlo, a perder esta conexión increíble que habíamos encontrado, era aún mayor.

Me entregué al beso, mis brazos rodeando su cuello, mi cuerpo respondiendo al suyo con una urgencia renovada. Las palabras podían esperar. Las consecuencias podían esperar. En ese momento, solo existíamos él y yo, y el éxtasis de una mañana después que prometía tanto peligro como placer.

El cliffhanger era si esta nueva vulnerabilidad, esta admisión de miedo y deseo, nos llevaría a un entendimiento más profundo o simplemente a una destrucción más espectacular. Y yo, por mucho que me aterrara, estaba ansiosa por descubrirlo.

CAPÍTULO 28 – UN PLAN PARA ALEJARLOS

El Abismo de la Rendición (y el Vértigo de Querer Arriesgarlo Todo)

(Dante)

"Tengo miedo".

Sus palabras, susurradas contra mi piel, con esa vulnerabilidad cruda que me desarmaba, resonaron en mi cabeza mucho después de que nuestros cuerpos, saciados y exhaustos, finalmente encontraran un respiro. Valeria Morales, la mujer que había irrumpido en mi vida como un huracán, la que me desafiaba con cada mirada y cada palabra, tenía miedo. Y yo, Dante Rivas, el hombre que supuestamente no temía a nada, también.

Joder, qué ironía. Había construido un imperio basado en el control, en la ausencia de emociones, en la aniquilación de cualquier debilidad. Y ahora, una mujer con ojos de gacela asustada y un fuego indomable en el alma me tenía al borde de un precipicio que yo mismo había cavado.

La había sentido temblar en mis brazos cuando le confesé mi propio temor. Y en ese instante, en esa admisión compartida de fragilidad, algo se había cimentado entre nosotros. Algo más profundo y aterrador que la simple lujuria. Algo que se parecía peligrosamente a… ¿confianza? ¿A la posibilidad de un "nosotros"?

La idea era tan vertiginosa como la caída libre desde el último piso de la Torre Rivas.

Después de que sus labios cedieran de nuevo a los míos, después de otro asalto de besos que sellaron una especie de pacto tácito entre el éxtasis y el pánico, nos quedamos en silencio durante un largo

rato. Ella acurrucada contra mi pecho, yo acariciando su cabello, mi mente corriendo a mil por hora.

¿Qué coño estábamos haciendo? ¿Podía funcionar esto? Una relación clandestina con mi asistente personal, una mujer que era mi antítesis en muchos sentidos, pero que también era, de alguna manera retorcida, mi complemento perfecto.

Los riesgos eran enormes. Profesionales, personales. Mi junta directiva, mis enemigos en el mundo empresarial, incluso mi propia familia, si se enteraran… Podría ser un desastre. Un escándalo que mancharía mi reputación y, lo que era peor, la arrastraría a ella al fango conmigo.

Pero la alternativa… la alternativa era volver a la frialdad, a la distancia, a la negación de esta conexión que nos consumía. Y esa idea, de repente, me pareció insoportable. Era como haber probado el sol después de una vida en la oscuridad, y luego ser condenado a volver a las sombras.

—Tenemos que ser inteligentes, Valeria —dije finalmente, mi voz ronca rompiendo el silencio—. Si vamos a hacer esto… si vamos a intentarlo… nadie puede saberlo. Al menos, no por ahora.

Ella levantó la cabeza, sus ojos encontrándose con los míos. Había determinación en ellos ahora, mezclada con la cautela.

—Lo sé, Dante. Entiendo los riesgos. Y estoy dispuesta a asumirlos… si tú también lo estás.

Su confianza en mí, a pesar de todo lo que le había hecho pasar, me golpeó con la fuerza de un puñetazo. ¿Merecía yo esa confianza? ¿Podría protegerla, protegernos, de las consecuencias de nuestra propia locura?

—Lo estoy —respondí, y al decirlo, sentí un peso y una liberación al mismo tiempo—. Pero va a ser difícil. En la oficina, tendremos que seguir siendo el señor Rivas y la señorita Morales. Nadie puede sospechar.

Ella asintió. —Lo entiendo. Seré la asistente perfecta. Fría, eficiente, invisible si es necesario.

Una sonrisa amarga curvó mis labios. —Odio cuando eres invisible, Valeria.

Se rio suavemente, un sonido que alivió parte de la tensión en mi pecho. —Bueno, tendrás que conformarte con mis miradas de odio disimuladas a través de la sala de juntas.

—Las esperaré con ansias —repliqué, robándole un beso rápido.

Pasamos el resto de la mañana en la cama, hablando, explorando este nuevo territorio en el que nos habíamos adentrado. No hicimos el amor de nuevo, no con la misma desesperación de la noche anterior. En su lugar, hubo una nueva ternura, una curiosidad mutua, como si estuviéramos redescubriéndonos el uno al otro, o quizás, descubriéndonos por primera vez sin las armaduras que ambos llevábamos puestas.

Le hablé de mi infancia, de la presión de mi padre, de la soledad de crecer en un mundo donde el afecto era una moneda de cambio. Ella me habló de sus sueños, de sus miedos, de las cicatrices que llevaba ocultas bajo su fachada de dureza.

Fue… revelador. Y jodidamente aterrador. Porque con cada palabra, con cada confesión, sentía cómo las murallas a mi alrededor se desmoronaban un poco más. Y la vulnerabilidad, para un hombre como yo, era un veneno dulce y peligroso.

Cuando finalmente nos levantamos, cuando nos enfrentamos a la realidad del día que nos esperaba, había una nueva determinación en ambos. Íbamos a intentarlo. Íbamos a jugar con fuego, a bailar al borde del abismo, pero lo haríamos juntos.

En la oficina, la farsa comenzó. Volví a ser el CEO implacable, ella la asistente eficiente. Intercambiamos informes, programamos reuniones, mantuvimos la distancia física. Pero bajo la superficie, había un hilo invisible que nos unía, una corriente eléctrica que crepitaba cada vez que nuestras miradas se cruzaban.

Era un juego peligroso, lleno de riesgos y con la posibilidad constante de que todo se viniera abajo. Pero por primera vez en mucho tiempo, sentí algo más que el peso del control y la ambición. Sentí… esperanza.

Una esperanza frágil, sí. Una esperanza que podría ser aplastada en cualquier momento. Pero una esperanza al fin y al cabo.

Y mientras observaba a Valeria desde mi despacho, mientras la veía enfrentarse al mundo con esa mezcla única de fuerza y vulnerabilidad que tanto me atraía, supe que había tomado la decisión correcta. Arriesgarlo todo por ella… quizás no era una locura. Quizás era la única decisión cuerda que había tomado en mi vida.

El cliffhanger, por supuesto, era si esta nueva alianza secreta podría sobrevivir a las presiones del mundo exterior, a nuestros propios demonios internos, y a la inevitable tormenta que se desataría si nuestro secreto salía a la luz. La apuesta estaba hecha. Y las cartas, por primera vez, no estaban todas en mi mano.

CAPÍTULO 29 – LA TRAICIÓN QUE DESGARRA

El Secreto Placer de Ser Suya (y el Terror Constante de Ser Descubiertos)

(Valeria)

Llevábamos semanas jugando a este juego peligroso. En la oficina, éramos el Señor Rivas y la Señorita Morales, la eficiencia y el profesionalismo personificados. Intercambiábamos miradas frías, órdenes concisas y una distancia calculada que engañaría a cualquiera. O eso esperábamos.

Pero por las noches, en la intimidad del ático, nos transformábamos. Las barreras caían, las máscaras se deslizaban, y éramos solo Dante y Valeria, dos almas dañadas encontrando un refugio precario en los brazos del otro. Sus manos, que durante el día firmaban documentos que movían millones, por la noche exploraban cada centímetro de mi piel con una ternura que me desarmaba y una posesividad que me encendía.

El sexo seguía siendo explosivo, una forma de comunicación cruda y visceral donde todas nuestras frustraciones, miedos y deseos reprimidos encontraban una vía de escape. Pero también había momentos de una intimidad sorprendente. Conversaciones susurradas en la oscuridad, risas compartidas ante alguna estupidez, la simple comodidad de su cuerpo junto al mío en la cama.

Me había contado más sobre su pasado, sobre la sombra de su padre, sobre la pérdida de su madre y su hermano que lo había marcado tan profundamente. Y yo, a mi vez, le había abierto mi corazón, compartiendo mis propias inseguridades, mis sueños rotos

y la esperanza persistente de encontrar algo real en medio del caos de mi vida.

Era un equilibrio precario. Durante el día, la tensión de mantener el secreto era casi insoportable. Cada mirada de Helena, su secretaria, cada comentario casual de algún otro empleado, me hacía sentir un nudo de pánico en el estómago. ¿Sospecharían algo? ¿Habría algún desliz, alguna palabra o gesto que nos delatara?

Una tarde, estábamos en su despacho revisando los detalles de un nuevo proyecto. Yo estaba de pie junto a su escritorio, inclinada sobre unos planos, y él estaba sentado, su rodilla rozando la mía accidentalmente. Una descarga eléctrica nos recorrió a ambos. Levanté la vista y nuestros ojos se encontraron. Por un instante, el mundo exterior desapareció. Solo existía la intensidad de su mirada, el deseo crudo que ardía en sus ojos grises.

Estaba a punto de decir algo, de romper el hechizo, cuando la puerta del despacho se abrió de golpe y entró Bianca D'Alessio, la jefa de marketing, una mujer ambiciosa y astuta que, según los rumores, había tenido un breve romance con Dante hacía años y nunca lo había superado del todo.

Nos apartamos bruscamente, como dos adolescentes pillados en falta. Sentí mis mejillas arder.

Bianca nos miró, sus ojos afilados moviéndose de Dante a mí, una sonrisa calculadora dibujándose en sus labios.

—Dante, querido. ¿Interrumpo algo? —su voz era melosa, pero había un brillo malicioso en su mirada.

—No, Bianca, en absoluto —respondió Dante, su tono volviendo a ser el del CEO frío e imperturbable, aunque yo pude notar una tensión en su mandíbula—. La señorita Morales y yo estábamos revisando los planos del proyecto Westfield. ¿Necesitas algo?

—Solo quería tu opinión sobre la nueva campaña publicitaria —dijo ella, acercándose a su escritorio, su cuerpo rozando deliberadamente el brazo de Dante al pasar. Me lanzó una mirada de arriba abajo,

evaluadora, despectiva—. Veo que sigues trabajando hasta tarde a tu asistente, Dante. Pobre chica, debe estar agotada.

La rabia me subió por la garganta. Quería gritarle, quería borrar esa sonrisa condescendiente de su rostro. Pero me contuve, recordando mi papel, la necesidad de mantener las apariencias.

—No se preocupe por mí, señora D'Alessio —respondí, mi voz sorprendentemente firme—. Disfruto de mi trabajo. Y el señor Rivas es un jefe exigente, pero justo.

Bianca arqueó una ceja, claramente no convencida. —Ya veo. Bueno, Dante, cuando tengas un momento para los asuntos realmente importantes…

Le dedicó una sonrisa seductora a Dante y salió del despacho, contoneándose como si estuviera en una pasarela.

En cuanto la puerta se cerró, solté el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Esa mujer es una arpía —murmuré.

Dante se levantó y se acercó a mí, sus ojos oscuros y preocupados.

—¿Estás bien? —preguntó, su mano rozando mi brazo.

—Sí, estoy bien —respondí, aunque mi corazón seguía latiendo con fuerza—. Pero… ¿crees que sospecha algo?

—Bianca siempre sospecha de todo y de todos —dijo él, con un suspiro—. Pero no podemos permitirnos ningún error, Valeria. Tenemos que ser aún más cuidadosos.

Asentí, un escalofrío recorriendo mi espalda. El incidente con Bianca había sido una advertencia. Nuestro secreto era frágil, y había demasiada gente dispuesta a destruirlo si tenían la oportunidad.

Esa noche, en la cama, después de hacer el amor con una desesperación que rozaba la violencia, me acurruqué contra él, buscando seguridad en sus brazos.

—Tengo miedo, Dante —susurré en la oscuridad.

—Lo sé, mi amor —respondió él, su voz ronca, usando ese apelativo cariñoso que rara vez se permitía y que siempre me hacía sentir un vuelco en el corazón—. Yo también. Pero no voy a dejar que nada ni nadie nos separe. ¿Me oyes?

Sus palabras eran un bálsamo para mi alma asustada. Quería creerle. Necesitaba creerle.

Pero mientras me dormía entre sus brazos, una pregunta persistente se formó en mi mente. ¿Sería suficiente su determinación? ¿Podríamos realmente proteger nuestro amor prohibido de un mundo que parecía empeñado en destruirlo?

El secreto placer de ser suya era adictivo, embriagador. Pero el terror constante de ser descubiertos era una sombra que se cernía sobre nosotros, amenazando con engullirlo todo. Y el cliffhanger no era si la tormenta llegaría, sino si nuestro frágil refugio sería lo suficientemente fuerte para resistirla.

CAPÍTULO 30 – ÉL PIERDE EL CONTROL

La Sombra de la Duda (y el Precio de un Amor Clandestino)

(Dante)

Bianca D'Alessio. Su aparición en mi despacho había sido como una ráfaga de viento helado, un recordatorio tangible de los peligros que acechaban a Valeria y a mí. Su mirada calculadora, su sonrisa llena de insinuaciones… No me cabía duda de que sospechaba algo. Bianca siempre había sido perceptiva, y su resentimiento hacia mí desde que terminé nuestra breve e insignificante aventura la convertía en una amenaza potencial.

La forma en que Valeria se había enfrentado a ella, con esa dignidad tranquila y esa lealtad feroz hacia mí —aunque fuera una farsa para el mundo exterior—, me había llenado de una extraña mezcla de orgullo y temor. Orgullo por su fuerza, por su negativa a dejarse intimidar. Temor por las consecuencias si nuestro secreto salía a la luz.

"Tenemos que ser aún más cuidadosos". Se lo había dicho a Valeria, y me lo repetía a mí mismo constantemente. Pero ser cuidadoso era una cosa; vivir con la paranoia constante de ser descubierto era otra muy distinta. Cada llamada telefónica discreta, cada encuentro furtivo en el ático, cada mirada prolongada en la oficina se sentía como un riesgo calculado, una apuesta contra el destino.

Y el precio de esa apuesta era alto. La tensión constante estaba empezando a hacer mella en ambos. Veía las ojeras bajo los ojos de Valeria, la forma en que a veces se sobresaltaba ante un ruido inesperado. Y yo mismo me encontraba más irritable, más propenso

a estallidos de mal humor, mi legendario autocontrol puesto a prueba hasta el límite.

Una noche, después de una cena tensa con miembros de la junta directiva donde tuve que soportar las miradas inquisitivas de Bianca y los comentarios velados de algunos de los viejos dinosaurios que desconfiaban de mi "estrecha relación" con mi asistente personal, llegué al ático sintiéndome agotado y furioso.

Valeria me esperaba en la sala de estar, con una copa de vino y una expresión preocupada en su rostro.

—¿Todo bien, Dante? —preguntó en voz baja, acercándose a mí.

—Todo perfecto —repliqué con sarcasmo, aflojándome la corbata con un tirón brusco—. Solo otra velada encantadora con la jauría de lobos que llamas mis colegas.

Ella suspiró, sus dedos rozando mi brazo con suavidad. —¿Bianca volvió a…?

—Bianca es una víbora ponzoñosa, pero no es la única —la interrumpí, mi voz más áspera de lo que pretendía—. Hay otros. Gente que estaría encantada de verme caer, de usar cualquier debilidad en mi contra. Y tú, Valeria… tú te has convertido en mi mayor debilidad.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, crueles, injustas. Vi el dolor en sus ojos, un destello de herida que me hizo arrepentirme al instante. Pero estaba demasiado enfadado, demasiado asustado, para retractarme.

Ella retrocedió un paso, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas.

—¿Eso soy para ti, Dante? ¿Una debilidad? —su voz era apenas un susurro, pero cargada de dolor.

—Eres… eres la única persona que puede destruirme, Valeria —confesé, mi propia voz rota por la emoción—. Y eso me aterra.

Nos quedamos mirándonos, la tensión entre nosotros tan espesa como el aire antes de una tormenta. El miedo, la duda, la presión del mundo exterior… todo parecía conspirar para separarnos.

—Quizás… quizás esto es un error, Dante —dijo ella finalmente, su voz temblando—. Quizás no estamos hechos para esto. Quizás solo nos estamos haciendo daño.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. ¿Estaba rindiéndose? ¿Estaba dejando que el miedo ganara?

Me acerqué a ella, tomando su rostro entre mis manos, obligándola a mirarme.

—No digas eso, Valeria —siseé, mi voz cargada de una desesperación que me sorprendió a mí mismo—. No te atrevas a decir eso. Lo que tenemos… es real. Es lo único real en mi jodida vida. Y no voy a renunciar a ello. No sin luchar.

La besé entonces, un beso hambriento, desesperado, un intento de borrar sus dudas, mis dudas, con la fuerza de nuestra pasión. Ella respondió con la misma intensidad, sus brazos rodeando mi cuello, su cuerpo amoldándose al mío.

Pero incluso mientras nos perdíamos en el beso, incluso mientras nuestros cuerpos buscaban consuelo y olvido el uno en el otro, la sombra de la duda persistía.

¿Podríamos realmente superar los obstáculos? ¿O estábamos destinados a ser consumidos por el fuego que nosotros mismos habíamos encendido?

Esa noche hicimos el amor con una ferocidad que rayaba en la desesperación. Cada caricia, cada beso, cada embestida era un desafío al mundo, una afirmación de nuestra conexión prohibida. Pero cuando el amanecer llegó, y con él la necesidad de volver a ponernos nuestras máscaras, la incertidumbre seguía allí, flotando en el aire como un fantasma.

El precio de nuestro amor clandestino era alto. Y el cliffhanger no era si tendríamos que pagarlo, sino si estaríamos dispuestos a

sacrificarlo todo, incluso a nosotros mismos, en el proceso. La duda se había instalado, y amenazaba con envenenar lo único puro que había encontrado en años.

CAPÍTULO 31 – EL ENCIERRO FORZADO QUE CAMBIA TODO

El Veneno de la Inseguridad (y la Lucha por Aferrarse a un Amor Prohibido)

(Valeria)

"Eres… eres la única persona que puede destruirme, Valeria. Y eso me aterra."

Las palabras de Dante, crudas y desesperadas, resonaban en mi mente como un eco persistente. Había visto el miedo en sus ojos, un miedo que reflejaba el mío propio. Nuestro amor, nacido en secreto y alimentado por una pasión arrolladora, se sentía ahora como un castillo de naipes construido al borde de un precipicio. Hermoso, sí, pero terriblemente frágil.

La cena con la junta directiva, y la presencia ponzoñosa de Bianca D'Alessio, habían sido un duro golpe de realidad. El mundo exterior, con sus juicios y sus intrigas, no iba a dejarnos en paz. Y la presión estaba empezando a pasarnos factura.

Después de esa noche, de esa confesión de miedos compartidos y de ese sexo desesperado que había sido más una batalla que una caricia, una nueva capa de tensión se instaló entre nosotros. Ya no era solo el miedo a ser descubiertos, sino también la inseguridad. La duda.

¿Era yo realmente una debilidad para él? ¿Estaba poniendo en peligro todo lo que había construido por estar conmigo? La idea me torturaba. Lo amaba, sí, con una intensidad que me asustaba, pero

no quería ser la causa de su ruina. No quería ser la mujer que lo arrastrara al abismo.

Él intentaba tranquilizarme. Por las noches, en la oscuridad de su habitación, me susurraba promesas de protección, de un futuro juntos. Me aferraba a esas palabras como a un salvavidas, pero durante el día, en la fría luz de la oficina, las dudas volvían a asaltarme.

Bianca no perdía oportunidad para lanzarme miradas cargadas de veneno o para hacer comentarios insidiosos sobre mi "especial relación" con el jefe. Yo intentaba ignorarla, mantener la cabeza alta, pero sus palabras, como pequeñas gotas de ácido, iban minando mi confianza.

Un día, encontré sobre mi escritorio un sobre sin remitente. Dentro, una fotografía. Dante y Bianca, riendo juntos en una fiesta, años atrás. Él la miraba con una familiaridad, con una complicidad que me heló la sangre. No había nada explícito en la foto, pero la insinuación era clara. Alguien quería recordarme que yo no era la primera, que Bianca había estado allí antes, y que quizás seguía teniendo un lugar en la vida de Dante.

Mi primer impulso fue enfrentarme a Dante, exigirle una explicación. Pero luego, la duda me paralizó. ¿Y si era verdad? ¿Y si Bianca seguía siendo una presencia importante para él? ¿Y si yo solo era un capricho pasajero, una distracción exótica?

Esa noche, cuando Dante llegó al ático, yo estaba distante, fría. Él lo notó de inmediato.

—¿Qué pasa, Valeria? —preguntó, su voz teñida de preocupación.

No pude contenerme más. Le mostré la fotografía, mis manos temblando.

—¿Qué es esto, Dante? ¿Quién me envió esto? ¿Y qué significa?

Él miró la foto, y una sombra de fastidio cruzó su rostro.

—Bianca —murmuró, como si el nombre le supiera amargo—. Esto es obra de Bianca. Está intentando meter cizaña entre nosotros,

Valeria. Lo que hubo entre ella y yo… fue hace mucho tiempo. No significó nada.

—¿Cómo puedo estar segura de eso? —pregunté, mi voz rota—. Ella te mira como si todavía fueras suyo. Y tú… a veces pareces protegerla.

—No la protejo —respondió él, su voz firme, tomando mi rostro entre sus manos—. Te protejo a ti. De ella, del mundo, de cualquiera que intente hacernos daño. Valeria, mírame. Lo que siento por ti… nunca lo he sentido por nadie más. Eres tú. Siempre has sido tú, desde el momento en que entraste en mi despacho con esa mirada desafiante y esa boca insolente.

Sus palabras, la intensidad de su mirada, calmaron un poco el veneno de la inseguridad que me corroía. Quería creerle. Necesitaba creerle.

—Pero es tan difícil, Dante —susurré, mis ojos llenándose de lágrimas—. Vivir así, con este miedo constante, con estas dudas…

—Lo sé, mi amor. Lo sé —respondió él, abrazándome con fuerza—. Pero no podemos dejar que ganen. No podemos dejar que nos destruyan. Tenemos que ser más fuertes que ellos.

Esa noche hicimos el amor con una ternura desesperada, como si intentáramos reafirmar nuestra conexión, como si quisiéramos borrar las sombras que nos acechaban. Fue un acto de fe, una plegaria silenciosa por la supervivencia de nuestro amor prohibido.

Pero incluso en sus brazos, incluso con sus promesas susurrándome al oído, la inseguridad seguía allí, una pequeña semilla venenosa plantada en mi corazón. Sabía que la lucha por nuestro amor no había hecho más que empezar. Y el cliffhanger era si tendríamos la fuerza suficiente para arrancarla de raíz antes de que nos consumiera por completo, o si el veneno de la duda terminaría por separarnos, dejando solo cenizas de lo que podría haber sido.

CAPÍTULO 32 – EL LADO OSCURO DE DANTE

La Erosión de la Confianza (y la Desesperada Necesidad de Protegerla)

(Dante)

La fotografía. Jodida Bianca. Sabía que era obra suya. Siempre jugando sucio, siempre intentando sembrar la discordia. Ver la duda en los ojos de Valeria, el miedo de que yo pudiera seguir teniendo algún tipo de conexión con Bianca, me enfureció y me dolió a partes iguales. Enfureció porque Bianca se atrevía a intentar manipularla, a herirla. Dolió porque una parte de Valeria, a pesar de todo lo que habíamos vivido, todavía no confiaba plenamente en mí, en la profundidad de lo que sentía por ella.

Intenté tranquilizarla, asegurarle que Bianca era el pasado, que ella, Valeria, era mi presente y mi futuro. Pero las semillas de la duda, una vez plantadas, son difíciles de erradicar. Y el veneno de la inseguridad, alimentado por las presiones externas y nuestros propios miedos, amenazaba con corroer los cimientos de nuestra frágil relación.

Los días siguientes fueron una prueba constante. Sentía la distancia de Valeria, una cautela en sus gestos, una vacilación en sus ojos que antes no estaba. Aunque seguíamos compartiendo las noches, aunque nuestros cuerpos seguían encontrando consuelo y pasión en los brazos del otro, había una nueva capa de complejidad, una sombra que se interponía entre nosotros.

Me obsesioné con protegerla. No solo de las intrigas de Bianca, sino también de las miradas curiosas en la oficina, de los comentarios

velados, de cualquier cosa que pudiera herirla o aumentar sus dudas. Me volví más reservado, más paranoico. Cada reunión, cada conversación, la analizaba en busca de posibles amenazas.

Una tarde, mi padre me llamó a su despacho. Hacía tiempo que no teníamos una conversación "seria", y su tono ominoso me puso en alerta.

—Dante —comenzó, sin rodeos, como era su costumbre—. Me han llegado rumores. Sobre ti y tu asistente, la señorita Morales.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Mierda. ¿Cómo se había enterado? ¿Bianca se lo había dicho? ¿O alguno de los otros buitres de la junta directiva?

—No sé de qué rumores me habla, padre —respondí, mi voz fría, intentando mantener la compostura.

—No me tomes por idiota, Dante —replicó él, sus ojos azules, fríos como el hielo, clavándose en los míos—. Sabes perfectamente a qué me refiero. Una relación con una empleada… es un error. Una distracción peligrosa. Y en tu posición, no puedes permitirte ese tipo de errores.

—Mi vida personal no es asunto suyo, padre —siseé, la rabia empezando a bullir en mi interior.

—Todo lo que afecta a Rivas Corp es asunto mío —contestó él, su voz subiendo de tono—. Y esta… situación… podría tener consecuencias muy serias. Para ti, para la empresa. Y para ella.

La amenaza velada en sus últimas palabras me heló la sangre. Sabía de lo que era capaz mi padre. No se detendría ante nada para proteger sus intereses, para mantener el control.

—No se atreva a tocarla —gruñí, mi autocontrol desvaneciéndose.

Él sonrió, una sonrisa fría, calculadora. —Solo te estoy dando un consejo, hijo. Termina con esto antes de que sea demasiado tarde. Antes de que alguien salga herido. O antes de que yo tenga que intervenir.

Salí de su despacho sintiéndome como si me hubieran golpeado. La amenaza era clara. Mi padre no iba a tolerar mi relación con Valeria. Y si tenía que elegir entre ella y el imperio que él había construido…

No. No iba a elegir. Encontraría una manera de protegerla, de proteger lo nuestro. Aunque tuviera que enfrentarme a mi propio padre.

Esa noche, cuando llegué al ático, Valeria me esperaba con una expresión ansiosa. Había visto la tensión en mi rostro cuando volví de la reunión con mi padre.

—¿Qué pasó, Dante? —preguntó, su mano buscando la mía.

No quería preocuparla, no quería añadir más leña al fuego de sus inseguridades. Pero tampoco podía mentirle.

Le conté la conversación con mi padre, la amenaza velada. Vi el miedo en sus ojos, pero también una determinación que igualaba la mía.

—No voy a dejar que nos separe, Dante —dijo, su voz firme—. No voy a renunciar a ti.

Sus palabras, su fuerza, me dieron el coraje que necesitaba. La abracé con fuerza, inhalando su aroma, sintiendo el latido de su corazón contra el mío.

—Y yo no voy a renunciar a ti, Valeria —respondí, mi voz ronca por la emoción—. Lucharemos juntos. Contra mi padre, contra Bianca, contra el mundo entero si es necesario.

Pero mientras la sostenía entre mis brazos, mientras sentía su cuerpo temblar ligeramente contra el mío, una pregunta oscura se formó en mi mente. ¿Sería suficiente nuestro amor? ¿Podríamos realmente ganar esta guerra? ¿O estábamos destinados a ser aplastados por las fuerzas que conspiraban en nuestra contra?

La erosión de la confianza, alimentada por las dudas y las amenazas externas, era una realidad. Y la desesperada necesidad de protegerla, de proteger lo que habíamos construido, se había

convertido en mi única obsesión. El cliffhanger era si esa obsesión me llevaría a salvarla, o a destruirla en el intento.

CAPÍTULO 33 – UNA VERDAD REVELADA ENTRE LÁGRIMAS

La Determinación de Luchar (y el Miedo a Perderlo Todo en el Intento)

(Valeria)

La amenaza del padre de Dante, fría y calculada, se cernía sobre nosotros como una espada de Damocles. Sabía que Ricardo Rivas no era un hombre que hiciera amenazas vacías. Si había decidido que nuestra relación era un peligro para su imperio, o para su hijo, no dudaría en actuar. Y eso me aterraba.

Pero ver la determinación en los ojos de Dante, escuchar su promesa de luchar juntos, había encendido una chispa de esperanza en medio de mi miedo. No estábamos solos en esto. Nos teníamos el uno al otro. Y aunque el mundo entero pareciera conspirar en nuestra contra, no iba a rendirme sin luchar.

"No voy a renunciar a ti". Sus palabras resonaban en mi cabeza, un mantra que me daba fuerzas. Y yo tampoco iba a renunciar a él. Lo amaba. Con cada fibra de mi ser. Y ese amor, por muy prohibido y peligroso que fuera, merecía ser defendido.

Los días siguientes fueron una extraña mezcla de normalidad forzada y tensión subyacente. En la oficina, seguíamos siendo el Señor Rivas y la Señorita Morales, manteniendo las apariencias con una profesionalidad impecable. Pero nuestras miradas se encontraban con más frecuencia, cargadas de un significado secreto, de una complicidad que nos unía aún más.

Por las noches, el ático se convertía en nuestro refugio, nuestro búnker contra el mundo. Hacíamos el amor con una urgencia desesperada, como si cada encuentro pudiera ser el último. Pero también hablábamos, compartiendo nuestros miedos, nuestros planes, nuestras esperanzas. Dante me aseguró que estaba buscando una manera de neutralizar la amenaza de su padre, de proteger nuestro futuro juntos. No entró en detalles, y yo no presioné. Confiaba en él.

O al menos, intentaba confiar. Porque la sombra de la duda, alimentada por la inseguridad y el miedo constante, seguía acechando en los rincones más oscuros de mi mente.

Bianca D"Alessio seguía siendo una presencia tóxica en la oficina. Sus miradas de suficiencia, sus comentarios venenosos, eran como pequeñas agujas que se clavaban en mi piel. Intentaba ignorarla, pero a veces su crueldad lograba traspasar mis defensas.

Un día, me la encontré en el baño de damas. Estaba sola, retocándose el maquillaje frente al espejo. Me miró con una sonrisa condescendiente.

—Valeria, querida —dijo, su voz melosa—. Te veo un poco… pálida últimamente. ¿Problemas para dormir? ¿O es que el estrés de ser la… "asistente especial" de Dante te está pasando factura?

—Estoy perfectamente, Bianca —respondí, mi voz más firme de lo que me sentía—. Y mi trabajo me encanta. Aunque, claro, no todas tenemos la suerte de pasar el día conspirando y sembrando cizaña.

Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por una expresión de fría hostilidad.

—No te equivoques, niñita —siseó, acercándose a mí, sus ojos brillando con malicia—. Dante puede estar jugando contigo ahora, pero al final, siempre vuelve a lo conocido, a lo seguro. Y tú… tú eres solo un capricho pasajero. Una aventura exótica que pronto se olvidará.

Sus palabras me hirieron, más de lo que quería admitir. Pero no iba a darle la satisfacción de verme derrumbar.

—Quizás tengas razón, Bianca —respondí, mi voz helada—. O quizás, solo quizás, estás proyectando tus propias inseguridades y tu amargura por haber sido tú el capricho olvidado. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer. Trabajo de verdad.

Salí del baño con la cabeza alta, aunque por dentro temblaba. Las palabras de Bianca, por muy venenosas que fueran, habían tocado un nervio sensible. ¿Y si tenía razón? ¿Y si Dante, al final, elegía la seguridad, el imperio, por encima de mí?

Esa noche, cuando Dante llegó al ático, yo estaba callada, pensativa. Él lo notó de inmediato.

—¿Qué te pasa, Valeria? —preguntó, su voz suave, sus manos buscando las mías.

Le conté el encuentro con Bianca, las palabras crueles que me había dicho.

Él me escuchó en silencio, su mandíbula tensándose a medida que yo hablaba. Cuando terminé, me abrazó con fuerza.

—No la escuches, mi amor —murmuró contra mi cabello—. Bianca es una mujer amargada y resentida. Está intentando destruirte porque no soporta verme feliz, porque no soporta que seas tú la mujer que amo.

"La mujer que amo". Las palabras que tanto había anhelado escuchar, finalmente pronunciadas. Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¿De verdad me amas, Dante? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

—Más de lo que nunca he amado a nadie, Valeria —respondió él, su voz ronca por la emoción, sus ojos grises mirándome con una intensidad que me robó el aliento—. Eres mi todo. Y no voy a permitir que nadie, ni Bianca, ni mi padre, ni el mundo entero, nos separe.

Sus palabras, su amor, eran el escudo que necesitaba contra las dudas y los miedos. Me aferré a él, sintiendo cómo su fuerza se convertía en la mía.

Sabía que la lucha no había terminado. Sabía que Ricardo Rivas y Bianca D"Alessio no se rendirían fácilmente. Pero ahora, tenía la certeza de que Dante estaba a mi lado, dispuesto a luchar conmigo, por nosotros.

La determinación de luchar por nuestro amor era más fuerte que nunca. Pero el miedo a perderlo todo en el intento seguía allí, una sombra persistente. El cliffhanger era si nuestra armadura de amor y confianza sería lo suficientemente fuerte para resistir los embates que se avecinaban, o si terminaríamos siendo dos amantes trágicos más, consumidos por las llamas de un amor prohibido.

CAPÍTULO 34 – LA NOCHE EN QUE CASI SE PIERDE

La Declaración de Guerra (y la Decisión de Arriesgar el Imperio por Amor)

(Dante)

"La mujer que amo".

Las palabras habían salido de mi boca con una facilidad sorprendente, una verdad que ya no podía, ni quería, negar. Amaba a Valeria Morales. La amaba con una intensidad que me consumía, que me aterraba, que me hacía sentir más vivo de lo que nunca me había sentido.

Su reacción, las lágrimas en sus ojos, la forma en que se aferró a mí como si yo fuera su único salvavidas… había solidificado mi determinación. No iba a permitir que nadie nos separara. Ni Bianca, con sus intrigas venenosas. Ni mi padre, con sus amenazas y su obsesión por el control.

Pero sabía que las palabras no eran suficientes. Necesitaba acciones. Necesitaba demostrarle a Valeria, y a mí mismo, que estaba dispuesto a luchar por nosotros, sin importar el costo.

Los días siguientes fueron una preparación para la guerra. Mientras Valeria intentaba mantener la compostura en la oficina, lidiando con las hostilidades de Bianca y la presión constante, yo movía mis piezas en el tablero de ajedrez corporativo y familiar.

Primero, me enfrenté a Bianca. La convoqué a mi despacho y, sin rodeos, le dejé claro que sus intentos de sabotear mi relación con Valeria no serían tolerados. Le advertí que cualquier nuevo intento

de intimidación o difamación tendría consecuencias profesionales muy serias para ella.

—Valeria es importante para mí, Bianca —le dije, mi voz fría como el acero—. Mucho más de lo que tú nunca lo fuiste. Si le haces daño, si intentas interponerte entre nosotros, te aseguro que lo lamentarás.

Bianca palideció, pero intentó mantener su fachada de arrogancia. —¿Estás amenazándome, Dante? ¿Por esa… arribista?

—Tómalo como quieras, Bianca —respondí, levantándome de mi silla, mi sombra cerniéndose sobre ella—. Pero que te quede claro: la guerra que estás intentando empezar, no la vas a ganar.

Salió de mi despacho furiosa, pero también, creo, asustada. Sabía que yo no hacía amenazas vacías.

Luego, vino la confrontación más difícil: mi padre.

Solicité una reunión formal con él, no como hijo, sino como CEO de Rivas Corp. Quería dejarle claro que mis decisiones personales no iban a interferir con mi capacidad para dirigir la empresa, pero que tampoco iba a permitir que él dictara mi vida privada.

Nos encontramos en la sala de juntas principal, un espacio frío e impersonal que reflejaba la relación que siempre habíamos tenido.

—Padre —comencé, mi voz firme, sin titubeos—. Sé que te preocupa mi relación con Valeria Morales. Y entiendo tus… reservas. Pero quiero que sepas que mis sentimientos por ella son serios. Y no voy a renunciar a ella.

Él me miró, sus ojos azules impenetrables. —¿Estás dispuesto a arriesgarlo todo, Dante? ¿Tu carrera, tu reputación, el futuro de esta empresa… por una mujer?

—Valeria no es "una mujer", padre —repliqué, mi voz cargada de emoción—. Es la mujer que amo. Y sí, estoy dispuesto a arriesgarlo todo por ella. Porque sin ella, nada de esto —dije, señalando a nuestro alrededor, al símbolo de nuestro imperio— tiene ningún valor para mí.

Un silencio tenso llenó la sala. Podía ver la lucha en el rostro de mi padre. La sorpresa, la ira, quizás incluso un atisbo de… ¿respeto?

—Eres un idiota, Dante —dijo finalmente, su voz más cansada que enfadada—. Un idiota sentimental. Pero supongo que eres mi idiota.

No era una bendición, ni mucho menos. Pero tampoco era una declaración de guerra total. Era… una tregua. Una tregua frágil, condicionada, pero una tregua al fin y al cabo.

—No interferiré en tu… relación —continuó, con un suspiro—. Siempre y cuando no afecte a la empresa. Pero si cometes un error, si esto se convierte en un escándalo… no dudaré en actuar.

Asentí. —Entendido, padre.

Salí de esa reunión sintiéndome como si me hubieran quitado un peso enorme de encima. Había declarado la guerra a mis enemigos, y había sobrevivido a la primera batalla. Pero sabía que la lucha no había terminado.

Esa noche, cuando le conté a Valeria lo que había pasado, vi el alivio y la gratitud en sus ojos. Pero también vi el miedo. El miedo a que mi padre no cumpliera su palabra, el miedo a que Bianca siguiera conspirando en las sombras.

—Estamos juntos en esto, Valeria —le dije, tomando sus manos entre las mías—. Y mientras estemos juntos, podemos enfrentarnos a cualquier cosa.

La besé, un beso lleno de promesas, de esperanza, de una determinación feroz. Sabía que el camino por delante no sería fácil. Sabía que habría más obstáculos, más desafíos. Pero por primera vez, sentía que teníamos una oportunidad real de ganar.

Había arriesgado mi imperio por amor. Y el cliffhanger no era si había tomado la decisión correcta, sino si ese amor sería lo suficientemente fuerte como para construir un nuevo imperio, uno basado no solo en el poder y la ambición, sino también en la confianza, la lealtad y una pasión que desafiaba todas las reglas. La

guerra había sido declarada, y yo estaba listo para luchar hasta el final por la mujer que había conquistado mi corazón de acero.

CAPÍTULO 35 – ENTRE LA RABIA Y EL DESEO

Un Nuevo Imperio Forjado en el Amor (y la Sombra Persistente de la Venganza)

(Valeria)

Las palabras de Dante, "la mujer que amo", seguían resonando en mis oídos, un bálsamo cálido sobre las heridas que las intrigas y las amenazas habían dejado en mi alma. Saber que se había enfrentado a su padre, que había puesto en riesgo su imperio por mí, por nosotros, era la prueba definitiva de que sus sentimientos eran tan profundos y reales como los míos.

La "tregua" con Ricardo Rivas era frágil, lo sabía. Y la advertencia de Dante a Bianca D'Alessio probablemente solo había avivado su deseo de venganza. Pero por primera vez en mucho tiempo, sentía una esperanza genuina. Ya no estábamos solos, luchando en las sombras. Dante había elegido. Nos había elegido.

En la oficina, la atmósfera seguía siendo tensa. Las miradas de Bianca eran más frías que nunca, cargadas de un odio palpable. Algunos de los directivos más leales a Ricardo Rivas me observaban con una mezcla de curiosidad y desaprobación. Pero yo mantenía la cabeza alta, mi profesionalismo impecable. Ahora tenía un escudo invisible: el amor y la determinación de Dante.

Las noches en el ático se convirtieron en nuestro santuario. Lejos de las miradas indiscretas y las presiones del mundo exterior, podíamos ser simplemente Dante y Valeria. Hacíamos el amor con una pasión renovada, una celebración de nuestra victoria, por pequeña que fuera. Pero también hablábamos durante horas, planeando nuestro

futuro, soñando con un mañana donde nuestro amor no tuviera que esconderse.

Dante estaba más relajado, más abierto. Me contaba sobre sus planes para Rivas Corp, no solo como CEO, sino como un hombre que quería construir algo más que un imperio financiero. Quería un legado basado en la integridad, en la innovación con propósito. Y me incluía en esos planes, pidiendo mi opinión, valorando mis ideas. Me sentía su compañera, su igual, no solo su amante secreta.

Un fin de semana, me llevó a una pequeña cabaña que tenía en las montañas, un refugio rústico y aislado lejos del bullicio de la ciudad. No había personal, ni lujo ostentoso. Solo nosotros, la naturaleza y una chimenea crepitante.

—Este era el lugar favorito de mi madre —me confesó una noche, mientras estábamos acurrucados frente al fuego, envueltos en una manta—. Veníamos aquí para escapar de mi padre, de la presión de ese mundo. Aquí podía ser simplemente… yo.

Sus palabras me conmovieron profundamente. Estaba compartiendo conmigo una parte íntima de su pasado, un santuario de sus recuerdos más preciados. Me sentí más cerca de él que nunca.

—Es hermoso, Dante —susurré, apoyando mi cabeza en su hombro —. Gracias por traerme aquí.

—Quería que conocieras al verdadero Dante Rivas, Valeria — respondió él, su voz ronca—. No al CEO, no al hijo de Ricardo Rivas. Solo a Dante. El hombre que te ama más que a nada en este mundo.

Nos besamos, un beso tierno, lleno de promesas silenciosas. En ese momento, en la calidez de la cabaña, con el fuego crepitando y la nieve cayendo suavemente afuera, sentí que nuestro amor podía conquistar cualquier cosa.

Pero la realidad nos esperaba de regreso en Nueva York.

Unos días después de nuestro regreso, Helena, la secretaria de Dante, me entregó un sobre con aspecto oficial. Dentro, una citación

judicial. Bianca D'Alessio me demandaba por acoso laboral y difamación, alegando que yo había usado mi "influencia indebida" sobre Dante para perjudicar su carrera y dañar su reputación.

El mundo se me vino abajo. Era una mentira, una vil calumnia. Pero sabía que Bianca era capaz de cualquier cosa para destruirme, para separarme de Dante.

Corrí al despacho de Dante, con la citación temblando en mis manos.

—Dante… mira esto —le dije, mi voz rota por el pánico.

Él leyó el documento, y su rostro se ensombreció, sus ojos grises brillando con una furia helada.

—Esa maldita arpía —gruñó—. No voy a permitir que te haga esto, Valeria.

—Pero, Dante… ¿qué podemos hacer? Una demanda… esto podría ser un escándalo enorme. Podría dañar tu reputación, la de la empresa…

—No me importa mi reputación —respondió él, tomando mi rostro entre sus manos—. Solo me importas tú. Y vamos a luchar contra esto juntos. Bianca ha declarado la guerra, y te juro, Valeria, que la vamos a aplastar.

Su determinación era feroz, pero en sus ojos también vi una sombra de preocupación. Sabía que esta batalla legal sería sucia, pública. Y que Bianca no dudaría en usar cualquier arma, por muy baja que fuera, para intentar ganarla.

La sombra de la venganza de Bianca se cernía sobre nosotros, amenazando con destruir el nuevo imperio de amor y confianza que habíamos empezado a construir. El cliffhanger era si nuestra unión sería lo suficientemente fuerte para resistir este nuevo ataque, o si las mentiras y las intrigas de una mujer despechada lograrían finalmente lo que ni Ricardo Rivas había conseguido: separarnos y destruirnos.

CAPÍTULO 36 – UNA PROMESA ROTA OTRA VEZ

La Furia del León Herido (y la Promesa de una Venganza Implacable)

(Dante)

La citación judicial en las manos temblorosas de Valeria fue como una declaración de guerra abierta. Bianca D'Alessio, en su despecho y su ambición retorcida, había cruzado una línea que no toleraría. Atacar a Valeria, intentar manchar su nombre y, por extensión, el mío, era un acto de una bajeza que merecía una respuesta contundente, implacable.

Mi primer instinto fue aplastarla. Usar todo el poder de Rivas Corp, mis contactos, mis recursos, para destruir su carrera, su reputación, todo lo que ella valoraba. Quería hacerla pagar por cada lágrima que había visto en los ojos de Valeria, por cada momento de angustia que le había causado.

Pero mientras sostenía a Valeria entre mis brazos, mientras sentía su miedo y su fragilidad, una furia más fría, más calculadora, se apoderó de mí. Esto no era solo una cuestión de venganza personal. Era una cuestión de proteger a la mujer que amaba, de defender nuestro futuro juntos. Y para eso, necesitaba ser estratégico, no impulsivo.

—No te preocupes, mi amor —le dije, mi voz más calmada de lo que me sentía por dentro—. Tengo a los mejores abogados de Nueva York. Bianca ha cometido un error muy grave al subestimarnos. Vamos a desmontar cada una de sus mentiras, y te aseguro que saldremos de esto más fuertes que nunca.

Pero mis palabras, aunque sinceras, no lograban ocultar la tormenta que se desataba en mi interior. La idea de que Valeria tuviera que pasar por un proceso legal sucio, de que su vida privada fuera expuesta y diseccionada en público, me repugnaba. Ella no merecía eso. Merecía ser feliz, estar segura, no ser arrastrada al fango de mis batallas corporativas y personales.

Los días siguientes fueron una vorágine de reuniones con abogados, análisis de estrategias legales y una creciente paranoia. Sabía que Bianca no actuaría sola. Probablemente tenía aliados dentro de la empresa, gente resentida o ambiciosa dispuesta a filtrar información, a testificar en su favor, a añadir más leña al fuego del escándalo.

Mi padre, aunque había prometido no interferir directamente en mi relación con Valeria, observaba la situación desde la distancia con una expresión indescifrable. Sabía que este escándalo era exactamente lo que él temía, una mancha en el nombre de Rivas Corp. Y aunque no lo dijera abiertamente, sentía su presión, su expectativa de que yo resolviera este "problema" de una vez por todas.

Una noche, después de una reunión particularmente tensa con mi equipo legal donde discutimos las posibles tácticas de Bianca —incluyendo la filtración de detalles íntimos de mi vida para desacreditarme—, llegué al ático sintiéndome como un león herido, acorralado pero listo para atacar.

Valeria me esperaba, como siempre, con una mezcla de ansiedad y amor en sus ojos. Verla, tan fuerte y vulnerable al mismo tiempo, avivó mi furia contra aquellos que intentaban hacernos daño.

—¿Alguna novedad? —preguntó en voz baja.

—La misma mierda de siempre —respondí, sirviéndome un whisky—. Bianca está dispuesta a jugar sucio. Muy sucio. Pero no voy a permitir que te arrastre a su nivel, Valeria. Te protegeré, cueste lo que cueste.

—No tienes que protegerme de todo, Dante —dijo ella, acercándose a mí, sus manos tomando las mías—. Estoy contigo en esto.

Lucharemos juntos.

Su fe en mí, su disposición a enfrentarse a la tormenta a mi lado, era mi mayor fortaleza. Pero también mi mayor debilidad. Porque el miedo a fallarle, a no ser capaz de protegerla, me consumía.

—Lo sé, mi amor. Y te amo por eso —respondí, besando sus manos —. Pero esta es mi batalla. Yo traje a Bianca a nuestras vidas, y yo seré quien la saque.

Esa noche, mientras Valeria dormía a mi lado, yo permanecí despierto, mi mente trazando planes, estrategias. No iba a permitir que Bianca D'Alessio ganara. No iba a permitir que destruyera lo que teníamos. Iba a desatar toda la furia del león herido, y me aseguraría de que ella, y cualquiera que se atreviera a interponerse en nuestro camino, pagara un precio muy alto.

La venganza sería implacable. Y el cliffhanger no era si Bianca sería destruida, sino si en el proceso de proteger a Valeria y nuestro amor, yo mismo me convertiría en el monstruo que tanto había luchado por dejar atrás. La línea entre la justicia y la venganza era delgada, y estaba a punto de cruzarla.

CAPÍTULO 37 – EL ULTIMÁTUM DEL CORAZÓN

En el Ojo del Huracán (y la Fuerza Encontrada en la Adversidad)

(Valeria)

La demanda de Bianca D'Alessio nos había sumido en el ojo del huracán. Los días se convirtieron en una sucesión de reuniones con abogados, preparación de declaraciones y el constante temor a que nuestro secreto más íntimo fuera expuesto y destrozado en un tribunal.

Dante estaba furioso, un león herido listo para desgarrar a cualquiera que amenazara a su pareja. Su promesa de protegerme, de luchar contra Bianca con todas sus fuerzas, era un ancla en medio de la tormenta. Pero no podía evitar sentirme culpable. Yo era la causa de este nuevo ataque, la razón por la que su reputación y la de Rivas Corp estaban en juego.

—No es tu culpa, Valeria —me repetía él constantemente, como si leyera mis pensamientos—. Bianca es la única responsable de su bajeza. Y vamos a demostrarlo.

Intentaba ser fuerte, por él, por nosotros. Pero por las noches, cuando el silencio del ático se volvía opresivo, los miedos me asaltaban. ¿Y si Bianca ganaba? ¿Y si lograba convenc_er al mundo de sus mentiras? ¿Qué pasaría con nosotros, con nuestro amor?

Una tarde, mientras revisaba documentos con el equipo legal de Dante, uno de los abogados, un hombre mayor con ojos amables llamado Sr. Henderson, me tomó aparte.

—Señorita Morales —dijo en voz baja—, sé que esto es increíblemente difícil para usted. Pero quiero que sepa que creemos en su inocencia. Y el señor Rivas está moviendo cielo y tierra para protegerla.

Sus palabras, tan inesperadas, me conmovieron profundamente.

—Gracias, Sr. Henderson —respondí, mis ojos llenándose de lágrimas —. Significa mucho para mí.

—Dante es un hombre complicado —continuó él, con una leve sonrisa—, pero tiene un corazón noble. Y nunca lo había visto tan decidido a proteger a alguien como lo está con usted. Eso dice mucho.

Las palabras del Sr. Henderson me dieron un nuevo impulso de fuerza. No estaba sola en esto. Tenía a Dante, y tenía a gente que creía en mí, en nosotros.

Decidí que no iba a dejar que Bianca me intimidara. No iba a esconderme ni a derrumbarme. Iba a luchar, con la misma fiereza con la que Dante luchaba por mí.

Comencé a involucrarme más activamente en la preparación de nuestra defensa. Revisé cada documento, cada posible prueba. Recordé cada conversación, cada interacción con Bianca, buscando cualquier detalle que pudiera ayudarnos a desmontar sus mentiras.

Dante, al principio, se mostró reacio a que me involucrara tanto. Quería protegerme del fango del proceso legal. Pero cuando vio mi determinación, mi negativa a ser una víctima pasiva, cedió.

—Eres increíble, Valeria —me dijo una noche, mientras trabajábamos juntos en su estudio, rodeados de montañas de papeles—. Fuerte, inteligente, valiente. No sé qué haría sin ti.

Sus palabras, su admiración, eran el mayor afrodisíaco. Nos besamos entonces, un beso lleno de amor, de respeto y de una camaradería forjada en la adversidad.

La preparación para el juicio fue agotadora, emocional y mentalmente. Hubo momentos de desesperación, de miedo, de

rabia. Pero también hubo momentos de una conexión profunda entre Dante y yo. Nos apoyábamos mutuamente, nos dábamos fuerzas, nos recordábamos por qué estábamos luchando.

Una noche, la víspera de la primera audiencia preliminar, no podía dormir. El miedo me atenazaba el estómago. Dante me encontró en la terraza, mirando las luces de la ciudad.

—¿No puedes dormir? —preguntó, su voz suave, abrazándome por detrás.

Negué con la cabeza. —¿Y si todo sale mal, Dante? ¿Y si Bianca logra…?

—No lo hará —me interrumpió él, su voz firme, girándome para que lo mirara a los ojos—. Porque la verdad está de nuestro lado, Valeria. Y porque yo no voy a permitir que te haga daño. Confía en mí.

Lo miré a los ojos, y vi en ellos una determinación inquebrantable, un amor tan profundo que disipó mis miedos.

—Confío en ti, Dante —susurré, y lo besé, un beso lleno de fe y de una entrega total.

Al día siguiente, cuando entramos en el tribunal, sentí los ojos de Bianca clavados en mí, llenos de odio y de triunfo anticipado. Pero yo no bajé la mirada. Caminé con la cabeza alta, con Dante a mi lado, su mano sosteniendo la mía con fuerza.

Estábamos en el ojo del huracán, sí. Pero ya no tenía miedo. Había encontrado mi fuerza en la adversidad, en el amor de un hombre que estaba dispuesto a arriesgarlo todo por mí. Y sabía que, juntos, podíamos enfrentarnos a cualquier tormenta.

El cliffhanger era si nuestra verdad sería suficiente para convencer a un jurado, si la justicia prevalecería sobre las mentiras y las intrigas. La batalla legal apenas comenzaba, y el resultado era incierto. Pero una cosa era segura: no nos rendiríamos.

CAPÍTULO 38 – ELLA DECIDE MARCHARSE

La Batalla en el Tribunal (y el Fuego Secreto que Nos Mantenía Unidos)

(Dante)

Entrar en ese tribunal con Valeria a mi lado, su mano firmemente sujeta en la mía, fue una de las cosas más jodidamente difíciles que había hecho en mi vida. No por el miedo a Bianca o a sus sucias artimañas legales. Sino por el miedo a lo que este circo mediático podría hacerle a Valeria, a su espíritu, a la frágil confianza que habíamos construido.

Bianca estaba allí, por supuesto, con su abogado de sonrisa de tiburón, destilando veneno con cada mirada. La prensa, los curiosos, los buitres esperando el escándalo… El aire estaba cargado de una tensión casi palpable.

Pero Valeria… joder, Valeria me sorprendió una vez más. Había una nueva fuerza en ella, una determinación fría que no había visto antes. No era la asistente asustada que había conocido meses atrás. Era una guerrera, lista para la batalla. Y eso, extrañamente, me llenó de un orgullo feroz.

Las audiencias preliminares fueron un infierno. Los abogados de Bianca intentaron pintarla como una víctima, una profesional consumada acosada por una empleada arribista y manipuladora que había usado sus "encantos femeninos" para seducir al jefe y obtener ventajas indebidas. Cada palabra era una puta mentira, una distorsión de la verdad que me hacía hervir la sangre.

Mis abogados, liderados por el astuto Sr. Henderson, contraatacaron con precisión quirúrgica, desmontando cada acusación, presentando pruebas de la incompetencia y la malevolencia de Bianca. Pero el proceso era lento, agotador, y cada día sentía cómo la presión aumentaba sobre Valeria.

Por las noches, en el ático, ella se derrumbaba en mis brazos, exhausta pero no vencida. La sostenía, la consolaba, le susurraba palabras de amor y aliento. Hacíamos el amor con una ternura desesperada, buscando en nuestros cuerpos un refugio contra la fealdad del mundo exterior. Nuestro lecho se convirtió en nuestro único santuario, el único lugar donde podíamos ser simplemente Dante y Valeria, sin máscaras, sin defensas.

—No sé cuánto más podré soportar esto, Dante —me confesó una noche, su voz rota por el llanto contenido—. Las miradas en la oficina, los susurros, la forma en que los abogados de Bianca intentan humillarme en el tribunal…

—Eres la mujer más fuerte que conozco, Valeria —le dije, acariciando su cabello—. Y no estás sola en esto. Estoy contigo, a cada paso del camino. Y te juro que no voy a permitir que Bianca te destruya. Saldremos de esto, y ella pagará por cada una de sus mentiras.

Pero en el fondo, yo también sentía el peso de la batalla. Mi padre, aunque mantenía su promesa de no interferir directamente, me llamaba con frecuencia, su voz cargada de una preocupación apenas disimulada por el "escándalo Rivas". Sabía que la reputación de la empresa estaba en juego, y que mi propia posición como CEO pendía de un hilo si no lograba controlar esta situación.

Decidí que era hora de pasar a la ofensiva. No solo en el tribunal, sino también en el terreno de Bianca.

Utilicé mis contactos, mis investigadores privados. Quería saberlo todo sobre ella: sus trapos sucios, sus errores pasados, cualquier cosa que pudiera usar para desacreditarla, para demostrar que su

demanda no era más que un acto de venganza de una mujer despechada y ambiciosa.

Y encontré oro. O más bien, encontré barro. Mucho barro.

Bianca había dejado un rastro de pequeñas corruptelas, de favores intercambiados, de información confidencial filtrada a competidores cuando le convenía. Nada lo suficientemente grande como para llevarla a la cárcel, pero sí lo suficiente como para destruir su credibilidad profesional y pintarla como la manipuladora sin escrúpulos que realmente era.

Le presenté la información a mis abogados. El Sr. Henderson sonrió con la satisfacción de un cazador que ha acorralado a su presa.

—Esto cambia las cosas, Dante —dijo—. Con esto, no solo podemos ganar el juicio, sino que podemos asegurarnos de que Bianca D"Alessio no vuelva a trabajar en esta ciudad en mucho tiempo.

Una parte de mí se sintió satisfecha. La venganza era un plato que se servía frío, y Bianca iba a probar un banquete helado. Pero otra parte, la parte que Valeria había despertado en mí, se sintió incómoda. ¿Me estaba convirtiendo en el tipo de hombre que usaba tácticas sucias para ganar, igual que mi padre, igual que aquellos a los que despreciaba?

Esa noche, le conté a Valeria lo que había descubierto, la estrategia que planeábamos usar.

Ella me escuchó en silencio, su expresión indescifrable.

—¿Es esto lo que realmente quieres, Dante? —preguntó finalmente, su voz suave—. ¿Destruirla por completo?

—Quiero protegerte, Valeria —respondí, mi voz firme—. Y quiero justicia. Ella te ha hecho daño, ha intentado destruirnos. Merece pagar por ello.

—Lo sé —dijo ella, tomando mi mano—. Y te amo por querer protegerme. Pero no quiero que te conviertas en alguien que no eres por mi culpa. No quiero que este odio te consuma.

Sus palabras me golpearon con la fuerza de una revelación. Tenía razón. La línea entre la justicia y la venganza era delgada, y yo estaba a punto de cruzarla, cegado por la furia y el deseo de protegerla.

—Tienes razón, mi amor —dije, besando su mano—. Ganaremos esta batalla, pero lo haremos de la manera correcta. Demostraremos la verdad, expondremos sus mentiras. Pero no nos rebajaremos a su nivel.

Valeria sonrió, un alivio genuino iluminando su rostro. Y en ese momento, supe que había tomado la decisión correcta. Protegerla no significaba convertirme en un monstruo. Significaba ser el hombre que ella merecía, el hombre que ella amaba.

La batalla en el tribunal continuaría. Pero ahora, no solo luchábamos por nuestra reputación, por nuestro futuro. Luchábamos por nuestra alma. Y el cliffhanger era si, al final de todo, cuando el polvo se asentara, aún reconoceríamos a las personas en las que nos habíamos convertido, y si el fuego secreto que nos mantenía unidos sería suficiente para sanar las heridas de la guerra.

CAPÍTULO 40 – EL REENCUENTRO INESPERADO

La Calma Engañosa de la Victoria (y la Amenaza Latente de Nuevas Tormentas)

(Dante)

Ver a Valeria en el estrado, enfrentándose a las mentiras de Bianca con una dignidad y una fuerza que me dejaron sin aliento, había sido uno de los momentos de mayor orgullo de mi vida. Había encontrado esa prueba, ese correo electrónico condenatorio, y lo había blandido como una espada, exponiendo la verdadera naturaleza de Bianca ante el mundo.

Ganamos. Por supuesto que ganamos. Las pruebas eran irrefutables. La demanda de Bianca fue desestimada, y su reputación quedó hecha trizas. El Sr. Henderson incluso sugirió que podríamos contrademandarla por daños y perjuicios, pero Valeria, con esa nobleza que tanto amaba en ella, se negó.

—Ya ha tenido suficiente, Dante —dijo—. No necesitamos más venganza. Solo queremos paz.

Y paz fue lo que intentamos construir en las semanas siguientes.

El escándalo se calmó gradualmente. La prensa encontró nuevas carnazas, y el nombre de Rivas Corp, aunque ligeramente manchado, comenzó a recuperar su brillo. Mi padre, aunque nunca lo admitiría abiertamente, me miraba con un nuevo respeto. Había enfrentado la tormenta y había salido victorioso, no solo como CEO, sino como hombre.

Bianca D"Alessio desapareció de nuestras vidas. Renunció a Rivas Corp antes de que pudiera despedirla formalmente, y los rumores decían que se había mudado a Europa, buscando un nuevo comienzo lejos de la humillación de su derrota.

Con la amenaza legal eliminada, una nueva calma se instaló en nuestra relación. Ya no teníamos que escondernos con tanto fervor, aunque seguíamos siendo discretos en la oficina. Pero las noches en el ático eran nuestras, llenas de una pasión más profunda, más sosegada, cimentada en la confianza y en las batallas que habíamos librado juntos.

Comenzamos a hablar de un futuro más abierto. De la posibilidad de que nuestra relación se hiciera pública, en nuestros propios términos, cuando estuviéramos listos. La idea me aterraba y me excitaba a partes iguales. Presentar a Valeria al mundo como la mujer que amaba, como mi compañera, mi igual… era un paso enorme, pero uno que estaba cada vez más dispuesto a dar.

Una noche, mientras estábamos en la cabaña de las montañas, el lugar que se había convertido en nuestro santuario particular, saqué un pequeño estuche de terciopelo de mi bolsillo.

Valeria me miró, sus ojos castaños brillando a la luz del fuego.

—Dante, ¿qué es eso?

Me arrodillé frente a ella, mi corazón latiendo con una fuerza que amenazaba con romper mis costillas. Tomé su mano, una mano que había sostenido la mía en los momentos más oscuros.

—Valeria Morales —comencé, mi voz ronca por la emoción—, has convertido mi vida en un caos maravilloso. Me has enseñado a sentir, a amar, a luchar por lo que realmente importa. Eres mi ancla, mi inspiración, mi todo. No puedo imaginar mi vida sin ti.

Abrí el estuche, revelando un anillo de diamantes que brillaba con una luz propia, un símbolo de la eternidad que quería pasar a su lado.

—¿Quieres casarte conmigo, Valeria?

Las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras asentía, incapaz de hablar. Deslicé el anillo en su dedo, un ajuste perfecto. Y la besé, un beso que sellaba nuestra promesa, nuestro futuro.

En ese momento, bajo el cielo estrellado de las montañas, sentí una felicidad tan pura, tan abrumadora, que pensé que mi corazón estallaría.

Pero incluso en medio de esa felicidad, una pequeña sombra de inquietud persistía en el fondo de mi mente. La vida me había enseñado que la calma rara vez duraba. Que las tormentas siempre encontraban la manera de regresar.

Habíamos ganado una batalla importante, sí. Pero la guerra contra las expectativas del mundo, contra los prejuicios, contra las fuerzas que siempre intentarían separarnos… esa guerra nunca terminaría del todo.

El cliffhanger era si nuestro amor, ahora fortalecido por las pruebas y sellado por una promesa, sería suficiente para resistir las nuevas tormentas que inevitablemente vendrían. ¿Podríamos construir nuestro propio imperio, uno donde el amor y la felicidad fueran los cimientos, o estábamos destinados a ser arrastrados por las mareas de un destino implacable? La victoria era dulce, pero la amenaza de futuras batallas mantenía el suspense en su punto más álgido.

CAPÍTULO 41 – UNA TREGUA MARCADA POR EL DESEO

El Brillo de un Diamante (y el Peso de un Futuro Incierto)

(Valeria)

El anillo en mi dedo era un destello constante, un recordatorio tangible de la promesa de Dante, de su amor, del futuro que habíamos decidido construir juntos. Casarme con Dante Rivas. Hacía unos meses, la idea habría sido una fantasía absurda, una broma cruel del destino. Ahora, era una realidad que me llenaba de una felicidad tan intensa que a veces me costaba respirar, pero también de un vértigo que me oprimía el pecho.

La pedida de mano en la cabaña de las montañas había sido perfecta. Íntima, sincera, despojada de la opulencia y el drama que solían rodear la vida de Dante. Había sido él, en su forma más vulnerable, ofreciéndome su corazón, su futuro. Y yo había dicho que sí, sin dudarlo un instante, porque mi corazón, mi futuro, ya le pertenecían.

Regresamos a Nueva York con nuestro secreto compromiso guardado celosamente. Acordamos no anunciarlo todavía, esperar a que las aguas del escándalo de Bianca se calmaran por completo, a que el mundo empresarial y la familia de Dante se acostumbraran a la idea de nuestra relación "seria", aunque aún no pública.

En la oficina, intentamos mantener la misma discreción de antes, pero era difícil. El anillo, aunque lo llevaba en una cadena alrededor del cuello, oculto bajo la blusa durante el horario laboral, se sentía

como un faro, irradiando nuestra felicidad secreta. Y las miradas que compartíamos, los roces accidentales, las sonrisas cómplices… todo parecía tener un nuevo significado, una nueva intensidad.

Helena, la astuta secretaria de Dante, me miraba a veces con una sonrisa enigmática, como si supiera más de lo que dejaba entrever. Pero no decía nada, y yo tampoco. Nuestro secreto, por ahora, estaba a salvo.

Las noches en el ático eran nuestro paraíso privado. Hacíamos planes, soñábamos despiertos. Hablamos de dónde viviríamos, de cómo sería nuestra boda –pequeña e íntima, acordamos ambos–, incluso, tímidamente, de la posibilidad de tener hijos algún día. La idea de formar una familia con Dante, de ver su lado más tierno y protector como padre, me llenaba de una emoción abrumadora.

Pero a pesar de la felicidad, a pesar del brillo del diamante que ahora llevaba con orgullo (aunque en secreto), una sombra de inquietud persistía. La victoria sobre Bianca había sido dulce, sí. Y la aparente tregua con Ricardo Rivas era un alivio. Pero, ¿era realmente el final de nuestras batallas? ¿O solo una calma engañosa antes de la próxima tormenta?

Bianca D"Alessio, aunque derrotada y humillada, seguía siendo una amenaza latente. Una mujer despechada era capaz de cualquier cosa, y no podía evitar sentir que no se quedaría de brazos cruzados para siempre. Y Ricardo Rivas… su aceptación de nuestra relación era condicional, frágil. Cualquier paso en falso, cualquier nuevo escándalo, y podría retirar su apoyo, volviéndose en nuestra contra con toda la fuerza de su imperio.

Una tarde, mientras organizaba unos archivos en el estudio de Dante, encontré una carpeta vieja, escondida en el fondo de un cajón. Tenía la etiqueta "Asuntos Familiares – Confidencial". La curiosidad me venció. La abrí.

Dentro, había documentos legales, cartas, fotografías antiguas. Y una historia que desconocía. Una historia sobre la madre de Dante, Isabella, y las circunstancias de su "accidente" de coche años atrás.

Había informes policiales incompletos, testimonios contradictorios, y una carta desesperada de Isabella a una amiga, escrita poco antes de su muerte, donde hablaba de su infelicidad, de su miedo a Ricardo, de su deseo de escapar con sus hijos.

Un escalofrío recorrió mi espalda. ¿El accidente de Isabella no había sido un accidente? ¿Ricardo Rivas había tenido algo que ver? La idea era monstruosa, aterradora.

Dante entró en el estudio en ese momento, y me encontró con la carpeta abierta, mi rostro pálido por el horror.

—Valeria, ¿qué haces? —preguntó, su voz tensa al ver lo que tenía en mis manos.

—Dante… ¿qué es esto? —susurré, mostrándole la carta de su madre—. ¿Tu padre…?

Él cerró los ojos por un instante, y vi un dolor profundo, antiguo, cruzar su rostro. Tomó la carpeta de mis manos y la cerró con un gesto brusco.

—No es nada, Valeria —dijo, su voz fría, distante—. Asuntos del pasado que no tienen importancia.

—¿Que no tienen importancia? —repliqué, mi voz subiendo de tono —. Dante, tu madre podría haber sido… ¡asesinada! ¿Y tu padre podría estar involucrado? ¿Cómo puedes decir que no tiene importancia?

—¡Basta, Valeria! —gritó él, su voz resonando en el estudio, haciéndome retroceder—. No sabes de lo que hablas. Son viejas heridas que es mejor no remover. Olvida lo que has visto. Por tu bien.

Su reacción, su negativa a hablar del tema, su advertencia velada… me helaron la sangre. ¿Qué estaba ocultando? ¿Qué tan oscuro era realmente el pasado de la familia Rivas?

La felicidad de nuestro compromiso, el brillo del diamante, de repente se vieron empañados por una nueva sombra, más oscura y amenazante que ninguna otra que hubiéramos enfrentado antes. El

cliffhanger era aterrador: ¿qué secretos guardaba el imperio Rivas? ¿Y qué pasaría si esos secretos salían a la luz, amenazando no solo nuestro futuro, sino también nuestra propia seguridad? La calma había terminado, y una nueva tormenta, mucho más peligrosa, se cernía en el horizonte.

CAPÍTULO 42 – MÁS ALLÁ DEL CONTRATO

Secretos Enterrados (y el Abismo que Amenaza con Devorarlo Todo)

(Dante)

La había cagado. Jodidamente. Ver la expresión de horror en el rostro de Valeria cuando encontró esa carpeta, cuando sus ojos se posaron en las palabras de la carta de mi madre… había sido como si me hubieran arrancado una costra de una herida que nunca había sanado del todo.

Mi reacción, gritarle, ordenarle que olvidara lo que había visto… había sido un acto de pánico. Un reflejo instintivo para protegerla, sí, pero también para protegerme a mí mismo de un dolor que llevaba años enterrado, de una verdad tan oscura que amenazaba con consumirme si la dejaba salir a la luz.

Isabella. Mi madre. Su muerte siempre había sido una sombra en mi vida, un misterio envuelto en susurros y evasivas. Oficialmente, un accidente de coche. Una noche lluviosa, una carretera resbaladiza, un conductor imprudente. Pero en el fondo de mi corazón, siempre había habido una duda, una sospecha persistente de que había algo más, algo que mi padre, con su control férreo y sus secretos bien guardados, nunca había querido que supiera.

La carpeta que Valeria había encontrado era mi intento de descubrir esa verdad. Años de investigación discreta, de juntar piezas de un rompecabezas macabro. Y lo que había encontrado… me helaba la sangre. La carta de mi madre, hablando de su miedo a mi padre, de su deseo de escapar… era solo la punta del iceberg.

Había informes policiales manipulados, testigos clave que habían desaparecido o cambiado sus declaraciones convenientemente. Y la figura de mi padre, siempre presente en las sombras, moviendo los hilos, asegurándose de que la verdad nunca saliera a la luz.

No tenía pruebas concluyentes, nada que pudiera llevar ante un tribunal. Pero en mi corazón, sabía la verdad. Mi padre, Ricardo Rivas, el hombre que me había criado, el hombre cuyo imperio yo ahora dirigía, era un monstruo. Un monstruo capaz de cualquier cosa para proteger sus secretos, su poder.

¿Y cómo podía contarle eso a Valeria? ¿Cómo podía revelarle que el hombre que la había amenazado, el hombre que se oponía a nuestro amor, era capaz de atrocidades mucho mayores? ¿Cómo podía pedirle que se casara conmigo, que entrara en una familia cuya fortuna estaba manchada de sangre y mentiras?

Después de nuestra discusión en el estudio, un muro de hielo se levantó entre nosotros. Valeria estaba herida, asustada, confundida. Y yo estaba atrapado entre mi amor por ella y el peso de los secretos de mi familia.

Intenté hablar con ella, explicarle, pero las palabras se me atascaban en la garganta. ¿Por dónde empezar? ¿Cómo revelarle la oscuridad que acechaba bajo la superficie dorada del imperio Rivas sin destruirla, sin destruirnos?

Las noches en el ático se volvieron tensas, silenciosas. Dormíamos en la misma cama, pero a kilómetros de distancia. El anillo de compromiso en su dedo parecía burlarse de nosotros, un símbolo de un futuro que ahora parecía imposible.

Sabía que tenía que tomar una decisión. Podía seguir ocultando la verdad, intentar proteger a Valeria de la oscuridad de mi pasado, con la esperanza de que nuestro amor pudiera sobrevivir en una burbuja de ignorancia. O podía arriesgarlo todo, contarle la verdad, y confiar en que nuestro amor fuera lo suficientemente fuerte como para resistir incluso la más terrible de las tormentas.

Una noche, la encontré en la terraza, mirando la ciudad con una expresión de profunda tristeza en sus ojos. El viento agitaba su cabello, y se veía tan frágil, tan sola.

Me acerqué a ella, mi corazón encogido por el dolor que le estaba causando.

—Valeria… —comencé, mi voz ronca—, tenemos que hablar.

Ella se giró, sus ojos encontrándose con los míos. Había miedo en ellos, pero también una determinación que me recordó a la mujer que se había enfrentado a Bianca D"Alessio en el tribunal.

—Lo sé, Dante —respondió, su voz firme—. Y quiero la verdad. Toda la verdad. No importa cuán dolorosa sea.

La miré, y supe que no podía seguir ocultándoselo. Ella merecía la verdad. Nosotros merecíamos la verdad.

Tomé su mano y la llevé adentro, al estudio. Abrí la caja fuerte donde guardaba la carpeta, y la puse sobre la mesa entre nosotros.

—Esto… esto es lo que sé sobre la muerte de mi madre —dije, mi voz apenas un susurro—. Y esto… esto es lo que sospecho sobre mi padre.

Durante las siguientes horas, le conté todo. Cada detalle, cada sospecha, cada miedo. Le mostré los documentos, las cartas, las fotografías. Le abrí mi alma, exponiendo las heridas más profundas, los secretos más oscuros de mi familia.

Ella escuchó en silencio, su rostro palideciendo a medida que la historia se desarrollaba, pero sus ojos nunca se apartaron de los míos. Cuando terminé, un silencio pesado llenó la habitación.

Temía su reacción. Temía que el horror, la repulsión, la alejaran de mí para siempre.

Pero entonces, ella hizo algo que nunca hubiera esperado. Se levantó, rodeó la mesa y me abrazó. Un abrazo fuerte, protector, lleno de un amor incondicional que me rompió por dentro.

—No estás solo en esto, Dante —susurró contra mi pecho—. Estoy contigo. Y juntos, encontraremos la manera de enfrentarnos a esto. Juntos, encontraremos la justicia para tu madre.

Sus palabras, su fe en mí, en nosotros, fueron como un bálsamo para mi alma torturada. En ese momento, supe que nuestro amor era más fuerte que cualquier secreto, más poderoso que cualquier oscuridad.

Pero el camino por delante sería peligroso. Exponer a Ricardo Rivas, buscar justicia para Isabella… sería como declarar la guerra al hombre más poderoso de la ciudad. Un hombre que no se detendría ante nada para protegerse.

El cliffhanger era aterrador: ¿podríamos realmente enfrentarnos a un monstruo como Ricardo Rivas y sobrevivir? ¿O nuestra búsqueda de la verdad nos llevaría a un abismo del que no habría escapatoria? Los secretos habían salido a la luz, y ahora, la verdadera batalla estaba a punto de comenzar.

CAPÍTULO 43 – LA CAÍDA DE LAS MÁSCARAS

La Promesa de Justicia (y el Vínculo Inquebrantable Forjado en la Oscuridad)

(Valeria)

Las revelaciones de Dante sobre su madre, sobre las sospechas que albergaba hacia su propio padre, me habían dejado sin aliento. El horror de la verdad, o al menos de la verdad que él creía, era abrumador. Ricardo Rivas, el hombre que había intentado separarnos, el patriarca del imperio Rivas, no era solo un empresario despiadado; era, potencialmente, un asesino. Un hombre que había silenciado a su propia esposa para proteger sus secretos.

Pero en medio de ese horror, había surgido algo inesperado: una conexión aún más profunda con Dante. Al compartir conmigo su dolor más íntimo, sus miedos más oscuros, me había entregado la llave de su alma. Y yo, al abrazarlo, al prometerle que estaría a su lado en la búsqueda de justicia para Isabella, había sellado un pacto que iba más allá del amor romántico. Era un pacto de lealtad, de compañerismo, de dos almas heridas luchando juntas contra la oscuridad.

Los días que siguieron a esa noche de confesiones fueron extrañamente tranquilos en la superficie, pero cargados de una tensión subterránea. Dante se movía con una nueva determinación, una frialdad calculada que me recordaba al CEO implacable que había conocido al principio, pero ahora templada por una vulnerabilidad que solo yo conocía.

Comenzamos nuestra propia investigación discreta, revisando los documentos de la carpeta, buscando nuevas pistas, intentando encontrar alguna fisura en la armadura de Ricardo Rivas. Era un trabajo peligroso, lo sabíamos. Si Ricardo sospechaba lo que estábamos haciendo, las consecuencias podrían ser fatales.

Pero el miedo había sido reemplazado por una determinación feroz. La memoria de Isabella, la injusticia de su muerte, nos impulsaba. Y el amor que sentíamos el uno por el otro era nuestro escudo, nuestra fortaleza.

Una tarde, mientras revisábamos unos viejos diarios de Isabella que Dante había encontrado escondidos, descubrimos algo. Una serie de anotaciones crípticas, fechas, nombres en clave. Parecían apuntar a una caja de seguridad secreta, a la que solo Isabella tenía acceso.

—Esto podría ser, Valeria —dijo Dante, sus ojos brillando con una excitación contenida—. Si mi madre guardó pruebas contra mi padre, estarían allí.

La búsqueda de esa caja de seguridad se convirtió en nuestra obsesión. Seguimos las pistas de los diarios, investigamos bancos antiguos, contactos olvidados. Fue como armar un rompecabezas complejo, con piezas que habían estado dispersas durante años.

Finalmente, después de semanas de búsqueda infructuosa, encontramos una pista. Un pequeño banco en Suiza, conocido por su discreción y su clientela adinerada. Isabella había abierto una cuenta allí poco antes de su muerte, bajo un nombre falso.

Conseguir acceso a esa caja de seguridad sería increíblemente difícil, casi imposible sin una orden judicial. Y obtener una orden judicial contra Ricardo Rivas basándose en sospechas y pruebas circunstanciales era una quimera.

Pero Dante no se rindió. Utilizó sus contactos, su astucia, su fortuna. No me dio detalles, y yo no pregunté. Solo sabía que estaba arriesgando mucho, quizás todo, por descubrir la verdad.

Una noche, semanas después, llegó al ático con una pequeña caja de metal en sus manos. Estaba pálido, agotado, pero en sus ojos

había un brillo de triunfo.

—Lo hice, Valeria —dijo, su voz apenas un susurro—. La encontré.

Mi corazón dio un vuelco. La caja de seguridad de Isabella. La llave de la verdad.

Nos sentamos juntos en el suelo del estudio, la caja entre nosotros. Mis manos temblaban mientras Dante introducía la llave y la abría.

Dentro, no había joyas ni dinero. Solo documentos. Cartas, fotografías, un pequeño diario de cuero. Y una grabación de audio.

Comenzamos a revisar los documentos, y la historia que emergía era aún más oscura de lo que habíamos imaginado. Pruebas de las infidelidades de Ricardo, de sus negocios sucios, de sus amenazas a Isabella. Y luego, la grabación.

Era la voz de Isabella, temblorosa pero firme, contando su historia, detallando el infierno que vivía junto a Ricardo, su miedo a que él la silenciara para siempre. Y al final, una frase que nos heló la sangre:

"Si algo me pasa, si muero en circunstancias extrañas, quiero que sepan que no fue un accidente. Fue Ricardo. Él me mató."

Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras escuchaba la voz de esa mujer valiente, una mujer que había intentado protegerse, proteger a sus hijos, incluso desde la tumba.

Miré a Dante. Su rostro era una máscara de dolor, de rabia, de una tristeza infinita. Pero también había una nueva determinación en sus ojos. La determinación de un hijo que finalmente había encontrado la prueba que necesitaba para vengar a su madre.

—Ahora lo sabemos, Dante —susurré, tomando su mano—. Ahora tenemos la prueba.

Él asintió, sus dedos apretando los míos con fuerza.

—Sí, Valeria —respondió, su voz cargada de una emoción contenida —. Y ahora, vamos a hacer que pague.

La promesa de justicia para Isabella se había convertido en nuestro motor, en nuestro propósito. El vínculo inquebrantable que habíamos

forjado en la oscuridad nos daba la fuerza para enfrentarnos a la batalla final. El cliffhanger era aterrador: ¿cómo se enfrenta uno a un hombre como Ricardo Rivas, armado con una verdad tan devastadora? ¿Y cuál sería el precio de esa justicia? La guerra estaba a punto de alcanzar su clímax, y sabíamos que, ganáramos o perdiéramos, nuestras vidas nunca volverían a ser las mismas.

CAPÍTULO 44 – EL PASADO GOLPEA LA PUERTA

La Carga de la Verdad (y la Preparación para la Batalla Final)

(Dante)

La voz de mi madre, grabada en esa cinta de audio, resonaba en mis oídos, una acusación fantasmal desde el pasado. "Si algo me pasa… fue Ricardo. Él me mató."

La verdad. La jodida y horrible verdad, finalmente al descubierto. Mi padre, el hombre que me había dado la vida, también le había arrebatado la vida a la mujer que me trajo al mundo. La enormidad de esa revelación era un peso aplastante, una carga que amenazaba con ahogarme.

Valeria había estado allí, a mi lado, mientras escuchábamos la grabación, mientras revisábamos los documentos que mi madre había reunido con tanto coraje. Su mano en la mía, su presencia silenciosa pero firme, había sido mi única ancla en medio de la tormenta de dolor y rabia que me consumía.

Cuando todo terminó, cuando la última palabra de mi madre se desvaneció en el silencio del estudio, me derrumbé. No físicamente, sino por dentro. La armadura de acero que había construido a mi alrededor durante años, la fachada de CEO implacable, se hizo añicos, dejando al descubierto al niño herido, al hijo traicionado.

Valeria me sostuvo, me abrazó, me dejó llorar. No hubo palabras, solo la calidez de su cuerpo, la fuerza silenciosa de su amor. Y en ese momento de absoluta vulnerabilidad, supe que ella era mi salvación. La única luz en la oscuridad que amenazaba con devorarme.

Pero el dolor, por muy profundo que fuera, no podía eclipsar la necesidad de justicia. Mi madre merecía justicia. Y yo, como su hijo, tenía la obligación de dársela. Aunque eso significara enfrentarme a mi propio padre, al hombre más poderoso y despiadado que conocía.

Los días siguientes fueron una preparación para la guerra. Una guerra que se libraría no en los campos de batalla, sino en los tribunales, en los medios de comunicación, en la opinión pública. Y el arma más poderosa que teníamos era la verdad.

Con la ayuda de Valeria y del Sr. Henderson, comenzamos a trazar nuestra estrategia. Sabíamos que Ricardo Rivas no se rendiría fácilmente. Usaría toda su influencia, toda su fortuna, para desacreditarnos, para silenciarnos. Necesitábamos ser más listos, más astutos, más implacables que él.

Decidimos que el primer paso sería filtrar la información a un periodista de investigación de confianza, alguien con la reputación y los recursos para llevar la historia a la luz pública de una manera creíble e impactante. Era un riesgo, sí. Una vez que la historia saliera, perderíamos el control sobre ella. Pero era la única manera de asegurarnos de que la verdad no fuera enterrada de nuevo.

Mientras tanto, el Sr. Henderson preparaba el caso legal contra mi padre. No solo por el asesinato de mi madre, sino también por los años de corrupción, de manipulación, de negocios sucios que los documentos de Isabella habían revelado.

Era una tarea titánica, y el estrés era inmenso. Apenas dormía, apenas comía. La imagen de mi madre, su voz en la grabación, me perseguían constantemente. Y el miedo a lo que mi padre podría hacer, a cómo reaccionaría cuando se viera acorralado, era una sombra persistente.

Pero Valeria estaba allí, a mi lado, en cada paso del camino. Su fuerza, su inteligencia, su amor incondicional, eran mi motor. Revisaba documentos conmigo hasta altas horas de la noche, me

escuchaba cuando necesitaba desahogarme, me recordaba por qué estábamos luchando.

—No estás solo en esto, Dante —me decía, sus ojos llenos de una determinación que igualaba la mía—. Estamos juntos en esto. Y vamos a ganar.

Su fe en mí, en nosotros, era lo que me mantenía en pie.

Una noche, mientras estábamos en el estudio, rodeados de papeles y pruebas, ella me miró con una seriedad que me heló la sangre.

—Dante —dijo, su voz apenas un susurro—, ¿qué pasará si… si no ganamos? ¿Qué pasará si tu padre es demasiado poderoso, si logra silenciarnos?

Tomé sus manos entre las mías, mi mirada encontrándose con la suya.

—No vamos a perder, Valeria —respondí, mi voz firme, aunque mi corazón latía con fuerza—. Porque la verdad es más poderosa que cualquier mentira, que cualquier imperio. Y porque yo no voy a descansar hasta que mi madre tenga justicia. Hasta que Ricardo Rivas pague por lo que hizo.

Pero en el fondo, yo también tenía miedo. El miedo a fallar, el miedo a las consecuencias. Porque sabía que esta batalla no era solo por la justicia para mi madre. Era también por nuestro futuro. Si no lográbamos exponer a mi padre, si no lográbamos liberarnos de su sombra, nunca seríamos verdaderamente libres para amarnos, para construir la vida que ambos anhelábamos.

La carga de la verdad era pesada, pero la determinación de luchar era aún mayor. Estábamos al borde de la batalla final, y el cliffhanger era aterrador: ¿sería la verdad suficiente para derribar a un gigante como Ricardo Rivas? ¿O nos arrastraría él con nosotros en su caída? La respuesta definiría no solo nuestro futuro, sino también el legado de la familia Rivas.

CAPÍTULO 45 – LA CONFESIÓN QUE LO CAMBIA TODO

La Víspera de la Tormenta (y la Fuerza Encontrada en el Amor Incondicional)

(Valeria)

Los días se habían convertido en una cuenta atrás febril hacia el momento en que la verdad sobre Ricardo Rivas saldría a la luz. La decisión de Dante de filtrar la información a un periodista de investigación nos había sumido en un estado de alerta constante, una mezcla de miedo y una extraña excitación. Estábamos a punto de desatar un terremoto, y no sabíamos si saldríamos ilesos de entre los escombros.

Dante estaba consumido por la misión. Pasaba horas encerrado en el estudio con el Sr. Henderson, revisando cada detalle, cada posible contingencia. Lo veía más delgado, con ojeras pronunciadas, pero sus ojos grises brillaban con una determinación de acero. La carga de la verdad sobre su madre, el peso de la traición de su padre, lo habían transformado. Ya no era solo el CEO implacable; era un hijo buscando justicia, un hombre luchando por limpiar el nombre de su familia, aunque eso significara destruir al patriarca.

Y yo… yo intentaba ser su ancla, su refugio. Aunque el miedo me corroía por dentro, me esforzaba por mostrarle una fachada de calma y confianza. Le preparaba comidas que apenas probaba, me aseguraba de que descansara aunque fuera unas pocas horas, lo escuchaba cuando necesitaba hablar, o simplemente me sentaba a su lado en silencio cuando las palabras sobraban.

Nuestro amor, forjado en el fuego de la adversidad, se había vuelto más profundo, más sólido. Ya no había dudas, ni inseguridades. Solo una confianza absoluta, una lealtad inquebrantable. Sabíamos que nos enfrentábamos a un enemigo poderoso, a un hombre capaz de cualquier cosa. Pero estábamos juntos en esto, y eso era lo único que importaba.

Una noche, la víspera del día en que el periodista publicaría el artículo que expondría los crímenes de Ricardo Rivas, la tensión en el ático era casi insoportable. Dante caminaba de un lado a otro del estudio como un león enjaulado, su energía nerviosa llenando la habitación.

—¿Y si algo sale mal, Valeria? —me dijo, deteniéndose frente a mí, sus ojos oscuros llenos de una angustia que me partió el corazón—. ¿Y si mi padre logra detener la publicación? ¿Y si nos desacredita, si nos destruye antes de que podamos decir la verdad?

Tomé su rostro entre mis manos, obligándolo a mirarme.

—No va a pasar nada de eso, Dante —le dije, mi voz firme, intentando transmitirle la convicción que yo misma luchaba por mantener—. Hemos sido cuidadosos. Tenemos pruebas sólidas. Y la verdad… la verdad siempre encuentra la manera de salir a la luz.

—Pero él es tan poderoso, Valeria. Tiene tentáculos en todas partes…

—Y tú eres más fuerte que él, Dante —lo interrumpí, mis dedos acariciando sus mejillas—. Eres más fuerte porque luchas por algo justo, por algo noble. Luchas por tu madre, por la verdad. Y yo estoy aquí, a tu lado. Y no voy a dejar que te rindas. No voy a dejar que él gane.

Nos abrazamos entonces, un abrazo desesperado, lleno de miedo y de esperanza. Sentí los latidos de su corazón contra el mío, un ritmo frenético que reflejaba mi propia ansiedad. Pero en ese abrazo, también encontré consuelo, fuerza.

—Te amo, Valeria Morales —susurró él contra mi cabello, su voz ronca por la emoción—. No sé qué haría sin ti.

—Y yo te amo a ti, Dante Rivas —respondí, mis ojos llenándose de lágrimas—. Y pase lo que pase mañana, lo enfrentaremos juntos.

Esa noche apenas dormimos. Nos quedamos abrazados en la cama, hablando en susurros, compartiendo nuestros miedos más profundos, nuestras esperanzas más frágiles. Recordamos cómo nos habíamos conocido, las chispas iniciales, la tensión, el deseo. Recordamos las batallas que habíamos librado, las victorias que habíamos celebrado, las heridas que habíamos sanado juntos.

Al amanecer, cuando los primeros rayos de sol se filtraron por la ventana, nos levantamos con una nueva determinación. Estábamos en la víspera de la tormenta, sí. Pero ya no teníamos miedo. O al menos, el miedo no nos paralizaba. Porque habíamos encontrado una fuerza inesperada en nuestro amor incondicional, una fuerza que nos hacía invencibles.

El cliffhanger era palpable: ¿qué pasaría cuando el mundo conociera la verdad sobre Ricardo Rivas? ¿Cómo reaccionaría él? ¿Y podríamos nosotros, Dante y Valeria, sobrevivir a la tormenta que estábamos a punto de desatar? El destino de nuestras vidas, y el del imperio Rivas, pendía de un hilo.

CAPÍTULO 50 – DONDE TERMINA EL INFIERNO… Y EMPIEZA LO REAL

Nuestro Imperio, Nuestras Reglas (y la Eterna Danza de la Pasión y el Poder)

(Dante)

Semanas, meses, se habían deslizado desde la tormenta. La caída de Ricardo Rivas había sido espectacular, su juicio un circo mediático que finalmente lo había condenado, no solo por los crímenes contra mi madre, sino por una letanía de corruptelas que habían salido a la luz. El imperio Rivas se había tambaleado, pero no había caído. Porque Valeria y yo estábamos allí para sostenerlo, para reconstruirlo sobre cimientos más limpios, más honestos.

La "licencia temporal" se había convertido en una reestructuración. Volví a tomar el timón de Rivas Corp, pero esta vez, no como el heredero solitario y despiadado, sino como un líder que entendía el valor de la integridad, de la lealtad, del amor. Valeria estaba a mi lado, no solo como mi prometida, la futura señora Rivas, sino como mi socia más valiosa, mi consejera más astuta, la copresidenta de nuestro nuevo imperio.

Habíamos decidido hacer pública nuestra relación poco después del juicio de mi padre. No con un anuncio formal y rimbombante, sino de una manera que nos representara: apareciendo juntos en un evento benéfico, nuestras manos entrelazadas, nuestras sonrisas genuinas. El mundo empresarial había cotilleado, por supuesto. Algunos habían levantado las cejas, otros habían murmurado sobre la "influencia" de la asistente. Pero a nosotros nos importaba una

mierda. Habíamos luchado demasiado por nuestro amor como para preocuparnos por las opiniones de los envidiosos y los hipócritas.

Nuestro apartamento, el ático que una vez había sido una jaula dorada de soledad para mí y un campo de batalla para nosotros, se había transformado en un hogar. Lleno de risas, de debates apasionados sobre negocios y política, de noches de sexo ardiente y mañanas de ternura perezosa. Valeria había traído luz y calidez a cada rincón, borrando las sombras del pasado.

Las cicatrices, por supuesto, seguían allí. Las pesadillas a veces me despertaban sudando frío, reviviendo la imagen de mi padre apuntando con una pistola a Valeria. Y ella, a veces, se quedaba mirando a la nada, perdida en recuerdos dolorosos. Pero nos teníamos el uno al otro. Nos sosteníamos, nos consolábamos, nos recordábamos que habíamos sobrevivido, que éramos más fuertes juntos.

Una tarde, estaba en mi estudio, revisando unos informes, cuando Valeria entró con dos copas de champán.

—¿Celebrando algo en particular, Señorita Morales? —pregunté, arqueando una ceja, mi tono juguetón.

Ella sonrió, esa sonrisa que todavía hacía que mi corazón diera un vuelco. Se acercó y se sentó en mi regazo, rodeando mi cuello con sus brazos.

—Celebro nosotros, Señor Rivas —respondió, su voz un susurro seductor—. Celebro que, a pesar de todo, aquí estamos. Más fuertes, más enamorados.

—Por eso, mi amor —dije, tomando una de las copas y brindando con la suya—. Por nosotros. Y por nuestro imperio.

Bebimos el champán, nuestros ojos encontrándose sobre el borde de las copas. El deseo, siempre presente entre nosotros, comenzó a arder, una llama que nunca se extinguía del todo.

—Sabes, Dante —dijo ella, dejando su copa en el escritorio y comenzando a desabrochar los botones de mi camisa—, a veces

echo de menos al CEO cabrón y despiadado que conocí.

—¿Ah, sí? —repliqué, mis manos deslizándose bajo su blusa, acariciando la piel suave de su espalda—. ¿Y qué es lo que echas de menos exactamente?

—Su arrogancia —susurró, sus labios rozando los míos—. Su forma de tomar lo que quería, sin pedir permiso. Su… poder.

Sonreí, entendiendo el juego. Valeria siempre había tenido una debilidad por el peligro, por la intensidad. Y yo, aunque había cambiado, aunque había aprendido a amar y a ser vulnerable, seguía siendo Dante Rivas. Un hombre de poder, un hombre de pasión.

—Bueno, Señorita Morales —dije, mi voz un gruñido bajo, mientras la levantaba en brazos y la llevaba hacia el enorme ventanal que dominaba la ciudad—, quizás ese CEO cabrón todavía está aquí, en alguna parte. Y quizás… quizás está a punto de demostrarle quién manda.

La besé entonces, un beso hambriento, posesivo, que la dejó sin aliento. La apoyé contra el cristal frío, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío, la ciudad extendiéndose a nuestros pies como un reino conquistado.

El sexo fue explosivo, una danza de poder y sumisión, de pasión y ternura. Cada embestida, cada gemido, era una afirmación de nuestro amor, de nuestra victoria sobre las sombras del pasado. Follamos como si fuera la primera vez, con la misma desesperación, la misma necesidad. Y también como si fuera la última, saboreando cada instante, cada sensación.

Cuando llegamos al clímax juntos, gritando los nombres del otro contra el telón de fondo de las luces de la ciudad, supe que esto era solo el comienzo. Nuestro imperio, construido sobre las cenizas del pasado, era sólido, inquebrantable. Y nuestras reglas… bueno, nuestras reglas las seguíamos escribiendo cada día, en la intimidad de nuestra cama y en la ferocidad de nuestras batallas compartidas.

Las cicatrices seguían allí, sí. Pero ahora eran un recordatorio de nuestra fuerza, de nuestra resistencia. Y el futuro… el futuro era

nuestro para conquistarlo.

El cliffhanger final, el que definiría el resto de nuestras vidas, ya no era sobre si sobreviviríamos, sino sobre cómo viviríamos. ¿Podríamos mantener viva esta pasión, este poder, esta conexión inquebrantable, mientras navegábamos por los desafíos de construir una vida y un legado juntos? ¿O la rutina, las responsabilidades, el peso del mundo, intentarían apagar el fuego que ardía entre nosotros?

Miré a Valeria, su rostro iluminado por el placer, sus ojos brillando con amor y desafío. Y supe la respuesta.

La danza eterna de la pasión y el poder apenas había comenzado. Y nosotros… nosotros estábamos listos para bailar hasta el fin de los tiempos.

EPÍLOGO

Un Año Después: La Sinfonía de Nuestro Imperio

(Valeria)

El sol de la tarde se filtraba por los enormes ventanales de nuestro nuevo hogar, una casa de piedra y cristal enclavada en una colina con vistas al océano, a un par de horas de la bulliciosa Nueva York. Dante había insistido en que necesitábamos un santuario, un lugar donde pudiéramos escapar del fragor de la ciudad y de las exigencias de Rivas Corp, un lugar que fuera solo nuestro.

Estaba sentada en la terraza, con una taza de té humeante entre las manos, observando a Dante jugar con Leo, nuestro hijo de seis meses, en el césped. Leonardo Rivas Morales. Un bebé de risa fácil y ojos grises penetrantes, idénticos a los de su padre. Mi corazón se hinchaba de un amor tan profundo, tan abrumador, que a veces sentía que iba a estallar.

Un año. Había pasado un año desde la caída de Ricardo Rivas, desde que la verdad sobre su crueldad y el asesinato de Isabella salieran a la luz. Un año desde que Dante y yo habíamos emergido de las cenizas de esa batalla, magullados pero no rotos, listos para construir nuestro propio futuro, nuestro propio imperio.

No había sido fácil. La reconstrucción de Rivas Corp había requerido un esfuerzo titánico. Dante había trabajado incansablemente, no solo para limpiar el nombre de la empresa, sino para transformarla en una entidad más ética, más humana. Y yo había estado a su lado, como su socia, su confidente, su esposa.

Nos habíamos casado unos meses después del juicio, en una ceremonia íntima y sencilla en la cabaña de las montañas, rodeados solo por nuestros amigos más cercanos y aquellos miembros de la

familia Rivas que no se habían puesto del lado de Ricardo. Helena había sido mi dama de honor, y el Sr. Henderson, con lágrimas en los ojos, había llevado a Dante al improvisado altar.

La vida como la señora Rivas era… diferente. Había lujos, sí. Viajes en jet privado, cenas en los mejores restaurantes, un armario lleno de ropa de diseñador. Pero nada de eso importaba tanto como la mirada de amor en los ojos de Dante cada mañana, la risa de nuestro hijo llenando la casa, la certeza de que habíamos construido algo real, algo nuestro, sobre cimientos de verdad y confianza.

Las cicatrices del pasado seguían allí, por supuesto. Dante todavía tenía pesadillas a veces, y yo seguía sobresaltándome con ruidos fuertes. Pero habíamos aprendido a sanar juntos, a encontrar consuelo en los brazos del otro, a transformar el dolor en fortaleza.

Ricardo Rivas cumplía cadena perpetua en una prisión de máxima seguridad. Su imperio se había desmoronado, su nombre se había convertido en sinónimo de corrupción y crueldad. A veces, sentía una punzada de compasión por el anciano solitario y derrotado que había sido. Pero luego recordaba el dolor que había causado, la vida que había arrebatado, y la compasión se desvanecía, reemplazada por la certeza de que la justicia, aunque tardía, había llegado.

Bianca D"Alessio había desaparecido del mapa. Los rumores decían que vivía en algún rincón olvidado de Europa, intentando rehacer su vida bajo un nombre falso. No le deseaba ningún mal, pero tampoco sentía ninguna pena por ella. Había elegido su camino, y había pagado el precio.

Dante se acercó a mí, con Leo en brazos, su rostro iluminado por una sonrisa que me derritió el corazón.

—¿En qué piensas, mi amor? —preguntó, sentándose a mi lado, su brazo rodeando mis hombros.

—En todo —respondí, apoyando mi cabeza en su pecho, inhalando su aroma familiar—. En lo lejos que hemos llegado. En lo mucho que hemos luchado. Y en lo increíblemente feliz que soy.

Él besó mi frente, sus labios suaves y cálidos.

—Yo también soy feliz, Valeria —dijo, su voz ronca por la emoción—. Más feliz de lo que nunca creí posible. Y todo es gracias a ti. Tú me salvaste, mi valiente guerrera. Me salvaste de mí mismo, de la oscuridad de mi pasado.

—Nos salvamos mutuamente, Dante —corregí, tomando su mano, entrelazando mis dedos con los suyos—. Y ahora, tenemos esto. Nuestro hogar. Nuestra familia. Nuestro imperio.

Leo balbuceó algo ininteligible y extendió sus pequeñas manos hacia nosotros, como si quisiera unirse a nuestro abrazo. Nos reímos, y Dante lo acomodó entre nosotros, formando un círculo de amor y protección.

Miré el océano, el sol poniéndose en el horizonte, pintando el cielo de tonos dorados y púrpuras. Era un final perfecto para un día perfecto. Un final perfecto para un capítulo de nuestras vidas.

Pero sabía que esta no era el final de nuestra historia. Era solo el comienzo de una nueva aventura, una aventura llena de amor, de desafíos, de la eterna danza de la pasión y el poder que nos definía.

Nuestro imperio, construido sobre la verdad y la confianza, era sólido. Y nuestras reglas… bueno, nuestras reglas seguían siendo las mismas: amarnos ferozmente, luchar juntos contra cualquier adversidad, y nunca, nunca, renunciar a la felicidad que tanto nos había costado encontrar.

La sinfonía de nuestro imperio apenas había comenzado a sonar. Y yo estaba ansiosa por escuchar cada nota, cada melodía, cada crescendo que el futuro nos deparara. Porque sabía que, mientras estuviéramos juntos, sería la música más hermosa del mundo.

BÔNUS

Cinco Anos Depois: Una Noche en el Paraíso (y la Llama que Nunca se Apaga)

(Dante)

El sonido de las olas rompiendo suavemente contra la orilla era la única banda sonora de nuestra noche. Estábamos en nuestra casa de la playa en las Maldivas, un capricho que nos habíamos permitido después de un año particularmente exitoso en Rivas Corp. Leo, ahora un torbellino de energía de cinco años y medio, dormía profundamente en su habitación, agotado después de un día de construir castillos de arena y perseguir cangrejos.

Valeria y yo estábamos solos en la terraza privada de nuestro bungalow sobre el agua, la luna llena pintando un camino plateado sobre el océano Índico. Ella llevaba un vestido blanco, ligero y vaporoso, que se mecía con la brisa marina, su cabello oscuro suelto sobre sus hombros. Se veía etérea, hermosa, la misma mujer que había irrumpido en mi vida hacía años y la había puesto patas arriba, pero ahora con una serenidad, una confianza, que la hacían aún más irresistible.

Estaba de espaldas a mí, apoyada en la barandilla, mirando las estrellas. Me acerqué en silencio y la rodeé con mis brazos desde atrás, mi barbilla descansando sobre su hombro, inhalando el aroma familiar de su piel, una mezcla de sal marina, protector solar y ese perfume floral que siempre usaba y que me volvía loco.

—¿En qué piensa la copresidenta más sexy de Nueva York? — susurré en su oído, mis labios rozando el lóbulo sensible.

Ella se rio suavemente, un sonido que seguía siendo mi música favorita. Se inclinó hacia atrás, su cuerpo amoldándose

perfectamente al mío.

—Pensaba en lo increíble que es todo esto, Dante —respondió, su voz teñida de asombro—. En nosotros. En Leo. En esta vida que hemos construido. A veces, todavía me cuesta creer que sea real.

—Es real, mi amor —aseguré, besando la curva de su cuello—. Tan real como el fuego que sigue ardiendo entre nosotros.

Ella se estremeció en mis brazos, y supe que mis palabras habían encontrado su objetivo. A pesar de los años, a pesar de las responsabilidades, a pesar de la rutina que a veces amenazaba con instalarse, la pasión entre nosotros seguía siendo una llama viva, intensa, siempre lista para encenderse con la más mínima chispa.

La giré en mis brazos para que me mirara. Sus ojos castaños, a la luz de la luna, brillaban con amor, con deseo, con esa mezcla única de inocencia y picardía que tanto me había cautivado desde el principio.

—¿Sabes qué más es real? —pregunté, mi voz un gruñido bajo, mis manos deslizándose por su cintura, atrayéndola más cerca, sintiendo la suavidad de sus curvas contra mi cuerpo.

—¿Qué, Dante? —susurró ella, sus labios entreabiertos, su aliento mezclándose con el mío.

—Esto —respondí, y la besé. Un beso lento, profundo, que hablaba de años de amor compartido, de batallas libradas juntos, de una pasión que el tiempo solo había logrado intensificar.

Sus manos se enredaron en mi cabello, sus dedos tirando suavemente, una invitación silenciosa a profundizar el beso, a perdernos en la marea de sensaciones que siempre nos arrastraba cuando estábamos así, piel contra piel, alma contra alma.

El vestido blanco fue un obstáculo insignificante. Se deslizó por sus hombros con una facilidad sorprendente, cayendo a sus pies como una nube, dejándola desnuda ante mí, su cuerpo bañado por la luz de la luna, una visión de perfección que me robó el aliento.

—Eres tan hermosa, Valeria —susurré, mi voz ronca por el deseo, mis ojos devorando cada centímetro de su piel.

—Y tú eres mío, Dante Rivas —respondió ella, su voz cargada de una posesividad que me encendió la sangre—. Siempre lo has sido.

La levanté en brazos y la llevé adentro, a nuestra cama, que daba directamente a la terraza, al océano. La deposité suavemente sobre las sábanas de lino fresco, y me despojé de mi propia ropa con una urgencia que desmentía los años de matrimonio.

Verla allí, esperándome, sus ojos brillantes de anticipación, su cuerpo abierto y dispuesto, despertó en mí al mismo depredador que la había reclamado por primera vez en aquel ático de Nueva York. Pero ahora, había algo más. Un amor profundo, una confianza inquebrantable, una conexión que trascendía lo físico.

Me deslicé sobre ella, mi cuerpo cubriendo el suyo, piel contra piel. El calor, el aroma, la sensación de ella debajo de mí… era el paraíso. Un paraíso que había luchado con uñas y dientes por conseguir, y que no estaba dispuesto a perder jamás.

—Te he echado de menos así —susurró ella, sus manos acariciando mi espalda, mis nalgas, apretándome contra ella.

—Y yo a ti, mi reina —respondí, mis labios buscando los suyos de nuevo, mientras mis dedos se deslizaban entre sus muslos, encontrando su centro húmedo y palpitante.

Estaba lista. Siempre estaba lista para mí. Y yo… yo siempre estaba desesperado por ella.

Entré en ella con una lentitud deliberada, saboreando cada instante, cada gemido ahogado que escapaba de sus labios. Su cuerpo se arqueó para recibirme, sus piernas enredándose alrededor de mi cintura, atrayéndome más profundamente.

Comenzamos a movernos juntos, una danza antigua, familiar, pero siempre nueva, siempre excitante. El ritmo aumentó, la pasión se desbordó. Sus gemidos se hicieron más fuertes, sus uñas se clavaron

en mi espalda, sus ojos se cerraron en una expresión de éxtasis puro.

—Dante… ah… sí… así… —jadeaba, su voz rota por el placer.

—Mírame, Valeria —gruñí, necesitando verla, necesitar que ella me viera en ese momento de total abandono, igual que la primera vez, igual que siempre.

Sus ojos se abrieron, encontrándose con los míos. Y en ellos vi el reflejo de mi propia alma, de mi propio deseo, de mi propio amor.

Nos corrimos juntos, un torrente de placer que nos sacudió hasta los cimientos, nuestros gritos ahogados por el sonido de las olas, nuestros cuerpos temblando en la oscuridad.

Caímos sobre las sábanas, exhaustos, sudorosos, entrelazados. El silencio de la noche nos envolvió, roto solo por nuestras respiraciones agitadas y los latidos de nuestros corazones, que parecían latir al unísono.

Después de un rato, Valeria apoyó la cabeza en mi pecho, sus dedos trazando círculos perezosos sobre mi piel.

—Te amo, Dante Rivas —susurró, su voz suave, somnolienta.

—Y yo te amo a ti, Valeria Morales Rivas —respondí, besando la coronilla de su cabeza—. Más de lo que las palabras pueden expresar.

Nos quedamos así, en silencio, escuchando el murmullo del océano, sintiendo la brisa marina acariciar nuestra piel desnuda. La llama que ardía entre nosotros, la que nos había unido en medio de la tormenta, la que nos había dado la fuerza para luchar y para ganar, seguía viva, más fuerte que nunca.

Nuestro imperio, construido sobre el amor y la confianza, era nuestro legado. Y la pasión que nos unía era la prueba de que, incluso después de cinco años, incluso después de todas las batallas, nuestro amor seguía siendo la fuerza más poderosa del universo.

La noche en el paraíso era solo un instante en la eternidad de nuestro amor. Y la llama… la llama nunca se apagaría.